NICOLÁS LANGE

La Oficina de la Noche



RANDOM HOUSE

A Luis Lecea Romera

Tu autem eras interior intimo
meo et superior summo meo.

San Agostino

¿*Es un imperio*
esa luz que se apaga
o una luciérnaga?

Jorge Luis Borges

Ni pena, ni fiebre, ni sombra.

Cesare Pavese

En la primavera de 1424, San Bernardino da Siena predica durante tres días contra la homosexualidad y otras formas de deseo carnal en la República de Firenze. Este acto culmina con una pira en la que queman cosméticos, pelucas y otros objetos destinados al embellecimiento masculino. El sermón de setenta y dos horas anima a las autoridades a tomar las primeras medidas de persecución contra la sodomía.

A inicios de 1430, los alemanes acuñan el término «firenzer» como sinónimo de sodomita, como reacción a la creciente población homosexual en la República de Firenze. En respuesta, nacen los Ufficiali di Notte *o* L'Ufficio della Notte*. La Oficina de la Noche. Un tribunal toscano que se encarga de la represión y caza de la homosexualidad masculina, actividad que, por ser clandestina, se efectúa de noche. Fue creado en 1432 y estuvo activo hasta el 29 de diciembre de 1502. Estaba compuesto por seis miembros, quienes debían ser hombres casados y mayores de cincuenta años*.

Las denuncias por sodomía llegaban de forma anónima. Más del ochenta por ciento de los acusados tenían menos de treinta años. Unos doce mil quinientos hombres en total fueron acusados ante este tribunal. Entre los encausados estuvieron Botticelli, Da Vinci y Giacomo Caprotti.

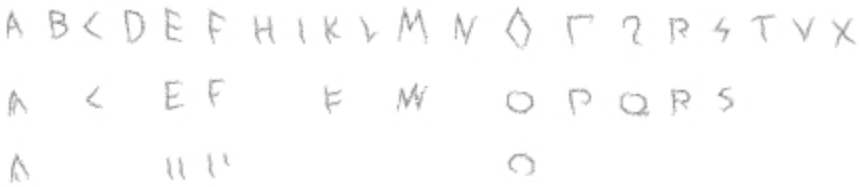
Hay un animal que bebe el agua que dejo en el velador cada noche. Siento su lengua entrar y salir. Una lengua más grande que la lengua de un gato, y al girarme no hay nadie. Te digo que lo caces. Me dices que enloquezco. Que me amas y que beba el agua. Bebo el agua que sabe a saliva del monstruo. El monstruo ahora está en mí.

PRIMERA PARTE

1499-1490

OFICIALES DE LA NOCHE

República de Firenze, Piazza Santa Croce,
tres días antes del 1500, atardecer



Él declara el alfabeto al frente mío. A veces se equivoca. Es la cuarta vez que lo hace desde que lo encendieron. Acaba de saltarse la g, la n, la s. Pero yo lo comprendo, a él y su alfabeto, siempre lo he hecho. Sus labios se pegan en la m. Espero con él. La gente espera con él, como aguardando el coro de una canción muerta. Abre nuevamente los labios y alcanza la o. Me mira. Sonríe como rezando, pero sólo está muriendo. Su cuerpo se desinfla en una larga s. El oxígeno de la consonante es suficiente para alimentar la llama que abre su garganta en canal. La llama es azul. Su carne blanca. El chico es hermoso. Uno de los Oficiales de la Noche toma un gancho de cobre y agita la parte inferior de su mandíbula para mejorar la combustión. Caen sus dientes de abajo. Otro de los Oficiales se encarga de alejar a los perros que se acercan a la carne. Uno de los perros come los dientes. Yo lo miro. Al chico que fue hermoso. Que ya no es el chico, sino algo sin sonido, rodeado de luz. Cae su

lengua y se quema su corazón. El chico deja de hablar y ya nada en el mundo parece hablarme. Fin.

Las descripciones sobre gente quemada se parecen mucho a las metáforas, pero esto no es un libro, es un hombre, un chico. El chico está desnudo, de pie y no me mira. Mira hacia arriba con los ojos amarillos. Hace unos minutos vestía unos guantes de cuero. Los guantes son ahora parte suya, de sus manos, de sus uñas, están pegados a él como un segundo pelaje carbonizado. En su cuello colgaba una cruz de plata cortada. En otras palabras, el chico tenía una línea vertical de plata colgando en su clavícula. Con el calor se fundió sobre su abdomen y gotea pequeños puntos brillantes sobre sus pies. Por primera vez mi cara es iluminada por la luz suya, la luz que sale de sus ojos y boca.

En mi mano izquierda tengo un puñado de semillas de hinojo, cedro, salvia y espero, hasta que acabe el sonido. Una vez que los gritos terminan debo esperar quince segundos más. Estamos en la Piazza di Santa Croce, son las seis y veinte de la tarde y acabó el sonido. Aún quedan reflejos musculares, algunas vocales sueltas. En ocasiones he escuchado palabras enteras, nunca frases, palabras sí. El otro día un hombre dijo *cucciolo*. No acabó gritando, acabó diciendo *cucciolo, cucciolo*. Pasan los quince segundos. Se acabó el sonido. Estos segundos son los de mayor incomodidad para el público. Cuando el cuerpo al frente cede y suelta todo. El olor a carne se une a la mierda. La mierda humana a la mierda animal y al pelo quemado del perro demasiado cerca del fuego. Es olor a fémur de perro. Al menos así lo describo yo. Que he olido un fémur de perro, yo, que gracias a mi padre médico sé lo que es un fémur, y

que gracias a Dios no soy ni escritor, ni pintor, ni un firenzer, sino un anulador de olores.

«Este es tu momento», me dice mi padre, y yo lanzo el puñado de semillas sobre el cuerpo del chico. La sombra de las semillas se refleja sobre las caras del público, caen sobre la piel azul del chico y chispean en su cráneo hasta apagarse. El chico no está solo. Al lado suyo hay otro hombre. Un hombre gordo de unos treinta años. Este hombre, a diferencia del chico, chorrea grasa y cartílago amarillo sobre la estaca. Su lengua y sus labios gotean también. Yo lo conocía. Era un profesor. Pero no es el momento de hablar de él. Porque esto no va sobre tortura. Esto va sobre hombres, y más allá de los hombres, sobre el terror, y más allá del terror, sobre cómo asediamos cosas aterradoras para sobrevivir un poco. Tampoco es sobre el fuego, es sobre las cosas alrededor de él, las cosas que nos salvan de quemarnos, la voz que nos advierte la quemadura, que es otra forma de decir, la voz de la persona que te ama.

Lanzo el hinojo restante al fuego y el olor comienza a retroceder como una neblina *rosa*. Digo *rosa* porque es un color que no existe en este siglo, pero sé que existirá en el próximo. Porque lo he visto. Porque el chico me lo mostró en su *palazzo*. En el siglo próximo el rojo no será tan fuerte, será *rosa*. La neblina *rosa* se retira y con ella el público retira los pañuelos de sus narices. Sus bocas están inmóviles como si tuvieran un pedazo de pan entre los labios. Hace un minuto no paraban de hablar. Cuando el público deja de oler, la carne enmudece. Como si el cuerpo sólo fuera humano mientras huele, y luego no fuese más que un árbol quemado, con las ramas en forma de brazos. Soy un maquillador de carne roja, un director

de teatro toscano, chico ceniza, llámenme como quieran, menos firenzer.

Algunas semillas siguen pegadas en la palma de mi mano. Está sudada, pero no es miedo, es sólo calor. Siempre debo explicarle eso a mi padre. Mi padre trabaja en la Noche. Él me dice «*tranquillo figlio mio*». Me dice que es normal sudar frente a la muerte, que él también lo hace. Luego me besa en las dos mejillas, como los padres toscanos besan a los hijos, y regresa a la noche.

Llámenme L. Soy un hombre de mi siglo. Recién el martes dejé de ser niño. Tengo dieciséis años. Soy un artista de la supervivencia. Recito el Génesis en latín. Orino sentado. Lo que pienso lo escribo en vulgar, para que mi madre no lo entienda, para que no rece por mí. El 1400 está tan bien, porque el 1300 fue peor. Antes todos deseábamos la muerte, y hoy todos nos deseamos la muerte. Es parecido pero muy distinto. Nadie está mejor que el otro, todos vivimos en la mierda. Sólo tenemos más escritores que escriben sobre la mierda. Vivir consiste en no ser cazado de noche. Vivimos en Piazza Santo Spirito, en el primer piso de una casa frente a la iglesia. La puerta tiene una rama de olivo de bronce invertida que indica que mi padre trabaja en la Oficina de la Noche.

La semana pasada encontré a mi madre con una rama de salvia dentro de ella. Había sido penetrada en la ribera del río Arno por tres hombres. La encontré en el piso de la cocina, al lado de unos dientes de ajo, espinas de peces y agua café. Es la segunda vez este año que sucede. La veo desde la puerta. Me dice que cierre la puerta. Cierro la puerta y me voy a Ponte Vecchio. Tengo náuseas por la escena pero aun así camino y sonrío al mismo tiempo. Saludo a los orfebres que trabajan el metal en el puente. Me cuelo por una

de sus ventanas hacia la ribera. Lavo mi cuello en el río. Cierro los ojos. Cierro los ojos e imagino a esos tres hombres entrando en mí, y no en ella. Imagino que me toman del pelo. Imagino que tengo el pelo de mi madre, que me hablan en vulgar, que me ladran. Eyaculo sobre los remos de un bote. Abro los ojos. Lavo mis manos. Regreso a casa. Mi padre sale a buscar a los tres hombres pero no encuentra a nadie. Mi padre nunca encuentra a nadie. Mi padre regresa con las manos vacías, sin cazar nada. Dice que ella tiene sexo con fantasmas. Mi madre deja la rama con sangre y semen en la puerta colgada hacia abajo. En algún momento la quemará porque siempre lo hace. «Te escuché en el jardín, tenía miedo, porque estaba desnudo, por eso me escondí». Así comienza la tercera parte del Génesis, así es la relación con mi padre.

Mi padre está a mi izquierda. Me acerco a las estacas aún encendidas. El público me felicita. «Es teatro», me dicen, «es mejor que el teatro», me dicen, «bravo», y me tocan los bolsillos como intentando palpar el truco de magia que es hacer desaparecer un cuerpo en el fuego. Hay niños celebrando. Los niños aman la muerte y la muerte es como los perros, hace feliz a los niños. No imagino un futuro sin perros y sin estacas, no hay un futuro con otra luz. No hay. Lo único que pido, público, de corazón, es que no me mientan diciendo «deseamos el nuevo siglo», cuando lo único que desean es el 1300 de nuevo. Declaran su deseo de un siglo nuevo cuando sus ojos se iluminan con el fuego y el cuerpo dentro de él, como los animales cuando cazan, como los santos ante la revelación, como yo frente al chico, antes.

Las estacas están casi apagadas. El público comienza a abandonar la plaza. Quedo solo en el momento antes de que oscurezca, cuando

Firenze es más oscura, cuando nadie ha encendido aún las farolas, y el cielo es rojo, y luego negro, como los cuerpos frente a mí. Firenze copia a los cuerpos, Firenze copia a la muerte. Toda la ciudad es el chico. El público abandona la plaza y ahora soy sólo yo y los perros. Le abro la mandíbula a uno, le saco los dientes. Me guardo un par en el bolsillo. El perro se va. Todos los perros se van. Ahora, ya solo, con cuidado, como en la mañana después de una borrachera, bebiendo pequeños sorbos de agua, de a poco, comienzo a recordar. Él me conoció. No digo «yo lo conocí a él». Porque él se apareció frente a mí, se disparó hacia mí, y me dijo algo tan hermoso que me mareó.

—Pareces un hombre del 1500.

Fue nueve años atrás, en el verano de 1490, afuera de la carnicería en Porta San Frediano, yo le sonreí, él vio los huecos que dejaron mis dientes de leche que nunca volvieron, sonrió y yo recibí sus palabras como una primera comunión. Yo tenía carne y leche en mis manos, él carne robada en sus bolsillos, goteando. Nos vimos al día siguiente y al próximo. Nos encontrábamos afuera de la carnicería. Recuerdo el olor a carne nueva. La carne nueva y él, y los perros que ladraban a los cerdos colgados en los ganchos. Caminábamos, sólo eso hacíamos, yo tomaba agua de sus manos. Él robaba manzanas y las lavaba para mí, su forma de lavar las manzanas era su forma del amor, era la forma del amor. Y sus clavículas, al segundo día vi sus clavículas y pensé que eran la parte que Dios moldeó para su cuerpo solo, para su cuerpo solo y para nadie más, la parte primaria antes de la costilla. Al tercer día, creo, le pregunté su nombre real.

«Salai, me llamo Salai», me repitió.

Salai llenaba sus clavículas de azafrán, anís, nardo, casia, sal, flor de junco redondo, jengibre, mirra, gotas de amapola, gálbano, tratando de imitar un viejo remedio que según él nos salvaría de la peste, y de la muerte. «Jala», me decía y yo jalaba de su hueso primario, y así fue como caí en él.

«Andrómaco el Viejo, el doctor de Nerón, pensó que, si reemplazaba la carne de lagarto por carne de víbora, crearía el mejor antídoto del mundo. Así nace esto», decía machacando las raíces en su clavícula. «Se llama *theriaca andromachi*. Para prepararla necesitas cuarenta días y tiene sesenta y cinco ingredientes, de los cuales tengo diez. Antes del fin de siglo tendré otros cincuenta. Y te salvaré de la muerte, y nos salvaré de la muerte».

Y así pasamos días y noches en la campaña de Firenze, buscando ingredientes de reyes, y magos, y dientes de bestias, y luego dormimos exhaustos en los techos de la *limonaia*. Un día, un día bueno me llevó a su *palazzo*. Aquel *palazzo* era en un altillo de Piazza Santo Spirito, de unos setenta pequeños escalones de piedra, y una puerta de roble con la inscripción: BRONTENBRONTEN, ASTRAPENASTRAPEN, CERAUNOBOLIANCERAUNOBOLIAN. El piso tenía un largo pasillo oscuro con dos habitaciones también oscuras. Era verano. Firenze en verano es protegerse de la luz, de toda luz. Recuerdo el olor a pintura, aceite, vino. Me dijo que ahí vivía con un profesor, que su padre había muerto vomitando sus pulmones, que era feliz desde que murió su padre. «¿Quieres la muerte del tuyo?», me preguntó, para luego contarme que su madre despertó un día con la certeza de escapar con sus hermanos a la Repubblica di Venezia, luego de que degollaran unos corderos de la iglesia de

Ognissanti y fueran condenados por herejía. Yo miraba a Salai como escuchando al mejor de los mentirosos, él sólo miraba mis dibujos mal ejecutados, él hacía las preguntas, y yo respondía.

—¿Qué son esos?

—Son pájaros.

—No son pájaros, son hombres. Prueba a dibujar hombres con alas.

Y así lo hice al día siguiente, y al siguiente, y fue bueno, y aterrador, como masturbarse en Ponte Vecchio antes de la salida del sol, justo antes. Solíamos hablar de hombres con plumas que sobrevolaban ciudades esquivando flechas de otros hombres, solíamos hablar. Comenzamos a buscar trabajo para ganar más florines y así poder viajar y encontrar los ingredientes restantes para hacer su poción contra la peste, contra el terror del mundo, contra el mundo, contra la muerte. No queríamos morir. Conseguimos un trabajo moviendo trozos de hielo por la ciudad. Trozos que llegaban desde el puerto de Livorno. Y luego eran transportados hasta Firenze entre carretas llenas de paja. Al llegar los recibíamos y los transportábamos por los callejones donde no entraban las carretas ni caballos, hasta las iglesias y claustros, para abastecer de agua a los monjes. Era un trabajo hermoso y triste, porque el verano, tal como el hielo, acababa. Porque se me congelaban las manos y él orinaba en ellas, no era algo de invertidos, era un gesto de luz, porque él estaba a mi lado izquierdo vivo, y ya no está a mi lado izquierdo, sino al frente, muerto, Salai.

Hace dos meses la Oficina de la Noche lo encontró a las cuatro y veinte de la mañana en la cama de un firenzer, el profesor, en una casa frente a Ponte la Vittoria. Abrieron la puerta con una estaca

metálica. Alguien anónimamente los había denunciado a ambos. Pero cuando llegaron Salai estaba solo,durmiendo con dos libros entre sus muslos. Esta fue la primera prueba. La separación entre las piernas. La denuncia contaba también que se enviaban cartas de amor con vello púbico adherido, cartas que jamás encontraron. Salai era pelirrojo, rizos rojos, cejas, vello púbico. Cuando entraron a la habitación calentaron la estaca metálica en la chimenea y le borraron ambas cejas y ambas tetillas con el metal; no hay moraleja en lo anterior. El profesor era un florentino que pintaba mediocremente y enseñaba historia del arte en la Universitas Scholarium, en Bologna. Hacía clases a boloñeses jóvenes y tenía en su posesión pinturas con alta carga sodomita, según la Oficina de la Noche. Pintaba hombres dormidos, y cuando alguien se fascina por los cuerpos dormidos hay altas posibilidades que sea un firenzer. Todos los cuadros eran protagonizados por pelirrojos. Esa fue la prueba principal. El día que entraron a la azotea en busca de pruebas, encontraron al profesor semidesnudo con la parte superior del torso manchada de negro. Temblaba presionando sus manos contra su frente. La Oficina de la Noche abrió sus manos y encontró entre ellas un trozo de carboncillo del tamaño de un pájaro. El profesor había reemplazado el color rojo de todos los hombres en sus cuadros por negro. Todos sus hombres, que eran uno solo, un solo pelirrojo, eran ahora un coro de hombres de cabellos oscuros marcados por fuertes trazos de carbón. «No puedo creer, los he perdido a todos», repetía como rezando. La Oficina de la Noche rio y archivó esta anécdota que, aunque metafóricamente interesante, no constituía de por sí prueba suficiente para su acusación. Fue de hecho en su cocina donde dos semanas después encontraron la

prueba que condenó a ambos a la pira. Bajo el baúl en el cual el profesor conservaba carne bañada en sal gruesa, descubrieron tres litros de sulfato de azufre, materia prima utilizada para recrear el color exacto del cabello de su amante: Rojo Óxido. Los pelirrojos nunca te alejan de las cosas que te matan. Te las acercan. Creo profundamente que es una señal de respeto extirpar tus pelos si tienes los pelos genitales rojos. El otro día mi padre me llevó a una casa de mujeres. No amo a las mujeres, pero entro en ellas sin pudor. Acabo adentro. En los hombres acabo afuera. Mi padre me llevó a esta casa de mujeres y caí ahí, de rodillas, frente al sexo rojo de una. Ella acercó mi cabeza, gentilmente, desde la nuca. Antes de lamerla me persigné. «Qué mierda haces, esto no es una iglesia», me dijo, y yo pedí perdón diciendo que tenía algo en la frente, y no me creyó, pero aun así me presionó contra ella. Siempre me persigno ante los genitales rojos. Son una puerta a otro mundo, uno más violento, con balidos de cabras, savia blanca, y yo que soy un hijo del fin de siglo, me aterro. Lo único que no me aterraba en el mundo era Salai, nada en él era catástrofe. Quizás Salai no era catastrófico porque era valiente, y yo soy cobarde. Y está bien ese orden de mundo. Quizás debo entender que valiente y hermoso no son sinónimos. Soy un camaleón. Si alguien hermoso me dice algo me vuelvo hermoso. La fealdad es un pecado. Es simple, soy simple, tal como Salai es sólo clavículas, yo soy sólo simple. Salai siempre inhaló triaca de mis clavículas, yo nunca inhalé, sólo lo vi hacerlo, inhalar triaca de mis articulaciones, y luego dibujar escenas de cazas, trompetas de oro, corderos sin pieles, mujeres cubiertas con pieles de ciervos.

Cuando mi padre comenzó a trabajar en la Oficina de la Noche, Salai se alejó. La primera advertencia fue cuando el profesor, su amante, fue despedido como enseñante, por la orden de alejamiento de menores de edad, por sospecha de ser un sodomita. Desde aquel momento Salai tuvo, con razón, miedo. Más que miedo, terror a que yo pudiera confirmar la paranoia pública de que efectivamente era un firenzer. «Nunca serás un firenzer», me dijo mi madre una noche mientras machacaba testículos de cerdo. «¿Y sabes otra cosa? No hay nada mejor para la infertilidad masculina que los testículos de cerdo. Hay que dejarlos secar primero. Después se muelen hasta que se vuelven polvo, como la pimienta, de ese color, y se mezclan con vino para tener un mejor sabor». No sé a qué iba con lo de los testículos. Pero tenía razón. Nunca seré un firenzer. Nunca seré un quemado. Moriré en mi cama, con mi cuerpo frío por la muerte, y no ardiendo. Le rezo cada día a Dios para morir de frío. Le rezo en voz baja para que mi padre no escuche lo que rezo, pero lo suficiente como para hacerlo real. Vivir en el fin de siglo es sacrificar tener a alguien a mi lado, en orden de sobrevivir. A alguien que me dé su mano, en el terror, en el terror una mano, eso es el amor, yo lo sacrifico por sobrevivir, como la mayoría en este siglo. Mi padre caza firenzers. Yo trabajo en el hinojo. Todos los hijos de la Oficina de la Noche trabajamos en el hinojo. Los firenzers nos huelen, se alejan de nosotros. Trabajo en el hinojo y es simple, y un poco irónico, pues el hinojo por un lado significa la planta misma, por otro, el modo más popular de nombrar a los sodomitas en nuestra república. En otras palabras, los firenzers son una raíz.

La última vez que vi a Salai fue en el invierno de 1498. Lo vi en una feria de Sant'Arcangelo. Se acercó entre los vendedores de

olivas, había tantas. Y abrió mi mano y metió su nariz en ella. Para comprobar si yo era efectivamente lo que el mundo decía, un lanzador de semillas de hinojo. Salai arrastró su nariz por mi mano como inhalando mis líneas de vida. Abriendo su boca rosada con mi índice, sentí, quizás, lo que era su lengua, respiró entre mis dedos y me dijo «perdón, perdón, perdón, pero no puedo». Y no lo vi más hasta hoy. Pero aún no olvido eso de ser un hombre del 1600. Ser un hombre, tener veinte años. Un hombre nuevo de una ciudad sin luz, sin hogueras, sin santos ni iluminaciones. ¿Qué habrá en vez de hogueras, Salai? ¿Qué iluminará al público en las plazas? ¿Cómo nombrarán a los firenzers en el nuevo siglo? ¿Cabras, hinojos, semillas de azafrán, dientes de perro?

No. Me confundo, miento. Esa no fue la última vez que vi a Salai. La última vez, recuerdo, ya estaba sin cejas, desde que la Oficina de la Noche le deformó la cara con metal. Fue a inicios de año en Piazza Santa Croce. Yo salía del trabajo. Su amante, el profesor, ya no enseñaba, y la puerta de ambos estaba marcada con pintura que buscaba imitar sangre de cordero, con el mensaje FUORIFUORI FIRENZERFIRENZER. La Oficina ya sabía que ambos eran firenzers, y sólo estaban tramitando su juicio, teniendo en cuenta las reincidencias de sus conductas sodomitas. Salai me tomó los codos en las escaleras de Santa Croce. Recuerdo a los florentinos mirando nuestros brazos. Salai abrió nuevamente las palmas húmedas de mis manos, esta vez sin miedo, y con sus dedos sacó las semillas de hinojo que tenía pegadas con sudor, y puso una en su boca, y la tragó, como tragando un árbol futuro, árbol ignífugo, árbol que arde en fuego azul, luz que no es fuego, y así, lentamente, Salai guardó las otras semillas en su bolsillo al lado contrario de su corazón.

—No.

—¿No qué?

—Tus manos sudan.

—¿Y?

—No.

—¿No qué?

—No tienes por qué temer a estos hombres del siglo, acuérdate.

—¿No?

—Dile a tus manos de no protegerse del futuro.

Dijo y secó el sudor de mis manos en su pelo, su pelo fue lo primero en prender fuego. Es un día extraño este, es un día extraño. El siglo está acabando, Salai está muerto, las semillas no tienen sentido. Faltan unos días para el 1500. Morir en diciembre debiese ser penado con la hoguera. Es invierno. Ayer intenté tener fiebre. Luego de saber el veredicto de Salai me lancé al Arno. Nadé en círculos hasta que alguien me vio, y comenzó a gritar, y yo respondí gritando que soy un perro, un perro que busca el último trozo de hielo en Firenze. El hombre creyó que estaba borracho y me dejó solo. Nadé a la orilla, me tumbé sobre un trozo de madera. Luego crucé la ciudad con el cuerpo mojado. Mi padre me quitó la ropa. Mi madre me besó en la frente para medir mi temperatura, me acostó. Me levanté y me vestí nuevamente con esa ropa. Amanecí con esa ropa. Dios, no amo a los hombres, sólo me duele verlos arder. Quizás sea una frase obvia para alguien del 1600, pero hoy no. Y pienso todo esto mientras estos hombres se apagan, y anochece, y la ciudad entera se apaga con ellos, me arrodillo, lento, y meto mi mano en las cenizas, como midiendo la temperatura de un mar.

FÉMUR

República de Firenze, dos meses antes, 1499

Un trozo de madera de naranjo es lo que se pone en la boca de los firenzers cuando reinciden en el sexo con otros hombres. Es un trozo del diámetro de un dedo y la longitud de una mano. Debe pertenecer específicamente a la parte central del tronco del naranjo, parte que no se hunde fácilmente, parte que resiste la mordedura humana. Se sitúa detrás de los molares del acusado y uno de los Oficiales comienza a cortar. Usualmente es un corte rectangular en la parte blanda de los muslos, o un corte circular entre la piel del ano, o una línea recta en los testículos. Luego el pedazo de cuerpo es bañado en sal y expuesto a los ojos del acusado.

En el patio de la casa del profesor había un naranjo. Un día Salai lo taló. Lo dividió en dos troncos de un metro. Con él talló una cruz. Una cruz rosada y sin Cristo. La madera estaba fresca, y su nariz y labios se pusieron rojos. Me miró con esa cara y yo me derretí al verlo. «Voy a morir», me dijo. A la noche tuvo fiebre, no sé si fue por el gesto pagano de eliminar el Cristo, o por aspirar el polvo de la madera nueva. Él alucinaba. Yo pasaba un paño húmedo por su cabeza para que se durmiera y yo pudiera dormir a su lado, una vez más, más de una vez, porque el tiempo nunca es mucho, nunca.

Salai a menudo tenía miedo de que yo lo dejara. Le dije que no lo dejaría. Que ni por un momento pensaría en dejarlo. Que mi amor lo

sentía como un coliseo, más que un coliseo, como la gente saltando dentro de un coliseo, mientras los hombres eran atravesados en canal, eso era mi corazón. A la mañana siguiente despertó antes del sol y me dijo «mira lo que he hecho, mira lo que he hecho». En la cruz había pegado sus vellos púbicos. No como algo profano, al menos no lo sentí así, sino como una protección, una promesa contra el fuego. «Si un día te tienes que poner este trozo de madera en la boca piensa que es mi fémur, que muerdes mi fémur, y así estaré contigo». Luego me miró con esa mirada, esa mirada de siempre justo antes de contarme algo horroroso. Y uno de sus ojos se volvió azul, y el otro verde. «Había una vez un joven toscano llamado Pacchierotto. Un día Pacchierotto fue arrestado por amar hombres y fue torturado, y descendió a los infiernos, y del dolor confesó extraordinarias inmundicias. Fue condenado y se le colocó un trozo de roble muy grande en la cabeza. Fue azotado alrededor de la Piazza de la Signoria. Frente al león recibió doce latigazos. Luego lo llevaron al centro del Mercato Nuovo, donde recibió otros doce. Desde ahí fue a la calle Tra' Pellicciai, donde había sido sorprendido varias veces en semejantes actos, y ahí recibió otros doce. Finalmente fue conducido a la Stinche, donde fue confinado de por vida. En aquella cárcel había en su mayoría sodomitas, pero también ladrones, prostitutas y blasfemos. Todos esperaban alegremente a Pacchierotto. A su llegada lo hicieron capitán, le pusieron colas de zorros en la frente. Y cantaron y bebieron hasta olvidar la carne molida de sus cuerpos. Lo sentaron en la cabecera de la mesa. Pacchierotto lloró por las marcas de los metales en su cuerpo, pero viendo entre aquellos hombres a algunos con la frente marcada, hundida, algunos sin orejas, sin ojos, encontró,

extrañamente, consuelo. Y así vivió, honorablemente, en aquel lugar durante varios años, hasta el día de su muerte».

Salai me miró, como esperando que dijera algo, pero yo no dije nada. Entonces tocó mis cabellos y abrió mi boca con su boca. Ya no había catástrofe. Yo guardo ese trozo de madera de naranjo en mi velador, dentro de un pañuelo. Si un día llegan a mi casa, tengo aquel trozo que Salai moldeó para mí, y sólo para mí, y ese día lo pondré en mi boca, y mis dientes apretarán la madera como mordiendo su fémur, y nunca más habrá dolor para mí, ni para nadie.

LOS HUMILLADOS

República de Firenze, 1498

El verano del 98 arrastra a Firenze a la sequía. Los religiosos de algunos claustros sin posibilidad de salir a la luz, debido a sus votos de fe, se ven obligados a permanecer protegidos del sol, y sin agua no se puede rezar bien. Salai y yo estamos a pleno sol bajo la Porta di San Frediano. Sus hombros se descascaran y pequeños trozos de piel caen cuando se cuelga, con las manos, del león de piedra que divide el arco. Veo sus axilas, con la luz del sol sus pelos rojos son transparentes. No lo toco, no imagino tocarlo, que es otra manera de decir, rezo por él.

Esperamos juntos un gran trozo de hielo que viene desde la Repubblica di Venezia. El hielo proveerá a las iglesias de agua dulce hasta el inicio del otoño. Esperamos juntos. Vemos una carreta acercarse hasta nosotros. Al llegar, dos hombres desatan el trozo de hielo de sus caballos. «De aquí no podemos seguir, las calles son muy estrechas, ustedes son los responsables desde ahora», nos dicen mientras lanzan sacos de sal marina para evitar la pérdida de agua. El hielo es de cuatro veces nuestro tamaño, está sostenido por un piso de paja y cuatro ruedas que chillan mientras lo comenzamos a arrastrar. Los hombres se alejan mientras Salai desnuda su torso y cuelga su vestido en su cuello. «*Andiamo*», dice, y me sonríe. Arrastramos el hielo desde Porta San Frediano hasta la iglesia de

Ognissanti. Atrás nuestro queda un camino de saliva milenaria que se evapora a los pocos segundos. Firenze en verano es el infierno. Firenze es el infierno. Cuando nuestras manos se congelan nos damos golpes en los hombros el uno al otro, a veces paramos a orinar sobre nuestros dedos congelados, nos miramos mostrando cómo cambian de color las palmas de las manos. Dibujamos con orina letras en el suelo. Letras que no se entienden. Dibujamos la g, la n, la s, letras fáciles, letras que Salai sabe escribir. Los florines de este trabajo nos darán pan sin sal, *vin santo* y especias por algunos meses, antes del invierno. Veo a Firenze a través del hielo. Ponte Vecchio, Palazzo Pitti. Firenze es una pintura que gotea, que se deshace bajo nuestros pies.

Imagino que dentro del hielo hay un pájaro, sólo porque amo los pájaros, imagino la historia de un pájaro que vive en los hielos del norte, más allá de la Repubblica di Venezia, más lejano aún, un pájaro que hiberna en cuevas azules del norte sin nombre, pájaro que quedó ahí dentro cuando los hombres cortaron este trozo que fue su casa, sólo para llegar a esta ciudad y morir a la luz de Firenze. Pero no hay nada dentro del hielo. Es sólo nuestro gesto hermoso e inútil, como la fe, como Salai, de movilizar algo que está destinado a morir sin dejar rastro. Salai apoya su cabeza contra el hielo y parece rezar. Reza. Está hablando con un animal grande que levita, una ballena muerta y transparente. ¿En qué lengua reza Salai? ¿Una lengua más antigua que el latín? Sí. Porque reza en el idioma de las ballenas muertas, el animal más antiguo, las ballenas congeladas que no nadan y sólo esperan flotando en mares que las expulsan a la superficie para explotar a la luz del sol, ellas poseen el lenguaje primario de arrastrar las cosas que no podemos nombrar.

Dios, hoy sólo pienso en arrastrar muerte, porque arrastro metáforas y las metáforas están muertas. Hoy sólo tengo nombres para cosas muertas. Un día olvidaré los nombres, a Firenze, y moriré sin palabras, porque nadie realmente muere hablando, sólo hablamos antes de morir, en el momento antes de morir nombramos las cosas sin nombre, las palabras pesadas, y se las dejamos a los hijos, y al otro siglo, y así morimos tristes y livianos. «Lo escucho hablar», dice Salai interrumpiendo mis ideas. «¿Cómo?». «Apoya tu frente en él y lo escucharás hablar». Me río. Salai saca de su bolsillo un pequeño cincel, rompe un trocito del hielo y se lo mete a la boca. «Si está vivo, esto le debió doler, ¿no?», le digo. «No lo sé. Ya no habla más». ¿Qué decía? «g, n, s, g, n, s». «¿Y eso significa...?». Salai se encoge de hombros y me deja mirar. «Trabajemos», dice.

Debemos llegar a Ognissanti antes de que el hielo pierda un metro de agua. Si pierde un metro de agua no será recibido por los monjes. Perdemos florines cada vez que el hielo se deshace. En la iglesia lo medirán Los Humillados. Una orden religiosa que nace en la Repubblica di Venezia, pero que posee este único claustro en Firenze; son reaccionarios, odian el materialismo, los privilegios clericales, y están en contra de la Oficina de la Noche, por lo cual mi padre los desprecia. Creen en el retorno a una espiritualidad austera y una vida de agua, credos, higueras, madera, tiempo, aceite de oliva, leche. Los Humillados esperan este trozo de hielo que beberán a sorbos los próximos meses, Los Humillados es, por sobre todo, un gran nombre, hay algo en él que me recuerda a mí y a Salai, pero no sé hacer la metáfora correcta. Lo único que sé es que ese nombre incluye la más hermosa de las capacidades humanas, el declarar «estoy vencido, y más aún, humillado», por algo más grande, por

aquel Dios que desea herirnos. Hay un Dios que nos hiere, y eso me hace creer que existe lo contrario, otro Dios que nos arrastrará de la muerte un día, que nos arrastrará como arrastrando un gran trozo de hielo, y llegaremos vencidos y sin forma a un lugar tranquilo, entre olivos y zorros de montaña a vivir la vergüenza de envejecer sin dolor. Es hermosa la vergüenza, si existiera más vergüenza en el mundo habría menos fanáticos, y menos muertos por fuego, si existiera más vergüenza habría menos luz.

Llegamos al claustro. Los Humillados nos reciben entre susurros, están cubiertos con capas de pieles opacas de cerdo. Debajo de las pieles se esconden chicos de menos de veinte años, pero que parecen cercanos a morir. Nos saludan persignando nuestras frentes. Siento el olor a sudor de Salai. Salai se apoya en mi hombro. Creo que ellos nos entienden. Eso de que podemos ser, de alguna manera, firenzers, pero como no hablan no puedo comprobarlo. Nos dejan estar en la oscuridad de las catacumbas para descansar, nos dan agua, nos dejan trozos de carboncillo, también un vaso de vino, pintamos en los muros. Salai pinta cosas horrorosas. Yo prefiero no hacer nada aterrador. Ya todas las calaveras y cruces fueron pintadas. Por eso me dedico a pintar girasoles. No tenemos el color amarillo, así que mis girasoles siempre son rojos y negros, lo que los vuelve tristes. Salai se tiende en el suelo húmedo del claustro. «¿Qué pintas?». Un campo de girasoles negros para Marco Aurelio. «¿Quién es?». «Mi emperador favorito. Marco Aurelio amaba el sol. Yo amo el sol. Aurelio quería hacer feliz a su madre. Yo quiero hacer feliz a mi madre. Somos hombres simples. Pinto girasoles saliendo del ombligo del emperador asesinado, y sobre su lecho de muerte un muérdago seco, su cuerpo rodeado de semillas de hinojo que dibujo

con salpicones de vino. Semillas para llevarlo al otro mundo, con una promesa de algo de amor». «¿Qué dice abajo?». «Protégenos del futuro, Marco Aurelio». «*Hush*». Los Humillados nos piden guardar silencio. Salai muerde la parte baja de su vestido y veo los músculos de su abdomen contraerse. Mi cuadro no es digno de él, todo es muy detallado en mi cabeza, pero no en mis manos, porque tengo muy mal pulso y las cosas se me caen. Mis pinturas son como las pinturas de un niño de cinco años, y no puedo explicarlas, porque sólo tengo la vocal *A* para comunicarnos con Salai dentro de esta iglesia con voto de silencio. Me frustro en mi mediocridad, lloro arañando las paredes de la iglesia, que me perdonen los pintores que vinieron antes de mí. La única verdad es que no deseo ser un firenzer, porque no deseo ser aterrador. No hay nada que me rompa más el corazón que ser aterrador. Necesito amor y es simple, y gatos, y reptiles, porque los gatos y reptiles te protegen de la muerte. Los perros no. Los perros son los que te ladran a la entrada del otro mundo. Tengo un sueño recurrente donde me despierto con dos grandes perros que me ladran y me asusto mucho, y grito e intento escapar no sé dónde, pero un perro me muerde en la boca y come mi lengua y otro mis pies, y me vuelvo un fantasma, despierto en mi cama bañado en saliva y sudor. La humanidad se equivocó al confiar en los perros. Hay gente que ama mucho a los perros y no dudaría en degollar aldeas completas. He conocido amantes de perros que aman la palabra decapitar, estaca, cartílagos. Y no está bien. Yo temo a los perros, y amo las flores, y a los hombres y el hielo que arrastran.

«Ven», dice en voz bajísima uno de Los Humillados. Se cubre con una capa de piel de cerdo seca y nos mete arroz en los bolsillos. Nos

lleva de la mano a conocer el nuevo fresco pintado por Giotto. Entramos alumbrados por pequeñas farolas encendidas con cera de abeja. La luz en los vitrales es violeta, y de la nada oscurece y es de noche, es de noche. A través de estos pasillos oscurísimos pierdo el tiempo, y de un momento a otro a Salai, Salai no está, no está para mí y recién estaba para mí. La lámpara de cera de abeja gotea y veo las gotas en el suelo y no está, Salai no está, y todo es terriblemente oscuro y frío, pero frente a mí aparece, apenas, el fresco del Giotto, y no tengo palabras. Los Humillados me dejan solo. Rezo, pongo las rodillas en el suelo, rezo, repito. Salai reaparece entre la oscuridad. Tiene en sus manos los florines, se ríe de mí, de mis rodillas. Se tiende en el suelo y mira el fresco, se pone las monedas en los ojos. Yo me acerco. Huelo la grasa en su pelo. La grasa detrás de sus orejas. Está tan vivo haciendo de muerto. Me abraza y me aterro. Aterrado sobre él huelo su cara y las monedas entre nuestras mejillas. Salai toma la moneda con su boca y la muerde como mordiendo un trozo de madera. «¿Es posible una vida así?», le pregunto. «¿Una vida justo antes del dolor?», le pregunto. Salai sólo me mira y toma mi cara y me dice que necesita volver, que el profesor lo espera. Salimos a la luz.

Deseo que un día alguien me despierte sacando las monedas de mis ojos, y de mis bolsillos, y de mi boca, y que ese alguien sea Salai. El cielo afuera es tan rojo y ni siquiera pide disculpas. Qué triste morir sin ver el 1500. No ver el inicio de siglo. Dios mío. Qué milagro de dolor, cuánta vida horrorosa, cuánta luz en la muerte, qué imaginación terrible, demasiado terror, demasiado milagro. No encuentro mejores palabras para describir este fin de siglo. Hoy es un pésimo momento para morir. Sólo tengo un secreto contra el

horror. Cada noche dejo un trozo de hielo en mi velador, y gotea, y algo que no es un fantasma ni un humano viene a beber de él, y con su lengua se lleva toda mi tristeza, en la mañana no queda nada de ella.

MONSTRUO DE QUINCE AÑOS

República de Firenze, 1498, primavera

Los siglos te dan quince años de calma antes de la masacre. Lo he leído. Lo he calculado desde hechos históricos. Hay un animal que despierta los años antes del fin del siglo. El año uno comienza a caminar. Está lleno de baba y placenta negra. No es un zorro, pero se mete a las casas y mata gallinas como uno. Camina en cuatro patas. Tiene fémures de humano, dedos, dedos que usa para agarrar las cosas. Agarra las cosas porque se olvidó del nombre de las cosas, de cuando fue hombre y las nombraba. Este animal agarra las cosas y las lame, las deja con su saliva, y a la mañana siguiente las cosas tienen su saliva seca, que no brilla, y así los cazadores y hombres de la ciudad entran al bosque y cortan la leña lamida por el animal, toman las frutas con saliva de monstruo, y las llevan a sus casas, y el humo de esa leña con saliva de monstruo es venenoso, igual que las frutas, y los ciudadanos enloquecen poco a poco. El animal crece.

A los cinco años ya camina en dos piernas, las otras dos las tiene colgando desde el pecho como dos sexos sin sangre. El animal aún no parece humano, se cubre con paños que encuentra, el animal imita al más bajo de los humanos, estira la mano y pide, conoce la crueldad humana y la copia, y sobrevive en la oscuridad. Para ese entonces el animal ya es capaz de vivir en las ciudades y lamer las

paredes y cerraduras, que los ciudadanos toman todos los días, así la enfermedad del terror se propaga, el animal es un animal de terror, una bestia anterior a lo humano. A los siete años su piel parece la de un hombre joven, sin embargo sus párpados aún están pegados, y el animal puede mirar a través de la piel, no es un problema. Sus dos piernas son ahora pezuñas flácidas que cruza a través de su cuello como un paño. El animal no tiene brazos, el animal no posee un lenguaje más que el de la saliva. El animal no es un animal, es un invento del inicio de siglo, sólo que mis palabras son tímidas para describirlo.

A los ocho, nueve años, su naturaleza cambia. El animal comienza a ver el terror y la violencia en los ciudadanos que han bebido su saliva, el animal se da cuenta que esto genera algo extraño en su pecho, el animal se siente como aterrado antes de cumplir los diez años. A los diez sus pezuñas y fémures de perro ya asemejan los de un humano, ya puede saltar desde el Ponte Vecchio al río al lado de otros jóvenes florentinos, que aparte de mirarlo con la misericordia y curiosidad que la Biblia enseña a mirar a los tullidos, no se impactan.

El animal nada sin brazos, el animal envenena el río Arno. El animal comienza poco a poco a ver la crueldad y el terror apropiarse de los niños florentinos. Los sigue por las calles con el cuerpo mojado. Los ve correr por los techos cazando gatos y rompiendo las cabezas de los gatos en las fuentes. Los ve penetrarse mutuamente. Una tarde ve a un grupo entero penetrando a uno. El animal siente, a sus diez años de vida, por primera vez, que aquella saliva que ha dejado en la ciudad lo ha secado de crueldad, de una manera inversamente proporcional a los ciudadanos, que la han bebido y ahora son crueles por vez primera. El animal, sin tener un lenguaje

propio, lo que significa que no tiene noción de presente o futuro, comprende, de vaga manera, que su cuerpo está destinado a ese sacrificio, que un día próximo su cuerpo se secará de aquella saliva, dejando a Firenze envenenada. El animal se aterra ante este destino. El animal camina. El animal es visto por los niños y perseguido por ellos. Los niños ponen dos huesos de buey en el lugar donde el animal no tiene brazos. El animal no siente dolor, pero entiende el terror. Pasan dos inviernos y el animal es de repente un joven hermoso. Sus cabellos han crecido fuertes y tapan sus ojos cubiertos de piel. Las pezuñas se han escondido en su pecho y vuelto costillas. El animal respira desde sus pulmones por primera vez. El animal aprendió a correr. Corre con los ciudadanos de los pueblos cercanos y entiende la noción de extranjero, por lo que es la única palabra que imita, al igual que los pájaros, para comunicarse con los humanos. Los humanos no dudan de su naturaleza humana y corren con él, y comen con él, sin saber de su condición de bestia.

Un día el animal ve a dos niños encender a otro en llamas. La luz de esta escena desarma algo muy dentro del animal, muy dentro. Él cae rompiendo sus rodillas hacia atrás, como un cisne. El animal se arrastra, sabiendo que lo que hay dentro de él, aquella savia transparente, ha llevado a la ciudad al miedo absoluto, a la perdición de toda moral. El animal no sabe lo que es la moral, pero al ver el cuerpo del niño girar en llamas conoce, dentro de sus pulmones, que eso quita el aire al mundo. El animal se rebela a su naturaleza de animal. El animal baja al río, por última vez baja, esta vez arrastrándose. Río abajo toma una roca de río y la raspa contra otra roca de río, toda la noche raspa. En la mañana aquella roca es un cuchillo. El animal toma aquel cuchillo de piedra y abre su lengua en

canal. De su lengua cae primero un líquido espeso azul oscuro, luego transparente, luego sólo agua, la más pura de las aguas, que se confunde con el río, mientras el animal comienza a perder, sin dolor, su forma humana, y se vuelve una piel, parecida a una piel de cerdo seca, que el río lleva abajo junto a todo el veneno y el terror del mundo, para siempre, en el agua, corriendo el terror suficiente para acabar con el siglo siguiente, suficiente para hacer enloquecer a una mitad del mundo para que acabe con la otra. Y ahora sólo queda esperar, esperar, esperar que nazca el próximo.

LA CALUMNIA

República de Firenze, 1494

Sobre lo que vendrá, necesito declarar, con terror a ser impreciso y a exaltar a las masas, que los siguientes hechos responden sólo a cómo vi las cosas en su momento en Firenze, y últimamente he estado dudando si fue exactamente así. Desde los colores, a las fechas, a los nombres. Comienzo.

Alessandro Filipepi, conocido en nuestra Firenze como Botticelli, realiza el cuadro *La Calumnia*. Lo expone por primera vez en su estudio en Ponte Vecchio en el verano del 94. «Este cuadro se debe leer, por fuerza, de derecha a izquierda», declara antes de quitar la tela violeta que cubre el marco. La tela cae. El cuadro es pequeño. No supera el metro de longitud. En él, un rey con orejas de asno es aconsejado por dos mujeres rubias. Una representa la Ignorancia, la otra, la Sospecha, ambas susurran en sus largas orejas, mientras él mantiene la mirada fija en los adoquines. Su mano tiene la energía suficiente para alzarse y apuntar hacia el centro de la escena, donde un hombre semidesnudo es arrastrado del pelo por una mujer que sostiene una antorcha. Esta mujer es el centro y título del cuadro, *La Calumnia*, otras dos mujeres la acompañan trenzando sus cabellos, al lado del camino tortuoso del acusado, quien viste harapos y alza la mano hacia el rey, casi rozando su nariz. Avanzamos a la parte izquierda. Vemos una anciana vestida con una túnica negra y los

ojos fijos en la mujer desnuda a su lado, la mujer desnuda apunta su mirada y dedo índice hacia el cielo, nadie en el cuadro reconoce la presencia de estas dos mujeres. La mujer desnuda representa la Verdad y la anciana, la Penitencia. Más allá de la moralidad de los nombres alegóricos, Botticelli con este gesto exhibe un deseo de destrucción de mundos, quizás porque *La Calumnia* es en sí la reconstrucción de otro cuadro perdido, cuadro realizado por Apeles casi cuatrocientos años antes del nacimiento de Cristo.

Apeles fue otro acusado, quien tras demostrarse su inocencia y ser liberado realizó un cuadro, cuadro sólo descrito y jamás visto. Apeles pintó un gesto para conjurar la acusación, una imagen fantasma que tomó Botticelli mil ochocientos años después, inspirándose, curiosamente, no en el cuadro mismo, sino en la lectura que hizo del cuadro perdido de Apeles en el siglo segundo Luciano de Samósata, escritor sirio que, en su texto *De Calunni*, especula sobre esta defensa pintada y perdida, texto que finalmente llevó a la reconstrucción de una nueva defensa pictórica hecha por Botticelli, defensa que tardaría varios siglos en ser expuesta, una insistencia de casi mil años por denunciar la obscenidad de acusar o, más precisamente, de ser acusado, de derecha a izquierda, en un siglo, por tu propio siglo. Y no es un asunto de lecturas de izquierda y derecha, o la distancia entre ellas, sino, quizás, sobre la mirada. Lo realmente perturbador de esta imagen es que la Verdad, representada por esta indiferente mujer desnuda, nunca se dirige al rey, quien parece no escuchar, sino que apunta directamente hacia el cielo, como si lo hiciera con seguridad absoluta de que la justicia no habita dentro de aquel cuadro. Por lo tanto, la escena que presenciamos, cruenta y fatal para el acusado, no parece tener otro

fin que, a través del dolor extremo, mostrar que el único conjuro contra la calumnia será la terrible belleza de nuestra defensa, la belleza como forma única de limpiar nuestra vergüenza. Y más allá de todo, de la mucha vergüenza, más allá del acusado, y las orejas de asno, más atrás de todo, vemos un pórtico romano, con estatuas entre las cuales, quizás, y esto sólo lo veo yo, justo atrás de la Penitencia, está la estatua de un hermoso joven tallado en piedra que con sus dedos largos alza su túnica romana y nos enseña una falda cortísima, y más abajo sus rodilleras doradas, y más abajo aún, al lado de su pie, lo que pareciera ser un rostro, un dibujo en la piedra, o bien una grieta o, como lo creo yo, otro hombre, mirándolo desde abajo, en silencio.

Botticelli fue acusado, creo, tres años antes del final de siglo por los Oficiales de la Noche, anónimamente, por actos de sodomía. No fue quemado. Sólo una multa de varios florines. Lo curioso es que este cuadro fue pintado siete años antes. Como una declaración paranoica, como una promesa para protegerse de su futuro, del futuro que era, y es aún, de los aterrados. No hay nada peor que la burocracia antes de morir. No hay nada peor que la burocracia al condenar. No hay un horror más grande inventado por los humanos que la tortura desde el momento de la acusación hasta el momento del juicio, ese tiempo tantálico en que el acusado está solo con su estómago que burbujea en ácidos. Se escucharon aplausos. Recuerdo que Botticelli tomó la tela violeta y protegió su obra de la luz nuevamente.

LA HOGUERA DE LAS VANIDADES

República de Firenze, 1497

Hay una torre de tres pisos de espejos, collares de perlas y libros ardiendo. Ha ardido durante tres días. Han lanzado corderos y perros sobre ella. Salai toma mi muñeca. Me dice que mire las luciérnagas. Miro las luciérnagas. Son trocitos de páginas quemadas que se posan sobre nuestros vestidos y luego se apagan. Salai toma mis dedos. Nadie nos ve. Todo el mundo está viendo las cosas que salpican en el fuego. «Savonarola», susurra Salai en mi oído, y apunta su dedo hacia un hombre calvo y pequeño que mueve con una vara de plata unos espejos hacia las llamas. ¿Por qué es siempre la gente pequeña la que hace daño? Yo lo conozco. Lo conozco porque mi padre lo conoce, y me contaba su historia como una fábula. Se llama Girolamo. Girolamo Savonarola nació en el verano de mitad de siglo en Ferrara. Era el tercero de siete hijos entre Nicoló di Michele dalla Savonarola y Elena Bonacolsi. Savonarola creció entre hermanos y frailes, con pánico a las ciudades vecinas que un día invadirían la suya. Un día sus huesos crecieron y se hizo fraile. Creció su fe, creció su pelvis. En 1482 fue enviado a Firenze. Al pisar Firenze, vio el Arno y deseó por primera vez ser profeta, al menos eso le contó a mi padre. Para él Firenze representaba el primer círculo del infierno. *De Ruina Mundi* se llama uno de sus primeros manuscritos. Ahí comparaba a Roma, al Papa y a sus

estados con Babilonia. Girolamo veía en los estados papales a una prostituta. Y no eran los únicos que para él eran prostitutas. También lo era el mecenazgo artístico, y los espejos y la gente reflejada en ellos. Veía a Michelangelo, Da Vinci, Brunelleschi, Bernini y Borromini como sanguijuelas invertidas que representaban la contradicción perfecta entre el esplendor creativo promovido por el papado y la corrupción eclesiástica. Savonarola regresa a Firenze en 1491, luego de un arduo recorrido por Ferrara y Bologna predicando sus nuevas tesis. Al volver por segunda vez vio su reflejo en el Arno y tuvo una predicción que nunca confesó a nadie, según mi padre nuevamente. Sintió que su cuerpo, tal y como lo percibía, podía resistir a una hoguera, el fuego. Se sintió milagroso, y desde ese día se declaró hacedor de milagros. Ese mismo año atacó directamente en un sermón al Papa Inocencio Octavo. Su discurso, sumado al del difunto Bernardino da Siena, sumó apoyo entre los florentinos, exasperando la causa de la caída moral en la falta de fe, la falta de austeridad, la falta de decoro, el exceso de sodomitas, el exceso de mujeres.

Savonarola tuvo visiones sobre la caída de Firenze. Una de esas visiones coincidió. El 8 de noviembre de 1494, el rey de Francia Carlos VIII invadió Firenze. Nuestra ciudad estaba justo en su camino para poder llegar a Napoli. La familia Medici fue expulsada. El rey de Francia nombró a Savonarola como adalid cívico y religioso. Savonarola comenzó a gobernar Firenze bajo sus visiones proféticas. Creó la República Democrática de Firenze. Prohibió el alcohol, la usura, las apuestas, los codos, las rodillas, los perfumes, la depilación, la limpieza excesiva de oídos, los espejos, los escotes, las calzas masculinas estrechas, la música, a excepción de la hecha por

órganos para iglesias, las pinturas de Da Vinci. Savonarola vio lo que hizo, y vio que fue bueno. Se vio nuevamente en el Arno y tuvo la luz de una idea. Vio una torre de Babel en Piazza della Signoria. Una torre que ardía ante él, y cuya luz hacía retroceder a un ejército de demonios, él se miraba en aquel fuego, y aquel fuego lo miraba de vuelta. La anunció por primera vez en un sermón en Santa Croce, justo hace unos meses. *La hoguera de las vanidades*. Ese fue el título de su sermón. Era una invitación abierta a cada ciudadano fiorentino a deshacerse de todos los objetos que llamaran a la vanidad.

Comenzó hace unos días. Salai me dijo que quería ver el fuego y vinimos a ver el fuego. Se recolectaron objetos de todo tipo. Esculturas, y manuscritos, y pinturas romanas, y tapices con bordados, algunos muebles de marfil, y sujetadores de cabello de marfil, y copas de marfil, tiras de terciopelo, libros de adivinación, de alquimia, y cítaras, libros de Petrarca, de Boccaccio, manuscritos en griego y en sardo. Esta torre ha iluminado por tres días a Firenze. Alimentada diariamente con obras de arte, piedras preciosas. Mi padre me contó que antes de su muerte, Lorenzo de Medicis mandó a llamar, a modo de extremaunción, a Savonarola. Savonarola aceptó la invitación y fue a su *palazzo*. En el lecho de muerte tomó la mano a Lorenzo y haciendo un corte horizontal en su palma lo maldijo. Escupió en la herida ceniza y mirra que había masticado durante la mañana. Masajeó la palma de Lorenzo hasta su muerte, susurrando «penas y muerte y sombra».

Salai ha estado conmigo estos tres días. Fascinado por el fuego y sus luciérnagas. Yo soporto la quema de libros si puedo sostener la mano de Salai a plena luz. Salai me mira. De cierta manera no

podemos evitar reírnos ante la locura. La gente lanza sus ropas, quedan desnudos, ponen sus ojos en blanco, recitan y lloran, dejan de llorar y bailan. Harán arder todo lo que construimos en los últimos cincuenta años. Sólo nos podemos rendir a la oscuridad después del fuego, no podemos combatir a un siglo. Tomo la mano de Salai. Hoy dormiré con él. Tenemos tanta suerte, ¿no?

LOS CAZADORES

República de Firenze, 1497

Deben ser hombres.

Deben ser ciudadanos florentinos.

Deben ser mayores de cincuenta años.

Deben estar casados.

Esos son los requisitos para pertenecer a la Oficina de la Noche. Ellos cazan. Cazan en la noche, por eso el nombre. No hay metáfora en el nombre. La Oficina de la Noche desprecia las metáforas. Las cosas deben ser como las palabras que las nombran. Las palabras deben definir lo nombrado. Por eso odian a los hombres que están con otros hombres. Porque la palabra hombre no debiese nombrar a los sodomitas. Es un problema con el lenguaje de ser hombre, porque ellos no pueden ser lo mismo que un sodomita. No pueden estar ambas naturalezas contenidas en la misma palabra. Porque tener problemas con el nombrar es tener un problema con Dios, porque Dios creó al universo y al hombre nombrándolos, y cuando lo nombró sólo se refería a una naturaleza de hombre, no a otras naturalezas de hombre, lo que significa que el acto de estar un hombre con otro es una negación a la palabra misma de Dios.

La Oficina de la Noche no está compuesta por genios. Los genios están afuera pintando los frescos de las iglesias, imaginando puentes levadizos. La Oficina de la Noche sólo trabaja en la noche porque los

firenzers brillan en la oscuridad como las luciérnagas. Así los cazan. Porque los firenzers son como las luciérnagas. Se queman como las luciérnagas, en forma de ceniza o luz. Porque sí, esa luz que se apaga no es un imperio, es una luciérnaga. La Oficina de la Noche no ama la noche, ama la luz. Ellos han llenado de fuego los faroles de Firenze para poder ver los encuentros entre jóvenes florentinos tentados por mecenas, u hombres viejos probando con otros de su mismo rango. La Oficina de la Noche es eficaz y estúpida. Ellos ven lo que tú les dejes ver. Ellos sólo ven donde tú pones la luz. Por eso yo alabo la opacidad. Yo vivo en ella. Vivo en un constante azul oscuro. El azul oscuro constante es aburrido y seguro. Lo único que me aterra es la sospecha. La sospecha es un golpe de luz injustificado. La Oficina caza la sospecha por sodomía. Nadie está a salvo de la sospecha. De la calumnia. La mayor parte de las denuncias llegan del boca a boca. Ellos rodean las casas. Y entran a las casas. Se llevan florentinos, a veces a florentinas. La Oficina no pretende el miedo, pretende el terror, porque ocurre mientras dormimos. Si los ves afuera de tu casa puedes decirles que no entren, ya que no están en pleno derecho republicano de hacer ingreso a tu casa sin invitación. Sin embargo, la mayoría de las veces esto no es de relevancia. Ellos abren la puerta con un fierro y ese fierro lo calientan y te borran algunos rasgos de la cara. No los invites, como a los vampiros. «Cierra tu puerta, están aquí», se susurra entre los firenzers y los no firenzers, porque la sospecha, madre de todos los vicios, cae sobre ciudades enteras, sin juzgar, y así, sólo rezamos por el fin de la luz, por el fin del sonido, rezamos con la boca cerrada, como ese santo que un día hizo retroceder el fuego, San Cosimo creo que se llamaba, no recuerdo, estaba siendo

quemado al lado de otro hombre, San Damiano, ambos condenados al fuego, y en un momento rezó sin abrir la boca y el fuego retrocedió, aquel círculo de muerte retrocedió, la pira de luz se tragó a sí misma, dejando la ciudad a oscuras.

LA HOGUERA DE LAS VANIDADES II

República de Firenze, 1497

Antes de eyacular los hombres se quedan como una estatua y dejan de agitarse, es la calma antes del caos, el caos es corto, tal como cuando arden. Hoy ardió otro. Hoy hay novedades en mi república. Hace un mes Girolamo Savonarola atacó a la familia Borja apuntando al Papa Alejandro VI con acusaciones de pederastia. Fue excomulgado. Obviamente desconoció su excomunión y como venganza envió una carta a cada monarca que conocía rogando deponer al pontífice. Solo en su claustro esperó por días respuesta a sus cartas. Respuestas que nunca llegaron. La semana pasada Girolamo fue acusado públicamente de fingir milagros. Se le desafió a la prueba de fuego. Para comprobar si realmente, tal como lo declaró en su llegada a Firenze, podía sobrevivir a la luz. Su prueba de fuego fue suspendida con una carta pública que se titulaba «Algunos motivos personales». Sus devotos vieron en estos «motivos personales» una muestra de debilidad, lo vieron por primera vez débil a la luz de Firenze. Hoy Girolamo fue condenado. Fue torturado por desobediencia a Roma e injurias al Papa. Le quitaron los meniscos de las rodillas y le amputaron los pulgares. Pusieron los meniscos y pulgares frente a él y lo obligaron a contar una historia con ellos. Luego se le llevó a Piazza della Signoria, donde fue ahorcado en la misma cúspide en la que estuvo su más

famosa obra, *La hoguera de las vanidades*. Girolamo fue quemado y lanzado al Arno, con Salai corrimos entre las ortigas siguiendo el cuerpo río abajo y besándonos cuando parábamos a tomar aire.

SPES ALTERA VITAE

República de Firenze, 1496

Mi vida es simple. Despierto a las seis. Beso a mi madre en la frente. Ella aún duerme. Despierto antes del amanecer. Lo mejor de Firenze son las dos horas antes del sol y no me las pierdo por nada del mundo. Me estiro hacia el cielo frente a la *limonaia* de Villa Strozzi. Hago sonar mis huesos del cuello. Suenan como huesos de pájaro. Desde las seis hasta las diez camino al Mercato Vecchio. Compro carne, leche, un pájaro, a veces compro un pájaro que se me muere a los pocos días, a veces mi madre lo cocina, a veces vuela. Regreso lento, caminando lento por la ribera del Arno tratando de imitar el sonido de un órgano. Una vez escuché sonar a Francesco di Girolamo degli Organi y entendí que nunca sería músico. Dios sabe que mi oído es mediocre, como mi fe. Después del mediodía camino donde los orfebres de Ponte Vecchio a recolectar oro en polvo sobre sus mesas y pisos. Es un trabajo delicado, donde se debe respirar lento, moverse con la respiración justa, como en el sexo, como en el rezar. Mis dos trabajos requieren la respiración justa. Ambos requieren no respirar en el momento justo. Ambos trabajos son trabajos justos, cualquier ciudadano de la república diría «usted es un hombre justo, con el trabajo justo». Con el oro en polvo camino a San Niccoló, donde los comerciantes flamencos lo trafican por un par de florines. Últimamente estoy apreciando a los flamencos, pensaba

en ellos como seres ateos y alcohólicos, pero me ha sorprendido la pasión ingenua que tienen por las cosas vulgares. Regreso con los florines. Regreso a mi *palazzo*. Guardo los florines dentro de la pata de una silla de la cocina. Lavo mis manos en agua tibia. Primero con menta, luego con sal. Sólo así se obtiene la neutralidad justa en el olor y se evitan sudoraciones desagradables. Voy a mi habitación, dejo la almohada en mis rodillas y transformo mi cama en un altar, rezo. Esto puede tomar de diez a veinte minutos, dependiendo de si recito el *Ave* completo, el *Pater Noster* o explota la creatividad en mi mente y comienzo a pedir buenaventura por personas que casi no conozco, por personas que desearían verme muerto. Regreso la almohada a mi cama. Me visto de azul. Medias amarillas. Zapatos rojos. Falda negra. Beso a mi madre en la frente. Las campanas de las cuatro me avisan que todo está en un orden perfecto, anterior a la noche, en armonía con la luz. Llego a Santa Croce. Evito saludar con mis manos recién lavadas. Sin embargo, sonrío. Mi apretón de manos es el apretón de manos de alguien en quien nadie confiaría. Saludo con los dedos. Me limpio luego en mis ropas. A las cinco y veinte traen al acusado. Están a tiempo, estoy a tiempo. La entrada del acusado es por una de las calles pequeñas que dan a la Piazza di Santa Croce. El acusado tiene diecisiete años y dos reincidencias en actos de sodomía. Una mientras era penetrado en Via Tornabuoni y la otra por masturbarse al abierto junto a otro firenzer en Costa San Giorgio. Viste de verde y tiene una cuerda en la cadera. Está descalzo. Lo transportan en una plataforma de madera con ruedas. Es pequeña. Las ruedas imitan el sonido de pájaros. Tiene la boca abierta. Pareciera que el sonido de pájaros viniese de su hígado. Llega más gente. Debemos ser unos treinta. Nada espectacular.

Público común. Está semi amarrado y no intenta quitarse los nudos. La gente se comienza a reunir. Los Oficiales entran después de que el acusado llega al centro de la Piazza, la iglesia a sus espaldas. Uno de los Oficiales le dice que lo desatará y luego lo amarrará de nuevo. Le dice que debe asentir con la cabeza si afirma que no intentará escapar, de otra manera hará un corte bajo su estómago. Hace el gesto con el pulgar en el estómago. El acusado dice que sí. Atrás de todo está el público de pie, cada vez se suman más cabezas de niños, los niños aman estos momentos, los niños ven en la muerte el futuro, los niños se protegen del futuro con violencia. Luego están los Oficiales en sus sillas rojas. Luego estoy yo, de pie, de azul. Luego están los dos verdugos, de pie también. Yo soy el segundo más cerca, y estoy al menos a diez metros, porque el olor será insoportable. El primer Oficial amarra al acusado. El acusado dice que sus muñecas están muy apretadas, o que sus codos están torcidos, algo así dice, no entiendo bien, pero hacen caso omiso. Otro de los Oficiales se pone de pie y lee la sentencia. «En este día...», declara, declara también las iniciales del acusado, dice: «G. O. será condenado por el delito de sodomía», y declara que es una reincidencia, y apunta hacia el este y luego hacia el norte como apuntando a los lugares donde realizó los actos, el público grita insultos cuando apunta al norte, y escupe, pero los escupos no llegan al acusado, sino a mi espalda. Tampoco las frutas llegan al acusado, las piedras pocas veces, el acusado gira sus codos, el Oficial declara: «Este ser que conjura en su cuerpo la inversión». Me gusta la figura que utiliza, conjurar una inversión en el cuerpo, creo que los Oficiales de la Noche son escritores increíbles. Continúa: «Fomentando el vicio que produce la caída de nuestra civilidad», que

es como habitualmente finaliza el discurso. El discurso termina. Ahora silencio. Ahora el momento en que le dicen al acusado «¿tiene las últimas palabras?». No es una pregunta, es una obligación, es forjar una disculpa a la ciudad que lo mira, su ciudad. El acusado los mira de vuelta. Entra el escriba de la Oficina. Se sienta a mi lado. Remoja su pluma. La mano con la tinta esperando a escribir los primeros sonidos. Silencio. Todos los ciudadanos esperando el sonido. «Yo...», dice el acusado. «Yo, les...». Se interrumpe. «¿Está Vanni aquí?». Nadie dice nada. Vuelve a hacer la pregunta. Nadie responde. El escriba escribe: «¿Está Vanni aquí?». «Sí. No. No. No. No. Sí. No», dicen desde el público, y muestran los dientes. «Sí y no, repiten», escribe el Oficial. «Quiero verlo», dice el condenado. «Quiero verlo», se escribe. Silencio. Risas. «¿Algo más?», le preguntan. «Nada», dice. «Nada», se escribe. «Quería sólo verlo», dice. «Quería verlo», se escribe. «Hubiera sido tan bueno verlo», dice. «Hubiese sido tan bueno verlo», se escribe. «No, oh, no, sí, espera», dice. «No, oh, no, sí, espera», se escribe, porque todas las palabras y vocales deben ser escritas con la máxima precisión. «*Spes. Altera. Vitae*», dice, y se escribe, «*Spes. Altera. Vitae*». Y pestañea. Y mira hacia arriba. Y me mira. Y lo miro. Está vestido de azul como yo. No lo miro. No puedo mirarlo. Uno de los Oficiales abre un cofre de marfil. En él está la madera de naranjo mordida. Uno de ellos va y la pone en su boca. El escriba se pone de pie, cierra el folio en un saco de cuero. Me sonríe. Le sonrío de vuelta. Soy una prostituta de los verdugos. Soy una prostituta de la gente que me aterra. Uno de los verdugos inicia el fuego en una pira a dos metros del acusado. Lo mueven con las ruedas. Las ruedas suenan como pájaros, pájaros de nuevo en la boca del acusado. La gente

grita. Una manzana verde vuela y casi llega a la pira, y la gente aplaude. El sonido viene desde mis espaldas. Frente a mí hay el silencio. No sé si se dice silencio o el silencio. Miro hacia atrás, la gente, sus lenguas, sus dientes. Los Oficiales están sentados. A uno le veo los testículos a través de su falda. Alguien grita. Uno de los Oficiales atravesó la rodilla del acusado y no lo vi. Otro ató su cuello a la pira y no lo vi. Todo muy rápido. El acusado está ya sobre la pira. No sé cuándo lo movieron. Ya está ardiendo hasta los tobillos. El fuego no se alza. Sólo quema sus pies. Sus pies hacen burbujas. Se inflan y se vuelven más pequeños y más grandes. El acusado grita y abre los ojos, y no los cierra. No cierra los ojos y eso me aterra. El fuego no sube. Se orina. Ponen más madera sobre la madera orinada. Me agarro el sexo. Con una pinza le rajan los pantalones. Queman su sexo con un fierro que en la punta tiene la forma de un altar. Se llama Altare da Viaggio, se usa cuando los clérigos viajan a otros lugares, en este caso es la única estructura de metal completa que al ser calentada puede borrar un sexo o una boca, un ano. Los testículos se derriten y caen por sus muslos, parecen yemas de huevo. El escriba conversa con los otros Oficiales. Uno de ellos se acerca al verdugo. El verdugo se queda en silencio. El público aplaude. El verdugo atraviesa abajo de las costillas al acusado con una vara de metal delgadísima. La madera de naranjo se llena de sangre. Es tosida y cae a dos metros mío. Parece un hueso de perro. El Oficial dice algo que no entiendo. El verdugo abre el estómago del acusado. Muere, supongo que eso es la muerte, porque caen cosas que parecen el interior de una vaca. Espero los segundos necesarios y camino. Meto mi mano en el bolsillo. Miro hacia la iglesia. Sí, dice el Oficial. Sí, respondo con la cabeza. El olor

es ya insoportable y el viento lo lleva al público, que se agarra la cara, pero aún ríe. Lanzo las semillas hacia el acusado. Pero el viento las esparce hacia nosotros. Las semillas caen en nuestras bocas y ojos. Como cayendo en una tierra muerta donde no crecerá nada. «Desde allá», me dice el verdugo. Me doy la vuelta. Estoy dando la espalda a la iglesia, viendo lo que el acusado vio, viendo al público, viendo a los niños crueles con sus padres crueles, y la parte de atrás de la cabeza de este hombre, única parte no tocada por el fuego, su mollera. Lanzo las semillas, lanzo un puñado y otro puñado, y otro, y veo a la gente volver a respirar, y hago retroceder al horror, y hago retroceder a la muerte, con su ejército de caballos con patas de cerdos, y de esqueletos con cuchillos, hago retroceder su podredumbre, y los huesos retroceden con el sonido de molinos de viento que se destraban para girar, así giran los huesos, y hay viento, y por unos segundos cierro los ojos y estoy en una selva, estoy en una selva espesa de hinojos y alguien me está cocinando carne, carne de conejo para el invierno, y ese alguien es un hombre que agrega especias, pimienta, sedano, clavo de olor, y ese alguien me toma las manos y me las acerca al fuego, no para quemarme sino como un gesto de cariño, porque esa persona me ama, y siento el olor a carne, y él me dice con los ojos abiertos *Spes Altera Vitae*, esperanza de otra vida, esperanza por otra vida, esperanza de una otra vida, esperanza para otra vida, esperanza de otra vida, y repito, *Spes Altera Vitae*, repito hasta que la muerte, el público y su podredumbre han abandonado la plaza.

HÍGADOS

República de Firenze, 1495

Hoy desperté con el olor a pan nuevo. Felicidad y luz. Logré dormir luego de días de pensar muchas cosas feas. Salai unta mi pan en aceite. Comemos en silencio. Evito mirarlo a los ojos porque la felicidad es mucha y no quiero romperla. «¿Puedo enamorarme de ti?», Salai no me responde. «Si te enamoras de mí se te reventará esto», dice apuntando arriba de mi pubis. «¿Mi hígado?». «¿Se llama hígado?». «Sí». «Nunca había escuchado ese nombre», me dice y mete un dedo en mi ombligo. «Se te reventará el hígado y no podrás amar nada más, porque dentro del hígado hay unas hormigas negras que cuando se revienta te comen el corazón, y te vuelves malo de la noche a la noche». «Se dice de la noche a la mañana», le digo. «No recomiendo enamorarse de mí», dice y toma de su bolsa un frasco de vidrio del tamaño de su meñique. Tiene una tapa de plata que se desenrosca y está unida a una cuchara pequeña. «¿Qué es?». «Triaca». «¿Qué es triaca?». «Es como un hígado, pero no sangra. Se pone un poco acá, y acá otro poco», me dice mientras va poniendo polvo en mis clavículas. «Luego la hueles». «¿Y?». «Desaparece dentro tuyo. Se va a la sangre. ¿Quieres?». Le digo que no con la cabeza. «No es la mejor versión de la triaca. Un día haré la mejor versión, pero me faltan ingredientes». Salai aspira. Salai tiene un ojo rojo. Este polvo le vuelve un ojo rojo. No le digo

nada porque simplemente se ve hermoso. «Hay gente que viene desde Castilla, y en Castilla llegan personas de lugares al fin del mundo, algo así como Venezia, pero del fin del mundo, algo así como una República del Hielo, muy muy al sur, donde están todos los ingredientes para hacer triaca». Se pone de pie y se estira, una cuerda le amarra los pantalones. Tiene el torso descubierto y cruza sus codos detrás de la nuca. Los pelos de sus axilas se mueven con el viento. Hay viento. Estamos en la orilla del Arno. No hay nadie. Salai se acuesta a mi lado. Me acerco a su hígado que se infla y desato con mis dientes la cuerda. La cuerda cae en mis manos y la cuelgo en la parte de atrás de mi cuello como una lagartija grande que no muerde. Su sexo está en mi nariz. Huele a saliva seca, hojas molidas. Abro mi boca. Mi cabeza va de norte a sur, sólo en esa dirección. Estoy solo en esta tarea infinita. Nunca me había sentido tan solo, tan sin palabras. Salai habla por mí. Yo no puedo decir nada. Estoy ocupado con una parte de él. Parte igual de importante que cualquier otra parte de su cuerpo. Adoro los codos de Salai. Tanto como su sexo, adoro sus codos. En mi boca hay un pelo. Paro. No logro encontrarlo con mis dedos. Salai abre mi boca con sus manos. Me dice algo que no entiendo, porque no sé qué decir, porque perdí las palabras de golpe, y él dice todo por mí, desde hoy compartiremos ese lenguaje, de decir por el otro, por siempre. Anochece. ¿Cuánto tiempo llevo en este trabajo por el cual no gano nada más que la gloria de acelerar su respiración? Anochece más. Estoy de rodillas en el pasto. Estoy solo con mi lengua pastosa. Soy la vaca más infeliz del prado. Una vaca puta. Canto. Canto con mi lengua pastosa y blanca de vaca puta, como una vaca que comió barro en vez de hierba. Canto porque estoy feliz y muy solo, muy

solo con Dios y las colinas que se ven inmensas, y el Arno se ve inmenso, Santa María Novella es aterradora a lo lejos, y los grillos me están dejando sordo. La mierda de caballo comienza a evaporarse con la humedad de la noche. Siento la mierda y el olor del río y los mosquitos que me sacan sangre de los muslos, y está bien, está todo tan bien, porque estoy solo abajo del mundo, solo sin Dios y en comunión perfecta, como en un tiempo anterior a la ceniza. Estoy inspirado, casi me duermo, pero no lograré dormir nunca más.

EL ÁNGEL ENCARNADO

República de Firenze, 1494

Su nombre no era Salai. Salai había copiado el nombre de un muerto. El Salai original era un pintor mediocre de Milano, y un sodomita. El día de la Magdalena de 1490, el Salai original llegó a la casa de un renombrado ingeniero toscano, con tan sólo quince años. No sabía pintar, ni masturbarse, ni qué era la ciudad de Firenze. El ingeniero se hizo cargo de él. Fueron amantes desde aquel día. Pagó su comida, sus ropas color violeta, en ese entonces sólo usadas por emperadores. Ropas que el Salai original manchó con sangre y aceite. En más de una ocasión salió desnudo a la calle, rompió cosas, robó, mató gatos y perros. Fue por eso que el ingeniero lo bautizó como Salai, que literalmente significa «pequeño diablo». Su nombre real era Gian Giacomo Caprotti. Salai creció. Penetraba a hombres y mujeres y volvía a casa con el cuero rajado. El ingeniero le reparaba la piel, porque también era médico. El ingeniero era todo. Era un genio aterrador que con Salai aprendía a amar y aterrarse con la muerte. Cuando Salai llegaba destruido lo ponía a la luz del sol como una planta, y le daba agua, para hacerlo hermoso, para seguir amándolo, para pintarlo con ángeles y maquinaria de puentes a su lado. Cada vez que el sol caía sobre Salai era una anunciación. «Cada vez que Salai escapa es un martirio», escribió el ingeniero en su diario. A veces Salai lograba amar al ingeniero, de a

poco, a goteo, como el cuerpo de un animal recién muerto e invertido que exuda sangre y agua, lentamente, sobre un balde de madera, ese líquido fue oro para el ingeniero, quien continuaba creando máquinas que hacían volar hombres, y puentes que unían hombres, y catapultas que destrozaban cuerpos de hombres, sólo con el deseo de retener a su Salai. Y así Salai original creció junto al ingeniero, que por la mañana era escultor y por la noche escritor, y luego inventor de metales, alquimista, pintor. Salai era un monstruo que creció junto a otro monstruo, cuyo trabajo sistemático buscaba la fuente de la materia misma, materia prima, fuente divina, sentido del orden y del tiempo transformados en metal y en madera. La ciudad de Firenze era su estudio, y él era un firenzer a los ojos del siglo. El ingeniero ya tenía un historial de acusaciones por parte de la Oficina de la Noche. Específicamente, en una denuncia anónima presentada en abril de 1476 se le acusaba de mantener relaciones sexuales con un joven de diecisiete años. La denuncia se interpuso contra Jacopo Saltarelli, aprendiz de orfebre y miembro de una conocida familia florentina. La denuncia exacta, archivada en la Oficina de la Noche, declara:

> *Notifico, Signori Officiali, de un hecho cierto, a saber, que Jacopo Saltarelli, hermano de Giovanni Saltarelli, vive con este último en la orfebrería de Vaccherecia enfrente del tamburo: y viste de negro y tiene unos diecisiete años. Este Jacopo ha sido cómplice en actos viles y consciente en complacer a aquellas personas que le pidan tal iniquidad. De este modo ha tenido muchos tratos, es decir, ha servido a varias docenas de personas acerca de las cuales sé muchas cosas, y aquí nombraré a unos pocos: Bartolomeo di Pasquino, orfebre, que vive en Vaccherecia. Leonardo di Ser Piero da Vinci, que vive con Verrocchio. Baccino el sastre, que vive por San Michele. Estos cometieron sodomía con el dicho Jacopo, y esto lo atestiguo ante ustedes*.

Leonardo di Ser Piero da Vinci era el nombre del ingeniero. Gian Giacomo Caprotti era el nombre de Salai. Salai era un firenzer, el primer firenzer que mi Salai conoció. Por eso le robó el nombre. Un día, durante una de las aperturas del estudio del ingeniero, antes de conocernos, y teniendo apenas catorce años, mi Salai presenció detrás de una cortina blanca algo que lo marcaría para siempre, un grafito, una prueba de pintura titulada *El ángel encarnado*, de Ser Piero da Vinci. En la pintura se veía a Gian Giacomo Caprotti, el Salai original, desnudo enfrentando al público con la mirada desorbitada y una mano apuntando hacia arriba. También su sexo apuntaba hacia arriba. Era una versión, que Da Vinci pintó antes de hacer su versión definitiva de San Juan Bautista, era el borrador de San Juan Bautista, la primera versión. Tal como Bautista fue el primero, Salai al abrir aquella cortina fue el primero de los hombres entre los hombres en descubrir aquel secreto. Detrás del cuadro, luego de pintarlo, Da Vinci escribió con carboncillo: *Bronten, Astrapen, Ceraunobolian*. Que significa literalmente: Rayos, centellas, destellos. Da Vinci inspirado por Plinio deseaba sintetizar aquello que Apeles, el máximo artista de la antigüedad, fue capaz de hacer, pintar lo que no puede ser pintado, rayos y centellas y destellos, intentado describir lo imposible, intentando pintar, en este caso, aquello que no se puede decir, la luz. La luz alumbrando a un hombre que mira hacia otro hombre. Todo Salai era luz para el inventor. El sexo de Salai apuntando hacia el sol, las manos de Salai cortadas por la luz de la ventana en la mañana, los muslos y sus venas demasiado azules, Salai riéndose en los brazos de otros hombres, como en un rapto, como la escultura del rapto de Perséfone en Piazza della Signoria, lugar donde tantas veces

orinaban juntos, ebrios, Salai era todo para Leonardo, rayos, destellos y luz.

Ser Piero da Vinci escribió en su diario todas las acciones de Salai en un día. Salai vomitando en la estatua de Medusa. Salai que dice «este es el cuerpo, esta es la sangre, este es el pez», tomando su sexo. Salai diciendo «coito» en vez de «sexo». Salai picando madera con un cuchillo para picar hielo. Salai con sus manos cortadas fingiendo ser santo. Salai que se persignaba antes de entrar a su habitación, y se metía el dedo en la boca, como un anzuelo. Olor a carne quemada en su pieza. Salai limpiando sus dedos en los pantalones violeta. Salai entre los olivos de Campo di Marte imitando a los gansos. Salai en Porta San Frediano juntando huesos de pollo para sus cerdos. Salai color aceite de oliva. Salai borracho cortando ortigas. Salai eyaculando en sus manos, Salai como un chico hermoso, y sólo hermoso, sin inteligencia ni justificación, como el mal mismo. Salai al que sólo conocemos de perfil, porque no existe una pintura de él en que nos mire, que fije sus ojos en nosotros. Como si su mirada hubiera dado el conocimiento de aquel secreto entre él y Leonardo. Su continua repetición, obsesiva, amorosa y oscura. Ser Piero da Vinci describe a Salai en el folio de un manuscrito: *Ladro, bugiardo, ostinato, ghiotto*: Ladrón, mentiroso, obstinado, glotón.

Un día Leonardo muere. Lo único que queda de su propiedad es su jardín en Milano. En su voluntad dividió aquel jardín en dos partes. Una para su mecenas, y la otra para Salai. El jardín está intacto. No sé qué será del Salai original. Luego de la muerte del ingeniero desapareció. Sólo queda el nombre robado de él en el hombre que amó. Cuando restauraron *El ángel encarnado*, luego de

la muerte de Ser Piero da Vinci, en el marco del cuadro encontraron trazos de cera de abeja y resina. Como si el cuadro fuese un panal, como si fuese una advertencia para acercarse con traje de protección contra las picaduras. Como si el secreto secretase miel de la superficie. Hay un poeta griego que dice: «Un día vi a una abeja ahogada en miel y entendí». Yo no entiendo. Declaro mi incomprensión ante esta miel. Sólo sé que cuando no puedo dormir, imagino a Salai cantando en la oreja de Leonardo, mientras catapultas llenas de hígados bombardean Firenze.

OSTERIA

República de Firenze, 1493, invierno

«Lo amas», dijo el profesor.

Yo me quedé inmóvil, sin saber si lo anterior fue una pregunta o una respuesta, porque la declaró sin rabia ni amor en su cuerpo. Sentí la presencia de Salai a mi lado, pero no pude mirarlo a los ojos. Vi sus manos, sus dedos que movían gotas de vino sobre la mesa y formaban islas. «Yo, y usted, y Salai y...». Hice una pausa tomando vino de una copa sin vino. «Yo conozco a Salai y...». Hice otra pausa. «No tienes que decir nada», dijo el profesor. Salai tomó mi muñeca y selló sus dedos en ella como si fueran de un mármol líquido que se solidifica muy rápido. «Esto de vivir así, no es nuevo», siguió el profesor. «Ha sido por milenios. Ahora sólo es más difícil, pero siempre ha sido difícil. La gente dice 'iqué horrible es morir en el fuego!', pero yo lo veo como que siempre hemos estado hechos para la luz». Siento la mano de Salai sobre la mía. «Somos esa luz sin vanidad, dispuesta a extinguirse. La luz es peligrosa. La gente hace arder a otra gente que tiene luz dentro, y la hace arder con más luz, es irónico. No me mires así, como si hubiese bebido mucho vino. Mejor háblame de desesperación, háblame de dolor, háblame del horror de amar en lo opaco y yo te responderé que he tenido la mejor de las vidas. Una vida de felicidad opaca junto a un hombre que me da amor, a veces, pero que tiene ternura. Nunca he sentido

el amor que siente un hombre hacia otro, pero lo he visto, y como lo he visto y no sentido, puedo imaginarlo, e imaginarlo es hermoso y es suficiente. No sé si mi cuerpo podría resistir la brutalidad, la honestidad del amor de un hombre con otro. No sé. No la busco. Porque me destruiría. Él duerme en los pies de mi cama y a veces me toca los pies cuando estoy enfermo, y es suficiente, es suficiente. Y sé que en las tardes está contigo, porque vuelve cantando, y yo lo pinto, pero en un momento la luz cambia y se pone de pie y se va, y el lado derecho de su cara queda incompleto en mi pintura, y debo imaginarlo, y la pintura se vuelve deforme. Tengo una imagen monstruosa de él, de Salai, porque se me escapa siempre hacia ti. Porque ustedes son de ustedes, y yo no, yo no soy de él. Yo sólo puedo verlos desde lejos, con la compasión de ver a alguien que puede volverse luz en cualquier momento. No les deseo la muerte, les deseo el bien de cierta manera, y tengo mi dignidad, nunca les dejaré mi cama para estar juntos. Pero prometo nunca hablar de ustedes en voz alta, y esa es mi mejor promesa. Es imposible quemar todo, será imposible quemar todo. Y si soy sincero, me sonrío si pienso en ustedes atravesando los años, y el siglo, y teniendo un gato naranjo al que pintar. El vino, los hombres, los perros, el fuego, los ángeles, Dios, la madera, todo eso está aquí, en esta habitación, en esta mesa. Tanto amor, ¿no? Tanto que no sé enseñarlo, por eso soy profesor, porque me aproximo a ese amor hasta que me aterra demasiado y me alejo. Enseñar es sólo asediar las cosas, no entrar. Y no está mal. No está mal. No podría ser diferente mi vida. Mi vida, que es diferente sin mi consentimiento. Si hubiese tenido que elegir ser sodomita, nunca elegiría ser sodomita. Pero es mi vida, mi vida que me aterra lo suficiente como para

respetarla, y que me fascina lo suficiente como para no tomar el lado opuesto de mis codos y abrirlos con una gubia. Lo que les quiero decir con todo esto es que de ahora en adelante ustedes pueden verse siempre. Y yo seguiré pintando el mismo cuadro, sin Salai, y no seré tocado por Salai más que en los pies. Y así, hasta que esto dure, y les prometo que si estamos en lo opaco esto podría durar, y durar, y durar, y durar».

Nos miramos con Salai sin decir nada. No hay nada que decir. Recuerdo la frase de Corintios: «Las profecías cesarán, las lenguas terminarán y el conocimiento se agotará, pero el amor jamás se extingue». Algo así era. Recuerdo la frase y no se las digo, sólo los miro, a Salai y al profesor. Veo mi vaso y veo una mancha oscura en él, pero es sólo el reflejo de la ciudad que entra por la ventana. Siento por primera vez que Firenze fue hecha para ellos y para mí, para todos, para siempre.

SALAI Y YO

República de Firenze, 1493, otoño

—No puedo estar contigo.

—¿Por qué?

—Porque te suceden demasiadas cosas.

—Pero yo no las busco.

—Lo sé, pero te ocurren.

—Perdón.

—Atraes lo extraño y no puedo estar con alguien que atraiga lo extraño, lo siento, te quiero, pero me aterras.

CREDO, PROTEGERSE DE LA LUZ

República de Firenze, 1492

Dios, sobrevivir es lo más creativo que puedo hacer en este siglo. No es hora de la visibilidad, Padre, ni de darle nombre a las cosas. Es tiempo de esconder los nombres de las cosas. Sólo algo nombrado puede ser visto, y sólo algo visto puede ser señalado por una mano. No es temporada de ser firenzer, es la hora de la opacidad, de esconderse a escribir y rezar. Inútiles los que se queman por una causa inútil. Nadie sabrá sus nombres. Es tiempo de sobrevivir, de alcanzar a llegar con algunos cuerpos al otro siglo para poder contar una historia de cómo un chico que amaba a otro pudo atravesar bosques, y montañas, porque lo amaba mucho, y luego de amar así a alguien no hay mucho, no hay nada realmente, porque llegas al otro lado de la montaña o del bosque sin la persona que amas y los árboles y la montaña no hacen sentido, incluso tomar agua pierde el sentido, y dejas de beber, y te secas, y quedas a merced de los animales de la noche. Dios, cada noche hago tres arcadas después de masturbarme en el baño. Una por los asesinos. Otra por la soledad del mundo, otra por la luz del mundo. El agua cae por mi cuerpo y sin secarme voy de mi habitación a la cocina. De la cocina a mi cama. Goteo hasta secarme. El gato bebe el agua que dejo. El gato no tiene agua propia. Bebe la del baño. No sé por qué. Dios. Tuyo es el lenguaje. Tuyo el sonido. Los sonidos del hombre que

amo. Padre, dame el pan suficiente para no envidiar. Para no matar, por favor no me envíes a la guerra. Como tú, Padre del hielo, déjame descansar de las quemaduras. Aléjame de los chacales, de los falsos ídolos, del hierro. De los que se regocijan en el sufrimiento como victoria de una vida trabajada. Padre, no me dejes trabajar. Déjame amar y hacerte odas lindas que otros canten. Sabes que temo a la tos. A mi siglo, que es el siglo de la tos. A los hombres. Sabes que amo a los hombres. Sabes que temo las heridas abiertas. Tu saliva es la luz iluminando los hombres con que he estado. Es divina y es buena. Es buena como la luz alumbrando el río que siempre va hacia arriba. No me dejes morir a los dieciséis años. Déjame ver el nuevo siglo. Déjame ver el nuevo siglo y aterrarme, y arrepentirme de haber llegado a él. Sálvame de ser el hijo muerto del año pasado. Déjame amar a un hombre, a uno solo pido, a uno solo, y déjalo sobrevivir, hasta que me haya convertido en santo, o me muera. Déjame festejar el horror y la alegría del siglo al lado suyo. Déjame escuchar su risa mientras tala un olivo. Padre, tú creaste la violencia. Déjame entenderla. Padre, lo que me llevo a la boca, carne, vino y agua, será alimento que se convierta en palabras, que, perdón, no te dedico siempre, que dedico al hombre que amo, y que no puede evitar morir todas las noches. Dios, marca su puerta con sangre de cordero, si no tienes más corderos marcaré su puerta con óxido de azufre. También sus manos, que son hermosas, no las dejes cortar. Perdón por creer en la belleza por sobre todo. Aléjame de los cazadores de belleza. Los que la exponen como un hígado colgado al sol, sin fe, sin fe la palabra no es posible. Ni matar. Ni amar. Los asesinos tienen fe, aunque la usen de manera equivocada, tienen. Mis palabras no son mis palabras sino tus

palabras. Mis palabras son tus palabras. Son palabras de un siglo nuevo. Padre, no fuimos los últimos, Padre, no somos los últimos, Padre, no seremos los últimos. Padre, he pensado que todas las sagradas escrituras se resumen en una frase: La luz acabará con todo. Amén.

SAN BERNARDINO DA SIENA

República de Firenze, 1492

> Cada vez que oigan mencionar la sodomía, todos y cada uno de ustedes escupan en el suelo, y se limpien la boca también. Si no quieren cambiar sus costumbres por ningún otro medio, tal vez cambien cuando se burlen de ellos. ¡Escupan con fuerza! Tal vez el agua de su saliva apague su fuego.
>
> San Bernardino da Siena,
> *Le Prediche Volgari*, 39

«Escupan con fuerza. Tal vez el agua de su saliva apague su fuego, este fuego, gracias por estar aquí hoy». Bernardino llena el vaso de madera con su saliva. Lo eleva sobre su frente y lo hace pasar por el público. Mujeres, hombres, niños, extranjeros dejan su saliva en él. Estamos en Piazza San Lorenzo. El vaso rebalsa de baba de cristianos. Bernardino toma de vuelta el cáliz lleno, y sin asco derrama el líquido sobre una pira de libros que arden. El fuego chirría. «Este es el fuego que pueden extinguir escupiendo. Porque dentro de ustedes hay un animal que produce saliva. Animal de

Dios, animal que saliva para que ustedes apaguen el fuego de la sodomía». Bernardino toma a uno de los niños de la mano. El niño es Fiorentino. El niño viste de verde. Bernardino cubre el rostro del niño con ceniza y saliva. «Sabes?», le dice besando su nuca, «Jesús nunca habla de los sodomitas porque todos murieron antes de que él naciese. El día de su nacimiento hubo una sagrada masacre de hombres que entraban dentro de otros hombres. Un acto tan horroroso que la muerte sintió asco, asco de tocarlos para poder darles muerte. Entonces la muerte no los mató. Pero tomó forma de soldados. Y los soldados fueron las manos de Dios en esta misión. No quedó ninguno. La muerte los buscó en las montañas, bosques y cuevas». Bernardino devuelve al niño a las manos de su madre con la frente manchada, el niño friega sus ojos, sus ojos lagrimean por el humo. «Uno de estos días, los días van a acabar para siempre».

Uno de estos días, los días van a acabar para siempre, es una frase hermosa. Yo leo las prédicas de Bernardino y me siento extrañamente atraído por una fuerza exaltada y oscura, fuerza que repele, pero que no me suelta, como la mordedura de un cerdo, sólo con las encías. Recuerdo cada palabra que escribe, me aterro y me fascino, y recuerdo todo. Lo he estudiado con precisión. Bernardino fue un hombre. Un hombre con una capa café oscuro. Tenía uñas largas y un pene promedio que no tocaba desde los doce años, él mismo mencionó esto en su último discurso en San Giovanni Valdarno. Nació en Siena. Por eso su nombre. Bernardino era lo único nuevo en él. La gente bautizada con el nombre de su ciudad natal está condenada a destruir pueblos, es como si el nombre fuese la representación de una fortaleza, que augura una guerra por venir. Bernardino ya venía recitando este tipo de pasajes en Umbria,

Venezia y Napoli. Había nacido a finales del siglo catorce. Su familia era noble. Su padre había muerto. Su madre había muerto. Fue criado por un tío lejano. Cuando la peste invadió la Toscana fue un fiel acompañante de los enfermos. En el hospital Santa María della Scala quitó costras con pinzas, operó extremidades, rezó al lado de hombres y mujeres y niños, y vio morir a mujeres y hombres y niños, y no durmió, aprendió a no dormir. En esta confusión nocturna Bernardino vio el horror del mundo y pensó en el horror del mundo más de lo que debía, vio cuerpos deshacerse en tos, vio carne podrida, olió carne podrida y se preguntó cuál es la causa detrás de toda podredumbre. Siempre hay una causa tras la podredumbre, pensó, una rata, un perro, un gato muerto detrás de la pared. ¿Cuál era la causa por la cual Dios estaba pudriendo a sus hombres? Bernardino llevó sus manos a su cara, abriendo sus ojos a la noche y a la tos, y no durmió, pero escribió notas, ideas, iniciando la búsqueda de la génesis de aquel mal. Luego de una temporada acompañado de muerte y enfermos, Bernardino enfermó. Sus huesos de tan sólo veinte años cedieron al peso de su no dormir y su pensamiento como si tuviese cien años de golpe. De golpe un cansancio del siglo anterior lo dejó por un año en cama, incapaz de moverse, pero con las mismas ideas impidiendo su sueño. A veces soñaba, las menos de las veces, luego de dar de comer a los caballos y verlos acercarse a su túnica. Los animales lo emocionaban de sobremanera, pero no los hombres. Se preguntaba por qué al imaginar la muerte de un caballo sentía más náusea que al ver un hombre arder.

Al salir del reino de la enfermedad y regresar a la vida de las personas, Bernardino comenzó a predicar. Sus prédicas eran simples.

Deseaba llegar a lo más básico de las palabras. Nombrar con el dedo lo malo, lo bueno y la causa de aquel mal. Llegar a la fuente del mal era su misión. Tenía ya algunas ideas. Primero fue la usura. Engañar al prójimo nunca ha estado bien, sobre todo por ambición, aquella debía ser causa de mal olor, pero no era motivo suficiente para la inagotable podredumbre que Dios había lanzado contra su ciudad. Quizás las mujeres, pensó, deben ser ellas. Y no durmió pensando en sus sexos volcados hacia dentro, senos expuestos y cabellos hacia abajo, y sintió rechazo. No era un sodomita, pero la idea de una mujer desparramada hacia el mundo, sin pudor, lo repelía. Concluyó que las mujeres ya no tenían suficientes hijos, su terror a la falta de hijos comenzó a ser causa de su no dormir, directamente proporcional al decaimiento de Firenze. Sin embargo, más allá de las mujeres y la usura, había un eslabón perdido, algo peor que había causado aquel olor que cubría todo. Aquella quemadura blanca de la peste sobre sus hijos no podía ser sino un castigo por algo profundamente invertido.

En un sueño encontró la causa. Se soñó en un día de verano en su casa en Siena, cuando era sólo un niño. Bernardino estaba sobre su cama justo antes de dormir viendo el cielo raso. De pronto las figuras del fresco comenzaron a transformarse en manchas verdes de humedad y a abrir agujeros en el techo, como si fueran quemaduras de brasas, y de un momento a otro no había techo y Bernardino contemplaba atónito un cielo negro y sin estrellas. Sobre su vaso de agua, vaso que siempre dejaba en su mesa de noche en caso de asfixia nocturna o pesadilla, comenzó a sentir un goteo sutil. Al mirar hacia arriba vio la figura de un hombre joven en cuatro patas, sin brazos, sólo piernas saliendo de su tronco, el hombre

babeaba sobre él y su velador, el hombre murmuraba y babeaba una palabra incomprensible, la palabra caía en forma de saliva sobre el vaso, lista para ser bebida por él.

Giacomo Della Marca, un franciscano orador y escritor muerto en 1476, había escrito un sermón que daba título a aquella palabra, la más usada por Bernardino, aquel sermón se titulaba *De Sodomia*. Y mencionaba por vez primera palabras como:

bestiario
bestia
especies
orden
naturaleza
hombre
sodomía

palabras marcadas en rojo, a través de una técnica de mezclar especias de la India sopladas sobre la página. Fue a inicios de 1425 que un joven Antonio Beccadelli, nacido en Palermo, decide dedicar abiertamente a Cosimo de Medici su obra, su colección de poemas eróticos *Hermafroditus*:

Se il titolo del libro, Cosimo, hai letto, in cima
avrai notato scritto Ermafrodito.
Questo mio libro ha sia la fica sia la minchia:
pertanto, quanto adatto gli è quel nome!
Ma se lo chiami «culo», poiché col culo canta,
continuerà ad avere nome giusto.
Ma se né questo nome piacesse né quell'altro,

dagli quello che vuoi, basta non casto.[*]

El escándalo comenzó por esta dedicatoria a Cosimo. Y se extendió por las familias florentinas que se preguntaban por qué los médicos no se ponían a curar esta enfermedad que se estaba apoderando de los jóvenes de la ciudad. Un vicio innombrable. Vicio que sólo se mencionaba susurrado, por miedo a expandir la enfermedad, sin causa aparente, sin cura. Aquello no era una metáfora, aquello era un símbolo de Dios para salvar a la ciudad del vicio, pensó Bernardino.

La sodomía y su fin forjó en el corazón de Bernardino da Siena el motivo de su vida. Y Firenze había sido cuna de esta conducta. Esta naturaleza podrida generaba en su cerebro olor a durazno y gato muerto. Olor que debía venir sólo de un hombre al lado de otro hombre luego de días juntos, un hedor que sólo era posible eliminar con humo, humo que sólo era posible crear con fuego, fuego gracias a la luz. Este camino de luz y por la luz llevó a Bernardino a predicar en cada plaza, en cada casa, en cada banco, en cada río. Y aquella luz, aquel fuego debía tener algo para nacer, más que palabras aquella luz necesitaba cuerpos.

Hace unos años en una plaza de Verona, Bernardino encendió el fuego inicial. Con troncos de olivo y óleo virgen encendió un fuego en la Piazza di San Lorenzo. Comenzó a hablar. Su discurso invitaba a mujeres a lanzar todo objeto asociado a su vanidad. Mujeres que se deshacían de sus objetos, y uno que otro libro que volaba y encendía el fuego mientras Bernardino hablaba sobre cómo la salvación de la ciudad era posible gracias a la desaparición de esos

objetos en la luz dada por Cristo. Su carisma era enorme. Su lengua era simple:

«Nuestros jóvenes se están volviendo mujeres y animales».

«La raza humana desaparecerá del todo si no hacemos algo».

«Hay gente que envejece en este vicio y que por diez años puede seguir a otro hombre con tal de conseguir su cometido. Es sólo por vicio. Es una pesadilla. Es su pesadilla. Que han vuelto nuestra pesadilla».

«La dispersión del semen. La masturbación».

«El semen. Su dispersión. Su caída fuera del cuerpo. Es sodomía. Es el inicio de un vicio circular que termina en un hombre en coito con otro hombre».

«Es más grave que el incesto. Peor que yacer con tu madre. Es yacer con otro como tú en un espejo».

«¿Es más grave que la violación? Sí. Más grave que la violación».

«¿Más grave que matar? No. Más grave que el adulterio. Más serio. Es un animal que saliva y que toma el cuerpo del sodomita. Lo feminiza. Y eso pudre su cuerpo y con él la ciudad».

«He visto la podredumbre. Debemos volver a la Firenze del siglo anterior. A la Firenze de los hombres nobles. A la Firenze antes de la peste».

El sol hacía sobre la pira un círculo, el círculo se comenzaba a abrir mientras atardecía, todo el público era ahora parte de la luz, la pira se abría a la ciudad, toda Verona era parte de esta luz, todo visto, todo descubierto, todo expuesto a ella, niños y mujeres y hombres esperando a los pescadores de hombres.

JAURÍA TOSCANA

República de Firenze, 1492

«¿Has visto cómo los perros de Firenze se han vuelto malos?», me pregunta el profesor. No recordaba que era tan desagradable a la vista, pero no me quejo, porque yo le escribí para encontrarme con él.

—Usted es uno de los hombres justos de esta ciudad.

—Gracias.

—Le escribí para decirle en persona que me da pena habernos conocido así. He dicho cosas horribles de usted. Me he reído de usted, de su aspecto. De su nariz, de su peso. He declarado que usted es desagradable a los ojos. Cuando lo veo no puedo evitar pensar en si mete sus dedos en Salai tal como come. Pienso en el sonido de huesos de pollo rompiéndose cuando pienso en usted, y creo que no es justo que usted lo toque, a Salai. Perdón. Estoy en el ejercicio de ser sincero, estoy siendo justo porque usted es justo. Y tome esto como una despedida porque me iré a Assisi dentro de poco, así que usted y Salai pueden seguir en su extraño estilo de vida.

El profesor me mira y me toma del brazo. Sin decirme nada me lleva a las escaleras de su *palazzo*. Avanza lento como un trozo de hielo. Es uno de esos hombres que al caminar no sube y baja, sólo se desplaza.

—¿Realmente no has visto cómo los perros se han vuelto malos?

No entiendo a qué se refiere, pero sigo su juego esperando que me suelte el brazo.

—Desde que Siena y Savonarola nos comenzaron a perseguir, y luego la Oficina de la Noche nos comenzó a quemar, la cantidad de polvo en esta ciudad es insoportable. ¿Lo has notado?

Le digo que no. Que no lo he visto.

—Firenze nunca ha tenido neblina. Esto es sólo polvo humano. Y volviendo a los perros. Los perros se han vuelto malos. El otro día vi a una jauría devorar a un cerdo en Piazza della Vicaria. Nunca visto. Los perros se han vuelto malos y es porque han comido cenizas de hombres. Los perros han pasado los últimos veranos comiendo polvo humano. Y se han vuelto bestias. Como en una edad anterior a San Francisco de Asís, la bestia se ha vuelto bestia. ¿No lo has notado?

No le respondo porque sé que tendrá algo más inteligente que decir.

—Lo que quiero decir con todo esto es que tu trabajo produce bestialidad. Y tú eres un joven hermoso que produce bestias. Creo que eres cobarde. Creo que quieres demasiado vivir, y ese es tu pecado. Vivir a costa de todo. Devoras con tu vida la vida de otros. Yo no mataré a Salai. Lo matarás tú. Sé que no quieres imaginarme a mí entrando en él.

Le muevo la cabeza.

—No era una pregunta. Sé que has dicho que soy un pederasta. Pero Salai es mayor. Da Vinci entraba en menores de edad. En su Salai. Yo no. Mi Salai no es un niño. No entiendo esa conducta que conduce a la bestialidad. Salai tiene casi tu edad. Y tú eres un hombre. Un hombre que decide quemar a otros. Un hombre que

crea polvo humano. Y que guarda semillas en su bolsillo. Siempre los siglos han estado llenos de personas que siguen a los sádicos. Ellos representan lo peor. Porque nunca se ven. Siempre los sádicos dan la orden de caza, pero son los que desean demasiado vivir, los que finalmente van a cazar gente.

Yo me suelto de su brazo. Estoy rojo. Me doy cuenta de que mi sangre pasa por mis sienes y de mis sienes a mi nariz, siento sabor a sodio.

—Usted, usted, usted, no. No sabe. Mi trabajo es lo más importante y, y, y no es por el sadismo implícito en ver a alguien prender fuego, no, no, mi trabajo está en la delicadeza del gesto y su eficacia, en conocer las medidas del viento y del tiempo para que el olor a carne desparezca, es el truco de magia de hacerme invisible para que nadie vea que yo hice desaparecer el horror, es el milagro de hacerles creer que el horror desaparece por sí sólo, mire mis muñecas, ellas son lo más preciado, con ellas artículo el movimiento, que no nace del hombro derecho sino de mis pies, y de mis pies llega a mis dedos que sostienen las semillas que vuelan y se posan sobre el cuerpo, la mayoría se incineran al tocar las llamas pero algunas llegan hasta la carne y la fertilizan como una nueva tierra, como preparando un nuevo bosque. Todo eso es mi trabajo, todo eso es lo que usted no ve.

SALAI SIN L

República de Firenze, 1491, invierno

La vida es también para querer morirse. Estoy con el cuerpo dentro del agua. Mi sexo está muerto. Espero que llegue, que llegue Salai, y Salai no llega, Salai no entra por la puerta. Puerta de madera con bordes dorados con formas de elefantes, que nadie abre. Nadie llega, por eso iré a la *osteria*. Si logro ponerme de pie iré a la *osteria* a beber vino hasta caerme. Saldré de este estado de melancolía, melancolía más muerte, y rabia, la rabia es lo único que me bendice hoy. Debo recuperar la fe en Dios y meterme una verga en la boca. Eso necesito, recuperar la fe. El punto es que si se atraviesa un hombre en mi camino no habrá nada más que fascinación estúpida de su parte. Estoy hermoso hoy. Hoy nadie usa mi cuerpo. Al menos tengo ideas de qué pintar. Pero no deseo arte hoy. Salai hijo de puta. Salai asco del mundo. Salai bilis negra. He viajado todo el día para encontrarlo, y no aparece. Debe estar con el profesor. O con otro. O con otro. O con otro. O follando con animales. De seguro prefiere follarse al caballo y comerse la mierda del caballo en vez de verme con los ojos fascinados viéndolo quitarse los zapatos. Es cosa de verme, soy un eunuco, con estas ropas violetas apretadas, un racimo de uvas, ridículo y blando, mi pelo con grasa sólo cae hacia un lado, y cae feo. Voy a ver el sol y me descascaro por el sol. Voy dejando pedazos de piel por la ciudad. Iré al bar a beber solo. ¿Por

qué no me desea, Dios? Ahora no hay más que locura y esa sensación horrible entre el sexo y el ombligo. No puedo siquiera masturbarme. No orino. No defeco. Estoy inmóvil hasta que aparezca. No soy digno de él, y le deseo la muerte. Amo su vida al lado de la mía. Limpiaría el Ponte Vecchio con la lengua por él. Apalearía a las cabras que odia por él. Me sacaría los dientes del final de mi boca y le diría «si necesitas más, aquí me tienes, aquí están mis huesos», le diría eso, incluso sabiendo que en el lugar de esos dientes no crecerá nada. En su lugar tampoco crecerá nada. Nada. Esto no se puede consolar con ningún tipo de gloria. Tengo en mi pecho un saco lleno de florines de la última quema. Pero no importa si no puedo gastarlos con él, ni gastarme en él, con él. Como si él fuera dos personas, la que entra en mí y la que recibe mi cuerpo al caer sobre él. Menos de una palabra suya bastará para sanarme, una sílaba, su tos bastará para sanarme. Dejaré Firenze. Dejaré a Salai. Muertos todos en esta ciudad desde que Salai rechaza mi cuerpo. Salai tiene tanta rabia conmigo. La última noche despertó y me besó con los ojos cerrados, me masturbó, y luego se dio cuenta de que yo era yo, y me dejó con mi erección, y fue al baño diciendo «fue un error, perdón», y yo, costra de la dignidad, le dije «por favor ayúdame a terminar», le rogué que me ayudara a eyacular. Me masturbó como se masturba a un muerto. No hay dignidad en el amor. Voy a la *osteria*. «Debes buscar un amor que no sea un borracho de *osteria*», me dice un borracho en la *osteria*. Pero es muy tarde, ya es muy tarde y estoy acá, y el vino me calma, con el vino al menos logro cagar, y llorar, y eyacular, todo en el baño de la *osteria*, que ahora está imposible, pero a nadie le importa, amo mi siglo cuando estoy borracho.

Nunca sabré, Salai, si fuiste el culpable de estos hechos, pero aseguraría que sí. Cuando alguien vertió miel hirviendo sobre los corderos del vicario el día de San Mateo. O cuando alguien borró los pies del Cristo en la Capella dell'Annunziata dibujando patas traseras de caballo con carboncillo, o cuando alguien quemó el aceite para encender a los Uffizi de noche sobre los botes de Ponte Vecchio, o cuando alguien fundió los anillos de Duccio y Nuccia Vinsanto justo antes de su unión haciendo unos testículos de oro enormes, o cuando me mordí la lengua mientras dormía porque no apareciste por cuatro noches, o cuando Firenze fue invadida por ese francés hijo de puta cuando iba de camino a Napoli, o cuando Savonarola trató de matar a todo y a todos, o cuando cientos de niños fueron lanzados al río durante el verano del noventa por un desconocido mientras caminaban por Ponte alle Grazie, y nunca vieron su cara, y extraño tu cara, o cuando Livorno le declaró la guerra a Pisa por falta de sal, o cuando un desconocido hizo una barca con el trigo de las cosechas de los soldados Venetos del Papa, o cuando mi madre comenzó a ver pelos de chacales en sus tazas, o cuando simplemente le comenzamos a caer mal a Dios.

EL ÚLTIMO SODOMITA EN LAS

CUEVAS DE MÁRMOL DE CARRARA

Un día antes del nacimiento de Cristo

Mi madre me contó la historia de que antes de que Cristo naciera Dios mandó a asesinar a todos los sodomitas del mundo, para que así su hijo no tuviese que compartir el aire con ellos. Un día antes del nacimiento de Cristo la muerte tocó la cama de cada sodomita. Todos murieron aquella noche. No quedó ninguno. Ni la sangre de cordero en la puerta. Ni la sagrada unción con miel en la frente podía salvar esta resolución divina.

Salai me contó que hubo uno que se salvó. Que ocurrió en las montañas de mármol de Carrara, que fue justo antes del nacimiento de Cristo. La noche anterior. Un sodomita fue a cazar golondrinas azules a las cuevas de mármol. No cualquier ave, sino golondrinas subterráneas de las colinas de mármol cuyas plumas servían para colorar los marcos de las cruces.

El día antes del nacimiento de Cristo. El sodomita entró en estas cuevas blancas con un propósito, sin saber el propósito de Dios, sin saber de Cristo, entró sin Cristo y con un Dios que lo perseguía, entró en el blanco y se perdió.

La muerte no pudo encontrarlo esa noche. El blanco era tal que la cegó. Y cuando pensó finalmente verlo, una bandada de pájaros

nubló su camino. La muerte confundida abandonó las cuevas de Carrara. Convencida de que en el blanco laberinto moriría eventualmente el último de los sodomitas. La muerte enviada por Dios olvidó las cuevas, dejando al último sodomita vivo. Vivo en el mundo de Cristo.

El sodomita se perdió. Vivió en la oscuridad del blanco mármol por siete días, días que parecían pertenecer a un mundo que no oscurecía nunca. A una luz eterna a la que no podía negar sino sólo absorberla con sus ojos, sin dormir comió pájaros, y bebió sangre de ellos como agua, y siguiendo las líneas de agua a los siete días el sodomita encontró la salida. Boca con sangre y plumas azules, el sodomita salió de la luz blanquísima del mármol a otra luz de un mundo con Cristo.

Bajó a los pueblos. Se lavó en el río por primera vez en un mundo con Cristo, se lavó sin saber que aquella agua era un bautismo. Bautismo de él y para él. Por los siglos condenado a la luz, él y su descendencia que no comparten sangre. Así bautizado sólo por él, el sodomita bajó a los pueblos. Comiendo pan y sin descendencia vivió en ellos. Se sentó en los bancos escondidos de las iglesias a rezar por los hombres, y en las tabernas bebió vino y su boca cambió de color, y vio al mundo con más colores y perdió el miedo por algunas horas. Bajo los puentes flotó en el agua, en el agua rezó hasta imaginar a un hombre, a uno sólo, un hombre sin rostro, rezó sin saber rezar, sin saber pedirle a Dios algo, porque ese Dios lo quiso matar recién ayer, y también hoy y mañana, pero él rezó porque imaginaba, y esa imagen en colores en su cabeza era un hombre, sin cara pero un hombre, que le sostenía la cabeza en el agua mientras flotaba, y entonces el río bajaba pero aún con el cuerpo

mojado su cabeza seguía apoyada sobre la mano de ese hombre imaginario como él, pero real en su corazón, otro sodomita escondido en otra cueva de mármol. Imaginó esto hasta que un día llegó a Firenze. Vio Firenze y Firenze lo vio de vuelta, reconociendo la sangre y las plumas en él, incluso luego de bañarse. En Firenze imaginó un siglo lleno de ellos, de firenzers, de chicos escondidos en cuevas de mármol, con plumas azules, con la boca con sangre, vino, hombres pescadores de hombres, hombres para él por él con él, como en una edad anterior al nacimiento de Cristo.

SEMEN COMO MÉTODO DE CONSERVACIÓN EN ÁMBAR

República de Firenze, 1490

Salai me enseña a leer. Abre la Biblia y saca de su pecho un cuchillo de rebanar pan. Abre un frasco de miel y unta el cuchillo. El hilo de miel baña el inicio del Evangelio de San Juan: «La luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no prevalecieron contra ella». Palabra por palabra, Salai pasa el cuchillo sobre la página. Al terminar la frase limpia el cuchillo en su pantalón y deja reposar la miel sobre la página. Luego con el filo retira la miel restante de las letras y pasa el cuchillo cerca de mi cara y baña mis labios. «Toma la palabra con la lengua», me dice, y yo lo hago, paso la lengua por mis labios. Sostengo la miel en mi lengua. La trago. «La luz está dentro tuyo», dice. La luz está dentro mío.

Nuestra historia será monstruosa. Será una historia de luz, y metales que reflejan la luz, y cuerpos sin cabeza, dragones muertos, santos con cuerdas en la boca atadas a ángeles y amor, este amor será un monstruo. Porque este amor es como las flores y llama a las abejas, y a las avispas que matan a las abejas, y a los lagartos que matan a las avispas, y a los pájaros que comen lagartos, que luego de acabar con todos los lagartos de la tierra irán por nosotros, nos sacarán los párpados y los ojos y se comerán partes de nuestros cerebros, las partes donde vive ese amor.

Estamos en el Parco Delle Cascine, en la rivera del Arno. Es mediodía. Firenze está a lo lejos rodeada de colinas con olivos cargados por el verano, y cercos de ladrillo con musgo. Firenze, coloso mal iluminado, cortado con rabia en dos por el río. Me quito la ropa y bajo corriendo al río, me hundo hasta la cintura, hundo mis manos, me mojo detrás de las orejas. Miro a Salai y él no me mira. Regreso corriendo, como siempre, hacia él. «¿Ahora sí?», pregunto. Hace unos minutos me advirtió que no me penetraría si tenía el cuerpo con olor a hinojo. Que debía quitarme el olor, «bautizarme», esa palabra usó. «¿Ya te bautizaste?». «Algo así. Ya no huelo a semillas», le digo apoyando mi mano sobre su cara. Salai sopla mi mano y la aleja. «Ahora sí», dice tendido sobre la hierba, sopla los pelos de su axila espantando a los mosquitos de verano. Acerco mi cara a su cara, goteo sobre él, sobre su pecho. Sus dedos mueven las gotas hasta hacerlas desaparecer, como cuando movíamos hielos, y el agua se secaba a los segundos. Le pido por favor que me deje tocarlo. Repito por favor, diez veces. No tengo dignidad, ni misterio en mi lenguaje con los hombres. Por favor, por favor, repito en voz muy baja, como un credo, y apoyo mi mano en su sexo hasta que se endurece. Las erecciones no tienen relación con la vida, las cosas muertas se endurecen, los perros, las personas y los gatos muertos están tiesos. «Es cobarde», dice, «eso de lanzar semillas. No es bueno disfrazar el matar. Disfrazar el olor de gente quemándose. Porque lo hace tolerable. Porque la gente cree que la muerte huele a salvia, y no a hueso, y no se espanta. Les vuelves fácil matar. No me pidas perdón, no me toques, no llores», dice alejando mi mano. Meto su sexo entre mis dientes sin presión. «La primera vez que un hombre entró en mi lloré. Era todo tan hermoso y tan terror. El mar

es hermoso y es terror. Me estás deseando demasiado ahora, me robas trozos de pelo y los guardas, yo me doy cuenta y no te digo, porque me da miedo tu deseo, mírame, reza por mí, mírame prender fuego a la distancia justa, como ahora, ahora, ahora sí, sigue, ahora, ahora, perdón, sí, escúpelo en el pasto, ahí, mézclalo con la tierra, es tan extraño, ¿no?, mi semen es tan extraño, la palabra semen en latín es semilla, ¿entonces puedo decir que tú eres un lanzador de semen, no?, tira tu semen a los salmones, Dios mío, Dios puerco, siempre hablo demasiado, por eso mismo no veré el 1500, porque ya gasté todas mis palabras, estoy seguro de que alguien muere cuando se le acaban las palabras, nacemos con un número específico que se acaba, qué triste saber que te quedan pocos sonidos, ahora los estoy gastando muy, muy rápido, y tú no hablas nada, nada, nunca nada, sólo piensas, y así sobrevives tan bien».

Yo lo escucho mientras saco lentamente su cuerpo de mi boca. La erección comienza a descender desde más arriba de su ombligo. Transita por el círculo oscuro de su ombligo como un eclipse. Salai nunca ha estado dentro mío, aún. Toco sus testículos con mis dedos y se contraen. Como las cosas cuando se queman. Sólo que estos vuelven a su forma. Los quemados no vuelven a su forma, se deshacen en pedazos, ni siquiera en ceniza, como un libro quemado con tapa de cuero. Esta mala costumbre mía de comparar una cosa con otra es irritante. Ya no tengo ganas de eyacular. No le digo, sólo sigo moviendo mi mano sobre mi sexo y estoy algo triste. No hay puentes, sólo el sonido de grillos y cigarras, y no sé cuál es cuál. Los ojos de Salai cambian de color. Tienen color miel al sol y una pequeña desviación en el izquierdo. Como si deseara ver todo el siglo al mismo tiempo. Hoy sus cabellos están más rojos de lo

común. Su sexo retrocede por completo. Un grillo salta sobre el semen. Lo vemos y nos reímos. Imagino que se quedará ahí, el grillo, y Salai se irá y yo me iré, pero el grillo quedará ahí, pegado en la poza de semen toda la noche, morirá, y mañana se secará, y seguirá ahí, pasarán años, decenios, moriremos, otro siglo, y otro, y en unos siglos más, siglo diecisiete, siglo dieciocho quizás, será una piedra, una piedra preciosa con un grillo dentro, piedra que un firenzer del siglo diecisiete o dieciocho encontrará aquí mismo, cuando ya no haya río, sólo tierra y mujeres que imitan el sonido de las cigarras y de los grillos, sonido que se enseñó de generación en generación, y entre medio de esos cantos, este joven firenzer tomará esta piedra transparente y la colgará a su cuello, al lado de una cruz. Desde aquel momento él estará protegido de todos los males de su siglo, de los cazadores de ballenas, de las semillas que se adhieren a la piel y arden, de los artistas que copian técnicas, de los malos mecenas, del poco tiempo para amar, de la gran muerte, él estará protegido porque llevará la marca del gran amor de hace tres siglos. Pienso en todo esto mientras miro a Salai y a Firenze, y oscurece, y oscurezco con la ciudad. Merezco a Firenze y Firenze me merece. Sé sobrevivir. Merezco una ciudad que me persiga y no me mate. Lo veo bajar al río, la luz es tan fuerte, se refleja en el río como oro, y me ciega. Termino de masturbarme sin verlo, sólo imaginándolo. Eyaculo sobre la tierra donde él también lo hizo. Tengo poco semen. Su semen es claro. Mi semen amarillo. Mi semen es vulgar. No soy digno de él. Pero aun así mezclo nuestro semen con tierra. Pienso en que no lo besé en todo este tiempo, que sólo lo toqué, como un artesano que moldea algo, que derrite materiales, se quema las manos con plata, pero nunca usa un anillo. «Tengo

algo para ti», dice goteando agua de río, «es una cruz, me la dio un marinero de Isola d' Elba. Es una cruz que dividí en dos partes con una sierra del profesor. Tú tendrás esta mitad y yo esta. Serán dos líneas. Una más corta, la tuya, la más larga la mía. Cuando mi madre me dejó en el Spedale degli Innocenti, me entregó un San Juan cortado a la mitad. Yo me quedé con el torso, ella con los pies. Todos los huérfanos del Spedale degli Innocenti tienen uno. Es para luego, con el pasar de los años, poder reconocer a sus hijos, para encontrar la otra mitad de ese objeto, pagano o no, es encontrar algo que tuviste que dejar a la fuerza. Ahora yo te dejaré una parte de esta cruz. Que será sólo una línea para todo el mundo, pero tú sabrás que es una cruz, y que yo tengo la otra mitad, la otra línea, la más larga, y nuestras dos mitades hacen a un Dios. Es de plata, pero la pinté de negro para que no la roben, para que crean que es un metal innoble, que se deforma al fuego. Nosotros no nos deformamos al fuego, por eso no temo a la Oficina de la Noche, ni a tu padre, solamente los imagino muchas veces como unas lagartijas frías que salen del río para entrar en mi oreja y cantarme toda la noche sin dejarme dormir nunca». Salai se va sin besarme. Anochece.

Estoy solo como siempre después de él. Lo mejor está por venir en cien años, cuando estemos muertos. Mañana continuaremos aplaudiendo el truco de magia que es ver desaparecer un cuerpo en el fuego. La historia nuestra es la historia de la luz. Desdichados los nacidos en la época de la luz que deben ver el mundo ir a tinieblas, bienaventurados los nacidos en oscuridad que les toca ver al mundo iluminarse, benditos los que nacieron viendo el fuego destructor para luego iluminar frescos que cuentan la historia de un chico que

amó a otro chico. Nadie dice que a la gente quemada se le juntan los labios y no puede rezar. A veces les abro los labios con un cuchillo. Cuando la piel ya está unida por el calor. Tomo mi cuchillo y abro espacio en el espacio donde estaban los labios para dejar salir las últimas palabras.

IDEA DE NUESTRA FELICIDAD

República de Firenze, 1499, dos semanas antes
de la ejecución de Salai

Tengo una idea de nuestra felicidad, le digo a Salai. Hay un bosque, y muros, lluvia, perros, no son perros, son lobos, pero viven fuera de nuestra casa, porque es una casa la que tenemos los dos en este sueño, en esta idea de felicidad, y hay un patio con plantas de colores, y tú me proteges de las venenosas, entre otras cosas que me matan, «no las toques», me dices, me das tu mano, hay fuego también, pero sólo en invierno, y está tu mano en mi hombro derecho, y un vaso de agua que dejas al lado de mi cama para ayudarme a sobrevivir la mañana siguiente, bebiendo el día a pequeños sorbos, como cuando se te muere algo, un hijo, algo, algo que no se me ha muerto nunca, pero esta casa me protege también de los hijos muertos, y del fuego, pero no de su luz, porque tu espalda iluminada por la luz es algo hermoso, como sería Firenze desde el cielo, imagina cómo es ver a Firenze desde el cielo, yo imagino que es como ver tu espalda con casas dibujadas arriba, porque eres mi ciudad con el ruido de la gente que amo, amo a la gente, con la distancia justa amo a la gente, y te veo, y pasan los años y oscurece de nuevo, y envejeces, y envejezco, y te deseo la muerte a veces y luego siempre, siempre amor, nuevamente, y casa, y casa, y casa, y tú al lado de la ventana cubriéndome de la luz por

la mañana, ¿y al final? Muerte, mucha muerte, demasiada, porque para matar toda esa felicidad hará falta mucha muerte, toneladas de ella, ejércitos de huesos, cientos de chacales muertos lanzados en catapultas, y metales pesados derretidos, y flechas con piedras preciosas específicas para atravesar corazones, y matar, matar mucho, mientras nosotros dentro de esa casa sobrevivimos cazando pequeñas aves en el bosque, hasta que un día las cazaremos a todas, y todo el bosque estará en silencio para siempre, ¿y afuera del bosque?, más muerte aún, y un día los hombres talarán el bosque para hacer armas contra nosotros, tanta muerte habrá, tanta, que en un momento la veremos entrar por la ventana, a la muerte misma, Dios, veremos entrar a la muerte por el marco de la ventana y no querremos morir, porque nadie quiere, porque el amor, la felicidad, porque tu espalda y la luz, y todo, porque el fin del 1400, porque la mitad del mundo esperando ser vivido, esos próximos quinientos años nuestros, quiero sobrevivir mucho, ¿sabes? Más que vivir, deseo sobrevivir mucho, ver el inicio del 1500 como uno ve el amanecer apenas, con sueño y sin saber si fue real o no. Fue real. Es real. Estaremos tan bien, tan, pero tan bien, te lo prometo, sí, tengo un pelo tuyo en mi boca.

—¿Cómo sabes que es mío?

—Porque es rojo.

—Dámelo.

—Está dentro mío, Salai, somos tan afortunados. Nacimos en la mejor generación. La que sabe que puede imaginar. Porque está construida sobre nada más que horror. Nacimos y pensamos. No puede ser así de oscuro para siempre, ¿no? Es hermoso nacer en la oscuridad. Es más que hermoso. No puedo pensar en una pesadilla

peor que nacer sin guerra y conocerla entre medio. Ver el retroceso. Ver a tu pueblo enfermar, volverse malo, y enloquecer viendo a sus niños querer morir, y morir, y ver cuerpos amontonados contra las paredes, y ver esas paredes caer. Por eso este cuatrocientos es hermoso, Salai, porque es mejor que el trescientos, y el doscientos, y porque termina. Y luego el inicio de siglo, la mitad de nuestro segundo milenio. Y yo estoy contigo. Por eso tú eres hermoso, también, porque terminas, porque no te puedo tener todo para mí.

—Tú quieres mucho vivir, ¿no?

—Deseo ver el 1501 mucho más que tener tu boca en mi boca.

—Ni siquiera sé tu nombre de familia.

—No te puedo decir. Debo sobrevivir hasta el otro siglo. Por mientras llámame L.

—¿Dónde te inventaron, L.?

—Acá.

—¿Acá dónde?

—En Firenze.

—L. Eres mi invento favorito del siglo quince.

—Salai, Salai, no hay mucha competencia, ¿no? Sólo camas de clavos. Toros metálicos que se calientan y meten cuerpos dentro. Ruedas que estiran cuerpos y los despedazan.

—Sí. Pero hay hombres que inventan máquinas para volar. Hay pinturas que parecen sueños. Y tú me pareces mejor que ellas. No mejor. Sino que, de cierta manera, te prefiero. A ti te salvaría de las flechas, de los cazadores de niños, de los monasterios.

—Eres tierno, Salai. Salai no es tu nombre, ¿no? ¿Cómo era tu nombre? Me lo dijiste cuando te conocía, repítelo.

—No.

—Nunca me repetirás tu nombre real, ¿no?

—Salai está bien.

—Sí. Lo está. Me da terror tu muerte, Salai, siempre estás tan a punto de morir.

—Lo sé. Debo irme.

—¿Dónde?

—Iré a hablar con Dios.

—¿Pueden los pelirrojos hablar con Dios? ¿Dónde hablas con Dios?

—En la cama.

—¿Y qué le pide un pelirrojo en la cama a Dios?

—Le pediré dejarnos una semana más de esto. Él, me refiero a Dios, me dirá «mira, Salai, ya los he escondido suficiente. Cuando los cazadores marcaron vuestra puerta con sangre de cordero hice llover, y la sangre se lavó. Y cuando tomaste su cara en las escaleras de Santa Croce cegué a los hombres con luz. Y nadie vio nada». Sólo un día más te pido, Dios, sólo uno, le diré tomando de su falda. «Las cosas están ansiosas de matarte, Salai», responderá. «Las tengo encerradas en un cajón de madera que resiste hasta un día más los golpes de los monstruos». Protégeme de los monstruos, aún, todavía, un día más, por favor. «Tú podrías ser ese monstruo. ¿No lo has pensado?». No, Dios. «Te estás convirtiendo en un cazador. Respiras sólo por la nariz, distingues el olor de mujeres a distancia, tus hombros crecen para cargar animales sobre ellos, a sus hijos, a hombres heridos». ¿Qué hago entonces, Dios?, le preguntaré con toda la tristeza de un hijo que no obtendrá lo que quiere del padre. «Repite conmigo. Di Paradiso». Paradiso. «Di piedra, di hombre sobre piedra». Piedra, hombre sobre piedra. «Di lanzar piedras, di que harías un sacrificio, di promesa frente a Dios y

di abandono de Él, di amor de Él, di masticar, di hambre mientras tomas tu mandíbula, di dar, di doy, di todo esto es tanto milagro, di mañana comienza todo, promete que mañana comienza todo, di estoy listo, listo para la gran guerra cuando sólo tienes las manos sudando, cuando sólo tienes fiebre, di cielo, di muerte, di después, di después, porque siempre, siempre después, amor de nuevo». ¿Qué es eso, Dios? «¿Qué es qué?». ¿Qué es todo eso que me acabas de decir, Dios? «Eso que te acabo de describir es un fin de siglo».

TRIACA

República de Firenze, 1499. Dos días antes de la ejecución de Salai

«Mira esto, lo que me falta. Y estos son los que tenemos, los que están tachados. Nos faltan sólo esos, nos falta tan poco. Yo te salvo la muerte, ¿sabes? Y yo salvo la muerte. Y yo salvo la muerte», me dice Salai, y no logro comprender del todo lo que desea. Veo uno de sus ojos azul y el otro rojo y entiendo que nada va a estar bien. Leo su lista.

~~Vitriolo.~~
~~Coral rojo.~~
Sangre de dragón o resina rojiza de Dracaena.
~~Magnesita o sales minerales diversas.~~
~~Opio.~~
~~Ruibarbo.~~
~~Genciana.~~
~~Valeriana.~~
~~Cálamo aromático.~~
~~Miel de saúco.~~
~~Vino.~~
~~Trementina de Quíos.~~
Carne de víbora.
Castóreo (secreción de castor).
~~Terra Sigillata.~~

~~Betún de Judea.~~
Lirio de Firenze.
~~Aristoloquia.~~
~~Asarabacara.~~
~~Cedoaria.~~
~~Cipero.~~
~~Eléboro blanco.~~
~~Escila.~~
~~Tormentila.~~
~~Contrahierba.~~
~~Regaliz.~~
~~Escordio.~~
Díctamo de Creta.
~~Manzanilla.~~
~~Rosa roja.~~
~~Marrubio.~~
~~Calamento.~~
~~Pulegio.~~
~~Estoebe.~~
~~Polio montano.~~
~~Centáurea menor.~~
~~Hipérico.~~
~~Fumaria.~~
~~Extracto de Acacia.~~
~~Agárico blanco.~~
~~Malabatro.~~
Nardo celta y Nardo índico.
Ajenjo.

~~Verónica.~~

~~Azafrán.~~

~~Canela de Ceylán.~~

~~Pimienta negra.~~

~~Jengibre.~~

~~Anís.~~

~~Enebro.~~

~~Corteza de naranja.~~

~~Quina de Loja.~~

~~Cardamomo.~~

~~Clavo de olor.~~

~~Comino.~~

~~Perejil.~~

~~Hinojo.~~

~~Sésamo.~~

~~Zanahoria silvestre.~~

~~Nuez moscada.~~

~~Maza.~~

~~Amomo.~~

~~Bálsamo de la Meca.~~

~~Carpobálsamo.~~

~~Mirra.~~

~~Olíbano.~~

~~Benjuí.~~

~~Goma arábiga.~~

Sagapeno o resina de hinojo gigante.

~~Opopónaco.~~

~~Gálbano.~~

~~Betel.~~

~~Estoraque.~~

~~Escamonea.~~

TIEMPO DE CONEJOS

República de Firenze, Piazza Santa Croce,
tres días antes del 1500, noche

La ceniza se enfría en mi mano. Oscurece, hay cuervos que picotean sus muslos. Mi mano encuentra un trozo de cartílago, luego la parte baja de su mandíbula, luego un diente pegado a un trozo de madera. Tomo sus pies. No hay dedos. Quito las semillas de hinojo pegadas en los muñones. También las semillas pegadas en el lugar donde estaba su sexo. Su cuerpo es plano, sin relieves, oscuro. Lo tomo de las caderas y agito su cuerpo, como cuando se apalea un olivo para que dé más aceitunas. Salai se descascara del mismo modo, en trocitos negros. Guardo en mi saco su mandíbula, unos trozos de piel negra, algunos dientes. Estoy guardando su cuerpo en una bolsa. No sé por qué. Su cuerpo está dividido como un vitral de iglesia, entre el color rojo y el color negro. Sus muñecas aún están atadas, un trozo de madera divide sus muslos, un mástil sostiene su espalda. Es extraño pensar esto, pero el olor es hermoso. Anís y salvia cocinada sobre lardo. Tomo su muslo derecho y lo presiono hasta hundir toda mi mano dentro. No es difícil. Su carne se siente como meter la mano en aceite de oliva tibio. Agarro su fémur, estoy tan dentro de él, en el lugar donde no hay quemadura, donde no llega la luz. Dentro tuyo, Salai, no hay luz, no hay muerte casi. Unas mujeres de la *osteria* me miran, se ríen. Yo también me reiría de ver

a un pervertido haciendo lo que hago. Lo que hago es amarlo y destruir su cuerpo muerto. Es mi forma de decir «deseo destruir tu muerte». Bajo el arco de Santa Croce, un hombre cuyo nombre no conozco me espera al lado de dos caballos. Este hombre me ayudará a llevar el cuerpo de Salai fuera de Firenze. A Siena. Lo debo hacer con cuidado, sin que la Oficina sospeche. Ya está oscuro. Desato sus manos, sus dedos se rompen, caen. El cuerpo de Salai cae sobre mi hombro derecho, lo abrazo. Es liviano, pesa lo que pesa un niño. Salai niño muerto. Lo abrazo, lo aspiro. Tengo tos de Salai sobre mí, por última vez, por última vez, Salai sobre mí. El hombre de los caballos me grita algo que no entiendo. Comienzo a caminar hacia él. Trozos de Salai van quedando en el camino. Atrás queda el cuerpo del profesor, sin dignidad, sin amor, sin nadie que lo extrañe. Hay cuerpos que todo el mundo quiere matar. «Los florines», me dice el hombre con acento extranjero. Se los paso. «Cuerpo a la carreta, atrás, tú adelante, si preguntan algo tú respondes». Su cuerpo es difícil de cambiar de posición. «Hay que romper ahí», digo al hombre apuntando a sus piernas. «No hay tiempo», me dice. Me subo sobre sus rodillas. No logro romperlas. Le pido ayuda con los ojos. «Rómpelo tú, no quiero tocar a un firenzer». El hombre de los caballos es un infame. Cierro los ojos, pienso en un puente, pienso en Ser Piero da Vinci haciendo un puente que se eleva hacia el cielo, y se quiebra, dejando caer a cientos de soldados al río. Sonido de huesos de pollo partiéndose. Bendito acto de ingeniería, de magia. Ahora tus rodillas, Salai, apuntan hacia atrás. Te cubro con un paño azul. Miro mis pantalones. Tengo una erección leve y también tengo sangre en mis ropas. No sé. No lloro, pero de mi nariz no para de correr agua. El hombre de los caballos me mira como mirando a un

fantasma, como respetándome luego de ver que puedo mutilar un cuerpo. «Sube», me dice, y salimos de la Piazza Santa Croce sin decir una palabra. Abandonamos Firenze, abandonamos el Arno, subimos pequeñas colinas toscanas, todas iguales, atravesamos pequeñas fortalezas sin soldados, pero con fuego, Firenze queda atrás, Firenze es sólo un cementerio bien iluminado. «Aquí», le digo, luego de una hora a caballo, quizás dos, siete, no sé. El hombre para la carreta. No tiene preguntas. Estamos entre Siena y Firenze, no sé exactamente dónde. Descargo el cuerpo de Salai dentro del paño azul. «Esto no es cristiano», me dice el hombre de los caballos y se aleja.

Dejo a Salai sobre una pila de heno, rodeo su cuerpo todo de heno. Como un trozo de hielo que no puede deshacerse, que no debe morir. Lo ato. Lo arrastro hacia unas rocas. Arrastro a mi Salai. Lo dejo entre unas rocas. Bajo un olivo. Su cuerpo esperará aquí hasta el nuevo siglo. Ese día podrá morir. Ese día volveré a este lugar y lloraré su muerte. En este siglo se puede sobrevivir. Sobrevivir quiere decir no recibir el amor de la gente. Sobrevivir sin amor es una vida seca, a base de agua, pan, saliva de un cuerpo que no te da más que sólo escupos, o un paño bañado en vinagre que no te quita la sed. Hoy odio al público. Idiotas, fariseos, sepulcros blanqueados, nos matarán a todos, no quedará nadie, en esta mierda de pueblo estúpido, debiesen quemarlo y salar la tierra, lanzar cal a los cuerpos de los animales. Dios, todo funciona por la luz. ¿Cuál es la luz de nuestro siglo? La madera, sí, la madera hace la luz, y los cuerpos que ponemos sobre ella hacen más luz, pero al final son los mismos bosques muertos los que nos protegen de los bosques vivos, los bosques muertos son los que nos protegen de los

animales. No sé por qué pienso en esto ahora. En los otros siglos, ¿qué iluminará? Esa es la gran pregunta del siglo, esa es mi pregunta, Dios, Dios, Dios, te dejo, Salai, donde hay liebres, donde jugábamos con las orejas de las liebres, ¿recuerdas? Nos perseguíamos con las orejas cortadas, nos perseguíamos como los niños, no somos niños, estás muerto, hago una fosa, debes esperar al nuevo siglo para entrar en ella, debes antes ver el amanecer del nuevo siglo, te apoyo en un olivo, con la cabeza en alto, ato tu frente con ramas de laurel al olivo, es la más bella corona de laurel, Salai, príncipe de espejos reventados, de las luciérnagas, Salai, te dejo al lado de las liebres que, lo siento, masticarán tu cuerpo los próximos días, pero estoy seguro de que eso no te molestará, Salai hermoso, te dejo, y regreso a Firenze, amanece, Salai, amanece, camino y me alejo de tu cuerpo que parece del mismo color de la madera del olivo desde lejos, amanece y el sol ilumina mis ropas manchadas de carbón, parezco un pintor, finalmente hay una carreta y veo a un caballo, veo una nube, caigo de rodillas, tres veces caigo de rodillas ¿A quién le rezo? ¿Quién me obliga a rezar? Veo la montaña y no sé decir montaña, monta pienso y veo el cielo y pienso pájaro pienso pájaro y digo ceniza sabor a ceniza en boca y madera en bolsa madera mandíbula Salai y eso nada más fin ¿de cierta manera, no, no? no, a veces, Amor, Todavía, Amor, Nunca, Salai, Di Siempre Sí Eterno A Dios A Ti Por Ti Por Fin Acá Sonido Muerte De Manera Fin Ahora Sí Vendrás

SEGUNDA PARTE

1500-1512

EVENTO CÓSMICO

Día primero del 1500

En el invierno del año 1500, justo en el día de La Magdalena, el sol se oscureció repentinamente y la luna se volvió violácea y luego roja. Después de unas horas un gran terremoto arrasó con el centro de la ciudad de Firenze. Desde las colinas de la Toscana, con un estruendo, una gran vara de madera de naranjo rodeada de fuego descendió hasta tocar los bosques de olivos y encenderlos. Este evento celestial fue presenciado por cientos de ciudadanos de la república. Durante los meses siguientes una parte de la república se hundió en hambre y ruina. Un tercio de los ciudadanos murió por causas inesperadas.

PRIMER LÉXICO

Livorno, invierno, 1500

Preciosa Sangre de Cristo. Kalendae Iulii
u o

Visitación de la Virgen María. IV Nonas Iulii
uza av do

Santo Tomás Apóstol. III Nonas Iulii
no no y luza ave ae

San Ulrico de Augsburgo. Pridie Nonas Iulii
no luza ahí no mal mal luz

San Antonio María Zaccaria. Nonis Iuliis
luz nova no y mal el mal acá

Santa Dominica mártir. VIII Idus Iulii
lamorte luz nova esla morte mal acá no

Santos Cirilo y Metodio. VII Idus Iulii
de nuevo luz y madre y mal

8 julio. Santos Aquila y Priscila. VI Idus Iulii
madre huele a ceniza

Santos Mártires de Gorcum. V Idus Iuli

no es madre es padre

Siete Santos Hermanos Mártires. IV Idus Iulii

luz y afuera más luz y vidrio en luz en mi cara

San Benito abad. III Idus Iulii

luz de nuevo día hambre no sed sí pero no ruego aún no merezco el sueño

San Juan Gualberto. Pridie Idus Iulii

luz se llama día, recuerdo eso era ahora luz de nuevo abro algo la boca los ojos si también agua digopadre me toma la cara vidrio y agua en mi boca yes madre no padre

San Enrique II emperador. Idibus Iuliis

luz nueva de nuevo ahora ardes dice madre, médico y médico viene abre algo mi lengua blanca dice cuidado extremo dice mar dice viajar y pulmones aire nuevo

San Buenaventura. XIX Kalendas Augusti

luz de nuevo ruido de caballos luz por ventanas madre abre ventana luz en mi boca boca como arena, llegamos dice madre mar dice madre, mar contra muerte

San Vladimiro. XVIII Kalendas Augusti

luz y olor a mar, mar es olor a nada quemado

Fiesta mariana local. XVII Kalendas Augusti

luz y yo en horizontal por días, horizontal es una palabra buena más palabras más palabras buenas vendrán

Santa Alejandra. XVI Kalendas Augusti

hoy luz y corte en mi frente con cuchillo para sangrar y sentir el bien, me siento mal, siento el mal nada de amor hoy en la luz

San Federico de Utrecht. XV Kalendas Augusti

nuevamente luz y esta vez hambre si carne como carne madre mastica y me da en boca, como pájaro como

San Arsenio monje. XIV Kalendas Augusti

luz de playa yo sobre hombros de padre, madre con vestido de ese color del cuadro de bellini recuerdo bellini trozos de bellini no todo el cuadro, hablar de a poco a pequeños pedazos cielo muy azul bellini hoy, pienso azul digo azul, primera palabra desde que perdí las vocales y risa de madre

San Elías profeta. XIII Kalendas Augusti

médico dice no habla aún padre dice no no aún quizás fiebre o estación fiebre de la estación o dios yo digo perdón perdón me miran no sé perdón azul quemar horizontal esas palabras digo ese orden y me aplauden

San Lorenzo de Brindisi. XII Kalendas

sueño yo con árbol y cuchillo después la savia no tengo savia la savia que pega las palabras la savia que no tengo tengo sólo ceniza de árbol nada para unir algo me robó lo que hace que las palabras se junten un animal, es una pregunta mi primera pregunta en días en voz alta

Santa María Magdalena. XI Kalendas Augusti

hoy más palabras que ayer más que algo, llueve y pájaros de la playa y madre sonríe madre huele a mar dientes pienso en el mármol de carrara padre dice que el arno me enfermó volveremos a firenze al fin del invierno dice y madre está en la ventana parece un cuadro porque no habla, color amarillo ese es el color de sus zapatos ese era el color que

recuerdo ¿color de los zapatos de quién? olor a mucho bosque en el recuerdo

Santa Brígida de Suecia. X Kalendas Augusti

dolor absoluto zapatos amarillos zapatos de muerto y,y,y,y,y,y vomito de nuevo, de nuevo palabras difíciles de nuevo no digo a madre y padre no digo más luz más fin

Santa Cristina de Bolsena. IX Kalendas Augusti

luz, siempre, nuevamente, ese es el horror, la repetición de la luz yo de pie para matar la luz fallo yo camino a mar intento muerte pero caída horizontal y diente fuera de boca

Santiago Apóstol. VIII Kalendas Augusti

digo salai en voz alta como escupiendo una costilla de perro de mis costillas mientras duermo

Santa Ana. VII Kalendas Augusti

padre me dice que quién quién qué quién es ese nombre que si es ese de la plaza santa croce pregunta padre y yo lloro en hombro de padre por primera vez, manos de padre toma mi frente seca mis lágrimas porque padre cree que muero y veo ojos de padre y ojos de terror a la muerte de hijo, inminente

San Pantaleón mártir. VI Kalendas Augusti

hoy luz y yo vertical por primera vez en días, joven enfermo de pie frente a madre y padre en mar en día de san pantaleón, recuerdo días, invierno recuerdo, otra luz, los números cuatro y doce doce días sin decir frase, hoy cuento los dedos de padre en la playa y los dedos de madre y digo veinte y celebramos con carne azafrán vino miel en cuchara en la boca

Santos Nazario y Celso. V Kalendas Augusti

terror a las puertas que la puerta se cierre y no se abra más que la mesa no sostenga un vaso terror a las cosas a que las cosas cambien de color, por eso decido sólo estar despierto por las horas que el sol está a pleno y no cambia la forma de las cosas

Santa Marta. IV Kalendas Augusti

duermo mucho mi madre y mi padre no me despiertan

Santos Abdon y Senén. III Kalendas Augusti

salai no recuerdo su cara, su cara es una cara hecha de madera con clavos y pintura verde sobre los clavos, recuerdo sus manos

San Germán de Auxerre. Pridie Kalendas Augusti

salai dijo el abecedario y se robó mi voz y toda la voz del mundo, todo debe nacer nuevamente un nuevo siglo para esperar el nuevo sonido ahora sólo tenemos algunas palabras antiguas que no nos satisfacen, pero con las que podemos sobrevivir hasta el fin de siglo

San Pedro ad Vincula. Kalendae Augusti

esa es la respuesta de mi enfermedad, y comienzo a mejorar, color en mis mejillas, mis dientes crecen en mi boca de nuevo, padre pone nuestras cosas sobre los caballos, madre llora porque ama el mar, porque al volver a firenze madre dejará de oler a mar, y olerá a carne y el hueso entre la carne, madre antes olía a azafrán, padre no huele a nada, nunca

San Esteban I papa y mártir. IV Nonas Augusti

padre y madre al lado de mi padre diciendo las palabras de salai sus vocales y consonantes las mismas reconocer sonidos de alguna parte todo inicia en salai y madre diciendo los sonidos de salai no hay más sonido que el sonido de salai, él por sobretodo él por sobre todas las cosas que me matan

Invención de San Esteban protomártir. III Nonas Augusti

cuando Salai me dijo quiero irme de firenze y yo le respondí que estaría bien que siempre lo ha estado

San Justo de Lyon. Pridie Nonas Augusti.

y cuando había gente siguiéndolo recuerdo que siguió robando carne y recuerdo que yo lo desconocí muchas veces en la calle por vergüenza

Dedicación de Santa María la Mayor. Nonis Augusti

recuerdo Salai diciendo si me dejas te rompo esto en la cabeza sosteniendo un cubo de mármol del duomo

Transfiguración del Señor. VIII Idus Augusti

y, y, y te diré del joven que venía del río encantado derritiendo hielos despellejando zorros para protegerte de los siguientes siete inviernos, amor, ahora, qué haces qué haces en esta ciudad. Salai amaba a las personas Salai era horrendo con las personas porque odiaba la melancolía, pero lloraba por cosas que yo no lloraba, como las plantas que se morían las cosas expuestas a la humedad que se podrían, la pintura que quedaba abierta y se secaba, esas cosas lo rompían, las personas muertas no, a mí las personas muertas sí, al menos un poco más que a él, un día un hombre muere embestido por caballos al frente nuestro, nuestro carnicero, el carnicero del lugar donde por primera vez nos conocimos y yo estoy ahí llorando, y Salai no dice nada, no dice la palabra dolor, o amor, amor a dios lo dice a veces, pero también ama los perros, los mismos que se comieron sus dientes cuando murió, yo no amo los perros, Salai solía decirme que yo era demasiado consciente, que no pensaba como alguien de este siglo, no piensas como alguien de este siglo pero tu paranoia te hará ver el inicio del 1500, un día despertarás y verás el amanecer del siglo y pensarás esto se parece al día de ayer, y habrá alguien en tu cama, y un gato que te enseña salir del terror

San Donato de Arezzo. VII Idus Augusti

regresamos a Firenze, Dios Dios, esta ciudad es una costra, Dios, después de tanta sangre no puede ser otra cosa que una costra, Dios, tiene el color de una costra, y la boca de los hombres de esta ciudad sabe a vinagre, esta ciudad que es nuestra ciudad la tratamos de abrir siempre, y no cerrará, para que la costra no cierre hay que seguir quemando

Santos Ciriaco, Largo y Esmaragdo, mártires. VI Idus Augusti

comenzó a nevar, la nieve no cae en tu pelo, tu pelo no se moja, no seco tu pelo con mi ropa

San Román mártir. V Idus Augusti

no pones tu cabeza en mi estómago, no duermes sobre mi estómago, no te enfermas y no te mueres

San Lorenzo mártir. IV Idus Augusti

la nieve sólo cae sobre el arno y se ve hermosa pero miserable

Santa Susana mártir. III Idus Augusti

Salai despierta tu vaso de leche se volvió queso, alquimia, Salai, alquimia, sigues haciendo magia muerto

Santa Clara de Asís. Pridie Idus Augusti

Regreso a la casa de Salai, regreso a tu casa, encuentro bajo la cama un frasco lleno de abejas y moscas, es el frasco de miel que me regalaste cuando fuiste a las afueras de Milano, me dijiste que miel que esa mismísima miel tenía 600 años, porque venía de este jardín en Milano construido en el 900, una miel de 600 años, mierda, mucho tiempo, una miel contra la muerte con abejas milenarias, y yo te llamé mentiroso, pero siempre te creí siempre, y ese día fue triste no pude llevarme la miel porque tenía miedo de que padre la encontrara y me insististe y te dije sí, pero la dejé bajo tu cama, y se pudrió, ahora no sirve

San Hipólito mártir. Idibus Augusti

Salgo de Firenze.

Voy hacia Siena sobre los caballos de Padre.

Estoy buscando el cuerpo de Salai, su cuerpo que dejé acá el siglo anterior.

San Eusebio de Roma. XIX Kalendas Septembris

Dos días sin comer carne. Sólo agua.

Amanece.

¿Dónde dejé sus huesos?

Asunción de la Virgen María. XVIII Kalendas Septembris

No estás. Primavera. Brotes de hongos.

Tierra en mis zapatos de cuero azul. Camino al lado del caballo de Padre.

Camino hacia donde dejé tu cuerpo la última vez.

No sé dónde estás, por eso camino. Debes estar hecho tierra, supongo.

Oye, Salai.

No te extraño más que a nada.

Como carne de liebre.

Carne de las liebres que le comieron.

Ahora el caballo camina con mi cuerpo encima.

Me duermo sobre caballo.

Sueño con dos flamencos que me picotean la nariz hasta que desaparece.

Mi nariz no sangra, es como las estatuas romanas mutiladas por los siglos y siglos, y me despiertas y me pones en tu cuello, Dios, tu cuello, no hay olor a ti, porque no tengo nariz, pero te toco luego todo se llena de polvo, porque estamos en tu cama, hay un gran viento, y ese viento sólo trae olor a hinojo, que me entra por la nariz, y eso sí puedo oler, no a ti.

Me ves con mi nariz de estatua y te repeles. Despierto sobre caballo.

No sé dónde estás aún. Despierto con calor. Duermo con calor.

Pero aun así quisiera cubrirme.

Necesito peso sobre mí para dormir.

Sobre todo cuando estoy muy mal como hoy.

Amanece. El caballo de padre se fue.

El caballo se fue y camino.
No estoy lejos de Firenze, un día, dos a lo más,
no moriré aquí, así que camino.
Salai tiene ojos verdes, nunca lo pensé mucho, nunca se lo dije porque sólo estaban ahí.
Ahora lo menciono porque no están ahí.
No están
porque estoy viendo su cuerpo ahora
no veo su cuerpo, veo el árbol donde dejé su cuerpo.
Tus mejillas tienen carne aún, Salai,
pegada al hueso, pero carne al fin.
Encuentro dos costillas, parece,
o una parte de tu pie, o de tu mandíbula, o quizás son huesos de un chacal, no quiero mezclar los huesos tuyos Salai con los de una bestia.
Los guardo en una bolsa,
los saco de la bolsa,
los dejo ahí,
No estás.
Así que no te hablaré más así, Salai. Te hablaré de lejos.
Te hablaré de lejos,
para que no me vuelva a apestar, a enfermar
haré como si mi lengua se me enrollara en el cráneo porque no puedo permitirme el terror hoy.
Te hablo de lejos, Salai. Le hablo a Salai.
Y llevo su cuerpo.
No llevo tu cuerpo.
No tomo tu cuerpo y lloro.
No tomo tu cuerpo y lo cargo a un agujero más pequeño que él.
No cavo un agujero pequeño como para enterrar unos cinco conejos.
No me siento a tu lado.
No queda mucho de Salai.
Sólo quería que Salai viera el primer día del siglo. Sólo quiero creer que algo de luz de este siglo tocó el cuerpo de Salai.

Encuentro un dedo. Dos de hecho, la uña de su índice intacta ha crecido, podría cortar el dedo, pienso, y llevarlo a la iglesia como milagro, pero me quemarían quizás, no quebraré el dedo, dejaré el milagro morir bajo tierra, único dedo intacto del mundo, Salai, como primer evangelizador, apuntando cual Juan Bautista el primerísimo, declarando fui el primer muerto, el único muerto en ver el amanecer del siguiente siglo.
Entierro la única parte de Salai que sé que no es de un animal.
Tomo un cuchillo y corto un rectángulo de madera en el olivo donde apoyé su cuerpo, su cuerpo para que vea el inicio de siglo, corto ese cuadrado de madera y lo guardo en mi pecho, del tronco del árbol borbotea líquido negro, una miel oscura comienza a deslizarse hacia arriba, hacia las ramas.

SANTO SPIRITO

República de Firenze, 1500

Estás muerto y los caballos no tienen sentido. En la mañana vi un caballo y dije «este caballo no tiene sentido». Tengo las llaves de tu *palazzo*. Las robé en la mañana.

Luego de quemar al sodomita, la Oficina de la Noche tiene siete días para tomar sus pertenencias. Su *palazzo* ahora pertenece al Tribunale Fiorentino, sus ropas serán quemadas, al igual que sus libros y escritos, y sus joyas fundidas y la comida lanzada a los cerdos. Espero a la noche. Me visto con una túnica violeta. Camino a Santo Spirito. Acabas de morir y la gente sigue bebiendo. En todas las esquinas esquivo el vómito. Entro a tu *palazzo*. Subo las escaleras. Entro. El taller de pintura está en la planta baja. La cama está arriba. ¿Qué puedo decir? No digo nada. Tu olor. Entre olor a óleo y olor a azafrán, pero tu olor en el fondo. Hay muchas cosas en tu casa y no sé nombrarlas, Salai. Está todo aquí pero sin nombre. Estoy muy triste. Estoy en el marco de la puerta y no soy capaz de dar el siguiente paso. ¿Qué hay después de este paso? Miro de izquierda a derecha tu habitación sintiendo que voy a morir. ¿Por qué siento que voy a morir? ¿Qué cosas hay acá? Comienzo a nombrar las cosas. Primero, el *palazzo* de Salai. Tu *palazzo*. Pinturas del profesor. Una pintura de Salai donde Salai acaricia a dos perros, y en el fondo unos pescadores de Livorno que toman el sol sobre

unas rocas. En un vaso de vidrio rojo mechones de cabello de Salai. Zapatos azules. Dos collares de perlas enredados. Un baúl con carne de ternera bañada de sal. Le llevaré la carne a mi madre o la lanzaré a los perros. Los perros. No hay perros en el *palazzo*. Hay un gato. Un gato que está al lado mío, como preguntándose por qué este hombre no entra. Los gatos nunca aparecen en la Biblia. Por algo será. El gato se acerca. No sé si dejarlo acá o llevárselo a mi madre. El gato me mira. Quizás siente misericordia por mí. Por el tener que desmantelar la casa de un amante con el que nunca viví y al que tuve que quemar. Suena peor si lo pongo en esos términos. Realmente no estoy tan triste. Sólo quiero beber vino y que un hombre o una mujer meta su mano en mi pantalón y me masturbe mientras apoyo mi frente en su hombro. Sólo eso, y luego beber vino. Me preocupa mi madre, espero que no se mate en los próximos días, no lo podría soportar, soportar las dos cosas al mismo tiempo. Tú lo entenderías, Salai, la justicia en la distancia entre estos dos momentos horrorosos que Dios nos da. ¿A veces Dios quiere castigarte? No es una pregunta, Dios quiere castigarte.

Meto al gato en una bolsa de cuero, en otra bolsa la carne, en otra una copa de eucaristía de plata que se divide en dos, muy franciscano todo. Imagino que te la robaste de la iglesia de Ognissanti o de Santa María Novella. Salai ladrón, Salai hijo de puta, Salai muerto de hambre. Necesito vomitar. Es por la mezcla del olor de la carne y el óleo. Vomito. Meto en mi bolsa un par de frascos de óleo y unas brochas. Probablemente soy un gran pintor y no lo he descubierto. Hoy en día todo el mundo es pintor. Quizás soy uno con menos talento, pero no importa, porque tenemos una sobrepoblación de iglesias, por lo que nunca serán demasiados

pintores. Esta ciudad te permite ser mediocre, la gente dirá «qué gran siglo creativo ha sido este», pero no, es sólo que los más ricos se decidieron a amar a los artistas por veinte años. Y ahora, adiós Medici, vengan exilios, muerte y pestilencia, vengan. Siempre de nuevo pestilencia, después del amor, siempre pestilencia. ¿Y después de la pestilencia? Siempre amor. ¿Qué hago orinando en la alfombra de tu *palazzo*, Salai? ¿En qué momento me convertí en un perro? Mi madre no me crio así. Pero lo hago. Termino de orinar sin apuro. No por odio. No por ternura. Es sólo para informar, para declarar, cuando los Oficiales lleguen, que sepan que alguien vino y robó y orinó por horror a la sodomía, y no por nostalgia, no por amor. Orino. Rompo algunas cosas. Me corto la mano quebrando unas copas. Hasta para destruir cosas soy mediocre. La mierda es algo que sé hacer. Dejo mierda sobre la fruta en la mesa. Esto es horroroso. Se siente horroroso. Escribo firenzers en la pared con óleo verde. Es muy obvio. Pero el mal es obvio. Extraño a Salai con todo mi corazón, otra frase obvia. Lo extraño. Extraño sólo el momento en que estaba al lado mío y escondía mi cabeza entre su axila para protegerme del terror, de los lobos que beben el agua que dejo en mi mesa de noche. Imaginar el terror máximo y luego saber que estoy ahí en su brazo, protegido de las arañas y las piras, y los monstruos, eso era vivir el siglo.

Antes de irme, voy a su cama, estiro sus sábanas por última vez. Cuando estiro la sábana en el aire la habitación se llena de una neblina blanca. Es humo. Hay humo, bajo la cama y saliendo de las sábanas. Agito las sábanas y sale más humo, abro la cama y rajo el colchón y salen plumas y más humo, un humo que no tiene olor, es sólo neblina, es sólo luz, no me aterro. Termino de hacer la cama,

apenas me puedo ver las manos. En cuatro patas tomo al gato, la carne, la copa de plata, el óleo y abandono el *palazzo*.

NUEVO SIGLO

República de Firenze, primavera, 1500

Es el nuevo siglo, Salai, y divido mi vida desde ti:

D.S. (Después de Salai): orín de gato, herrumbre, tristeza y calor.

A.S. (Antes de Salai): dientes, palabras, miel y luz, y la luz era buena.

Salai, primer inicio de civilización, Salai, primer nombre robado al primer hombre. Este es sólo otro fin de la historia, Dios. En el fin del 1400 el mundo se abrió a las llamas y participé para mantener la luz encendida hacia este nuevo siglo. La luz se mantiene encendida con cuerpos adentro de ella. Para pasar de un siglo a otro hacen falta muchos cuerpos muertos y que uno los mantenga encendidos. Se ve fácil. El problema es que no hay nada más patético que cuando muere alguien que teme a la muerte. Veo un cuadro que solíamos ver. Donde una mujer amamanta a su padre que está en la cárcel, tiene un pecho afuera y mira esperando que lleguen los guardias. Cuadro favorito de Salai en la iglesia de San Niccoló. Solíamos hablar de pintura, solíamos hablar. La pintura no tiene sentido. El arte era una invitación al consuelo del horror, las pinturas ahora son difíciles, no las entiendo. El aceite de oliva tampoco tiene sentido. Todo está muerto. Mi estómago se pudre. Mi lengua está blanca y mi orín

blanco. Viene un médico a verme. Dice que he agarrado otra fiebre de la estación. Dejo de comer. Tomo agua. A pequeños sorbos. Como un pájaro. Mi aliento es horrible. Trago semillas de romero para disimularlo. Como si hubiera una pira entre mi estómago y mi plexo. Toda comida que veo parece trozos de piel. De cuero humano. Los cuescos de naranja son piel. El pan, piel dura. Dejo el cuchillo de rebanar pan debajo de mi cama para cortar el dolor. El dolor es monstruoso. Eso hace de Salai un monstruo. Porque él lo dejó ahí. Tomo el cuchillo de rebanar pan, dejo el cuchillo de rebanar pan. Acciones repetitivas. Me quiero sacar los ojos y no me saco los ojos. El atardecer es rojo y abajo verde. Es un amanecer hermoso. He estado toda la noche despierto. El tiempo se me rompe un poco. Despierto con una mujer que me roba florines y me masturba desde los agujeros de mi pantalón. Debo cambiar este pantalón. Ya no tengo florines. Ya no tengo semen. Sólo orina violeta, ahora roja. Regreso al *palazzo* de mi familia y los santos me miran hechos piedra. Sin narices. Benditos. No huelen mi olor a alcohol. No huelen la mierda de esta ciudad. Mi padre es el terror y se aterra a sí mismo. Mi madre enloquece en las mañanas. Dice que su taza está llena de pelos. Los saca con la mano. Le doy otra taza. Lo mismo, dice lo mismo. «Está llena de pelos». Y saca los pelos invisibles con la mano. También adquirió la costumbre de sacar las fundas de las almohadas. «Tienen alfileres. Están llenas de alfileres». Yo la miro y saco los alfileres invisibles uno por uno y los dejo en la mesa, ella me besa en la frente. Me soñé colgado del sexo de Salai. Colgando de mis dos muñecas desde su erección. No hay moraleja en lo anterior. No hay historia. Una historia pequeña: esta es la historia de un hombre que debía hacer sólo algo pequeño para vivir en el

paraíso, pero no lo hizo, y desde ese día todos vivimos en el infierno. Fin. El infierno es este siglo.

Despierto con un joven sin nombre. Eyacula en mi boca sin avisar. Escupo en el vaso del velador. Boto el semen en el agua. A la mañana siguiente, cuando ya había olvidado todo, el sexo, a él, bebo el agua. Ahora él está en mí. Miro el Arno y las pequeñas olas que parecen de oro. La luz cae, la luz no deja de caer desde arriba. Ocurre todos los días, pero hoy es diferente. Busco las palabras para describir este estado. Y no las encuentro. Salai dijo el abecedario entero para dejarme sin nada, para dejarnos sin nada. Ahora tenemos que aprender a hablar de nuevo. Abrirnos a un nuevo siglo sin vocales y sin saliva. Para aprender a hablar hay que imaginar otro mundo que no esté en llamas. Moriste declarando el abecedario. En todas las combinaciones posibles mientras ardías. Una locura. Moriste diciendo el mejor discurso de todos. Voy y quemo de noche los olivos de la villa de los Oficiales. Entro a las bodegas y prendo fuego al aceite y al vino. Quemo el aceite con algunos perros dentro. Intenté salvarlos, no era mi intención, pero dormían sobre el aceite y se encendieron al instante. Me dormí llorando entre los olivos, como Jesús, solo, tan solo, tan solo, y se hizo de mañana, y fue peor. El olor a humo en mi ropa es demasiado y no hay nadie que me quiera dar un trozo de pan, porque estoy gris. Escapo del lugar. Escapo del lugar y camino por el campo hasta San Giovanni Valdarno, y luego a Prato, y llego a Arezzo.

Como no pude seguir amándolo vivo, seguí amándolo en otros. En cinco partes dividí mi vida. Como esos cuadros del éxtasis de los santos. Donde en el centro hay un gran cuadro que cubre toda la pared de cemento, y si uno se acerca puede reconocer otras cinco

pequeñas representaciones, del tamaño de una mano, cinco pequeños cuadros que narran la historia, y sin ellos el todo no estaría completo. Son sólo acciones estos cuadros. Por ejemplo, está la quema de un santo, la persecución a un niño por perros, una mujer recolectando girasoles, un soldado cazando jabalíes, y todo eso te hace imaginar una historia, en un orden, con cosas que se queman, un niño, girasoles y perros, o perros y girasoles quemados y soldados caminando sobre eso, dándose cuenta del horror, o volviéndose santos. O un soldado con un girasol en el ombligo. O un niño con un perro. Cosas simples. Cosas en un orden. El problema es del orden. Pon toda tu vida vivida hasta ahora, dividida por momentos de felicidad y horror, y si la divides en momentos justos, nunca se volverá insoportable, es una cuestión de orden. Pero Dios odia el orden y a veces ordena una temporada de dolor, y luego otra.

Sobre la espalda de una mujer aretina hay savia mezclada con pólvora. Aspiro dos líneas. Duermo como los dioses. Despierto muerto, dos días después. En las tardes sigo lanzando hinojo. Mi padre envejece, queda medio ciego no sabemos por qué. Deja de trabajar en la Noche. O al menos quema a muchos menos que antes, como máximo, uno cada mes. Todo es algo de medida, como aspirar triaca, máximo una vez al mes. Yo sigo trabajando en el hinojo no sé por qué. Misterios de Dios. Al menos guardo bajo mi cama florines para terminar de comprar todos los ingredientes y hacer la fórmula de Salai. Me faltan veinte. Debo viajar al sur del mundo. Donde hay un lugar en que todo cae, y barcos de madera se astillan. Y hay fuego azul. Putrefacción, dragones. La fórmula de Salai cura heridas de dragón, lo sé porque lo menciona Plinio, el

primero, el primer historiador, y si Plinio dice que hay dragones y mordeduras que sanan es porque hay dragones y mordeduras que sanan, le creo como creo en Salai y su amor como el amor a Dios, invisible sobre lo putrefacto. Le creo a Dios su rebelión a la muerte, porque yo mismo iré hacia a la muerte y le verteré plata en los ojos y con los ojos de plata de la muerte haré dos monedas que pondré en mis ojos, y ahí veré a Salai de nuevo.

Sueño con Salai sólo cuando lanzo cenizas a un cuerpo quemado, por eso no quiero dejar este trabajo. Sueño que lo veo esconderse en el bosque en la noche. Entonces corro hasta él y del bosque sólo salen cientos de caballos arrastrando perros muertos, caballos que arrastran cientos de perros deshuesados que barren la ciudad con su sangre. Despierto, hay un cuchillo debajo de mi cama. Mi madre me esconde los cuchillos. Le digo que no se preocupe, que necesito cortar el dolor. Me dice que estoy enfermo, que debo tener una fiebre extraña y que nuestra familia está marcada por el horror. Pintamos la puerta con sangre de cordero. Locura en mi familia. Mi madre orina en las plantas hasta que las mata. Le dejo un vaso en la habitación para orinar. Pienso en ti, Salai. Esto nunca fue de ti o de mí, esto es sobre el abecedario, esto es sobre el lenguaje, en otras palabras, sobre cómo cambiar la materia con sonidos de la garganta y saliva.

Ciervo, piel de ciervo, soy sólo la piel de un ciervo, y en la noche me cuelgo en la silla delante de tu cama vacía, te cuido, Salai, soy sólo ese cuero que habla en voz baja en las mañanas, Salai, extraño tu cuerpo que desplaza trozos de hielo, tu cuerpo desollador de animales, tu cuerpo río abajo donde te encuentro goteando, tantos pequeños momentos de felicidad entre nosotros, ¿no? El primer

momento fue feliz, fue bueno, yo te tomaba de las axilas borracho y te llevaba a la ventana, Salai, estoy volviéndome un escritor más que alguien que reza y que deja de comer. Guardo en mi velador el pedazo de madera que solía ponerte en la boca, al sacarte las espinas de la piel, al coser tu piel, ese pedazo de madera lo tengo aún ahí, como un hueso. Te sequé la boca con el mismo paño que mojé detrás de tus orejas, te canté mal el *Ave* y me pediste que lo repitiera, te imité animales para que te acordaras de cómo es el bosque, te imité a Dios, amándote imité a Dios, amándote demasiado hasta dejar todo para sobrevivirte, para protegerte del calor y de los mosquitos que llegan con el calor, y del sonido de las campanas antes de las diez de la mañana, de las cosas que mueren, del fin del verano, y de preguntarme si te encontraré vivo el otro verano. Vivimos muchas cosas hermosas, no quiero estar tan triste, perdón por seguir tratando de vivir con esta velocidad.

Camino desde Arezzo hacia Firenze. Camino por los campos. Veo cómo atardece en los pueblos, en las colinas. Hay seis iglesias cada diez casas, cada una con su campanario. Demasiadas campanas para tan poco pueblo. Demasiado sonido para tan pocas personas. Pobres ciudades montadas en altura tratando de estar cerca de Dios y fallando por poco.

LENGUA PEQUEÑA

República de Firenze, 1501

A diferencia de las bestias, los chacales, los zorros, los perros, Dios nos creó con una lengua pequeña para que no nos podamos lamer las propias heridas. Por eso necesitamos a otros. Por eso inventamos el amor. Para que un día, eventualmente, conozcamos a un hombre que nos destroce la vida y descosa la piel que teníamos tan bien cocida. Y luego con la piel abierta caminar por la ciudad hasta encontrar una lengua con que limpiarnos. Porque nuestra lengua es corta. Porque la lengua sólo puede decir vocales y no palabras completas. Porque la lengua no sirve para otra cosa que limpiarle a otro los dientes mientras besas. Tengo fe en el otro siglo y en que inventen algo para sacar la mierda de los dientes, los huesos más expuestos del cuerpo, no entiendo cómo la gente los ve y nadie se horroriza. A mí me da horror cuando veo la risa de alguien. Es como ver un hueso de la rodilla mutilado y atravesando la carne, blanco y expuesto al sol. Pero como están en la boca nadie se espanta. Horror, los dientes. Debiesen estar cubiertos de piel. Dios se equivocó ahí. Dios se equivocó al crear esta ciudad que estoy seguro no morirá nunca.

Llevo seis días masticando salvia. Mis encías están blancas. Las miro en el espejo esperando ver salir una araña de dentro. No sale nada. Estoy feo. He pasado una semana en un *palazzo* muerto. El

palazzo de Salai muerto. Estoy vivo y no me mato. Es difícil matarse aquí. En Firenze es difícil morir. Es muy linda y todos los *palazzos* están a ras de suelo. A lo más me quiebro las rodillas, la mandíbula. Cada día me despierto y me aconsejo matarme cuando atardezca. Pero a la noche tengo hambre, y uno no debiese morir con hambre. Triste sí, con hambre no. Mi madre dice que si pasas al otro lado con hambre hay unos demonios que te llenan la boca con sal gruesa, y pasas el resto de la eternidad así. Pero mi madre también cree que soy su padre, por lo que mejor no creer a mi madre. No me mato. Vivo. Es simple la lucidez. La lucidez es no tener amor. Nada de amor en Firenze. No quiero ser soberbio. Pero soy como ese Dios de las primeras escrituras que hace promesas en vano. Y no las cumple. Que dice a Abraham que mate a su hijo por diversión, que lo hace subir montañas por seis días con el pensamiento de matar a su hijo. Y luego dice «estoy bromeando, toma el cuchillo, Ángel, y tú, Abraham, tú que creíste, quédate ahí con tu angustia», y entonces Abraham lo mira, confundido, sin saber si quiere o no matar al niño, a su hijo, porque al final ya había caminado tanto, porque ya se había hecho a la idea. Mira a Dios pensando: ¿Y ahora qué? Y Dios responde: «Ahora regresa solo, con tu hijo que te mirará feo porque lo quisiste degollar, ahora regresa y limpia la mierda solo, limpia esta ciudad tú solo, Abraham». Estoy limpiando esta ciudad solo. Literalmente la baldeo con agua y la mierda se esparce, pero no se va. Estoy haciendo el trabajo de Dios. Diluir la mierda. No limpiarla. Dios nunca ha limpiado. Ese trabajo es nuestro.

Hay seis vasos en mi velador. De todos los colores. Seis monstruos que vienen a visitarme y ningún Dios que los espante. Suena la puerta. Me cubro el sexo con un paño y abro. Hay un hombre que

viene por las tardes y que me mata los gusanos que salen en la pared del baño. Son blancos y no se distinguen en la pintura, pero él sabe que están ahí y los mata a zapatazos, luego se lava las manos para tomar mi pelo mientras vomito. A veces no vomito y me besa. El hombre es viejo, es feo, pero me cuida de algo de lo que Dios no puede protegerme. A veces me toma el pelo, acaricia mi pelo y pienso que es la mano de Salai. O la de mi madre. Mi madre es mi única amiga. Pero es mi madre. Eso quiere decir que no tengo una amiga. Me limpio las axilas y siento terror a encontrar esos gusanos de nuevo. Tengo terror a ser feo. Ser feo es el único terror hoy. Porque nunca más podrás estar con alguien bello a menos que le pagues, o lo violes. Pierdo el pelo de la nuca. La forma de mi cráneo es obscena. No tengo tanto hueso en mi nuca. Ni en mi mandíbula. Salai tenía la piel de un hombre pero la estructura de huesos de un animal. La primera vez que me besó sentí el dolor de chocar con un hueso tan bien definido en su mejilla. Besar en la mejilla a Salai era como chocar con el canto de una mesa. Él era una mesa de huesos. Salgo del *palazzo* de Salai. Hay sol. Estoy en la casa de mi madre. Beso a mi madre. Y le limpio la mejilla con mi saliva para no pegarle los gusanos. Los días pasan sin que yo muera. No muero. Estoy dormido y despierto. Despierto y el hombre viejo tiene mi pene en su boca. Le digo de enjuagarse con vinagre después. Enjuágate con vinagre y sal. Me preocupo por él y él se preocupa por mí. No sé su nombre. No quiero saberlo. Lo conocí en una *osteria* en Ponte alla Vittoria a la que acuden firenzers. No nos decimos nunca los nombres. Si nos atrapan no hay mucho que confesar. Yo prefiero no saber nada. Por eso protejo a este hombre. Lo protejo incluso de mí mismo. Porque si me descuido los monstruos que toman agua de mi

velador lo buscarán y lo encontrarán y mañana estará en la plaza, recibiendo aplausos, quemado, o con la boca llena de cuerdas negras conectadas a un caballo, o con un corte en la sien invertido a seis metros de altura. «Necesito algo tuyo», le digo al hombre viejo. «Necesito que me encuentres otra pasión. Si no, me voy a morir, y sé cómo morir, esta ciudad me da todo lo necesario, en cada calle hay cosas con las que puedo matarme».

En la mañana mientras sostenía el cuchillo para cortar pescado pensé qué ocurriría si me cortase el pene. Si lo agarrara y lo pusiera sobre la mesa y con la palma de mi mano presionara el cuchillo hasta que toque la madera. Sin pene no soy nada. Porque tú no me amarías sin pene. Mi vida estaría destinada al aburrimiento y a una muerte prematura. «Te puedo enseñar a apostar en peleas de gallos», me responde mientras quema un nido de gusanos con su cigarro en mi pierna. El hombre se lava y se va. Yo quedo tendido viendo un cuadro del profesor, hay sólo un retrato de Salai que no fue destruido. Es Salai peinándose en una ventana de Santa Annunziata. Eyaculo de nuevo. Tengo la imaginación muerta, no logro excitarme con mis recuerdos, sólo me masturbo y eyaculo al ver pinturas, o teatro, la pintura ha aniquilado la imaginación de este siglo, todos estos colores nuevos hacen que las personas parezcan insignificantes.

UNA LIEBRE, UN PADRE Y TOBÍAS

República de Firenze, 1500

Pesadilla. Una liebre entra en mi boca mientras duermo. Yo me veo desde la esquina de mi habitación. Cuando trato de quitarla de mi garganta sólo saco las orejas. Orejas en mis manos, y liebre dentro mío. Liebre saltando hasta desangrarse por la falta de orejas. Sensación de pelo en mi boca y tierra en mi boca. Despierto.

«Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, razonaba como niño; cuando llegué a ser adulto, dejé atrás las cosas de niño. Ahora vemos de manera indirecta y velada, como en un espejo; pero entonces veremos cara a cara. Ahora conozco de manera imperfecta, pero entonces conoceré tal y como soy conocido».

Leo esto en la mañana. Intento calmarme a mí mismo. Es uno de esos días en que siento que no puedo perder nada. Hoy le diré a mi padre que soy sodomita. Que practico sodomía. No hay mayor explicación de por qué hoy. Afuera las ruedas de las carretas imitan el sonido de los pájaros, o quizás son pájaros reales, no lo sé. Estamos en nuestro *palazzo*. Mi padre dijo: «Ahora tenemos techo y agua, y tendremos leche y carne». La Oficina de la Noche le compró un *palazzo* a mi padre en San Niccolò para celebrar sus más de treinta y dos ejecuciones en Piazza della Signoria, y el fin de sus años como Oficial. Tenemos un patio interior y en él una fuente de

agua con la forma de un santo. El santo tiene la forma de un niño sentado con la boca abierta. Su mano derecha sostiene su pie, como si estuviera cortado, y tiene pequeñas alas, alas como de gaviota. El agua sale de su nariz y por sus ojos. Con mi madre bebemos agua. A mi padre no le gusta la fuente. «No bebo agua de los ojos de niños», nos dice. A mí me gusta la fuente, y a mi madre le gusta la fuente, en conclusión, la fuente no será destruida. Tenemos dos baños. Mi madre se encierra en uno y no sale mucho al patio. La cocina está vacía, los estantes vacíos con frascos llenos de azafrán. La sierva no tiene con qué cocinar. «En esta casa no hay leche, sólo estatuas de mierda», dice. Le digo a mi padre que si necesita iré por la carne, por la leche, que iré al Mercato Vecchio, que amo caminar, y que caminar me gusta el día de hoy, sólo hoy me gusta especialmente. Me dice que es pesada la compra, que mis brazos son como de niño. Le digo que no soy niño, que mis brazos sí pueden, que no se preocupe, que la cargo solo, que soy más fuerte de lo que me veo, y me dice que no me imagina cargando quince conejos de las orejas. Le digo que puedo. «Puedo», le digo tomando su mano, le digo que lo haré y que luego saldré de casa, y que no volveré hoy, quizás no volveré en unos días. «No te preguntaré dónde vas, porque me aterras», dice mi padre. Le respondo que rezo por él, le digo que siempre he rezado por él. «Tres *Ave* en Santa Croce, y dos *Pater Noster* en Santo Spirito», no se ríe, y se lo decía como una broma. Le digo que puedo rezar por él, y cargar animales, y sacar a mi madre del baño siempre que él no pueda sacarla. Mi padre corta un pan. Mi padre pone óleo en su pan. Llevo el mismo nombre de mi padre y mi abuelo y el hombre sobre él. «Soy un sodomita». Los conejos que sostengo en mis manos caen,

sólo que no tengo conejos en mis manos, pero esa es la sensación. Le digo que soy eso, con el más tranquilo de los tonos, como diciendo «hoy no había oro en polvo en el mercado, padre». Mi padre diluye el óleo en agua. No tiene sentido, pero lo hace. Sensación de orejas de conejo resbalando por mis dedos. Olor a algodón y sangre. No digo sodomita. Digo firenzer. La imagen que me viene es de una escultura del siglo tres antes de Cristo, de dos luchadores esculpidos en mármol, uno está en cuatro patas y el otro tomando su cadera, a punto de girarlo, quieren hacerse daño y no morir, como los sodomitas. Mi padre no dice nada. Mi padre agarra sus cejas como sacándose las cejas. Otro cuadro viene a mi cabeza. ¿Por qué pienso en otro cuadro justo ahora? Botticini, *Tres Arcángeles y Tobías*, Botticini lo pintó en los setenta, cuando Firenze se obsesionó con los ángeles alados desnudos con armaduras metálicas. En el cuadro el arcángel Raphael acompaña de la mano a un joven Tobías. Raphael viste capas de vestidos violetas. El arcángel Miguel tiene armadura negra, y tacones rojos, y espada roja, y capa roja, y el arcángel Gabriel sostiene una lila en sus manos. Tobías es joven. Tobías es un niño. Tobías tiene en sus manos un pez, como cargando una bolsa, pero la bolsa es un pez, y con ese pez y sus propiedades de pez Tobías pretende curar la ceguera de su padre. Tobías es el único no ángel de la escena. Botticini retrata a los cuatro personajes a punto de comenzar su viaje, armados con aquel pez, un pez y sus entrañas y su grasa para combatir la ceguera de un mundo. Yo ahora, frente a mi padre, me siento menos solo por este cuadro, pero sin un pez en las manos, sin arcángeles, sin Salai, y pienso en todo esto, y el óleo cortado por el agua. «La sodomía es un acto. No una persona. No eres un acto»,

me dice. No digo nada. Miro a la fuente. «Mi hijo no es un acto». «¿Qué pasará ahora?», le pregunto. «Irás a buscar a otros conejos y volverás cansado, y comeremos conejo».

Mi padre es un hombre que nunca tuvo un lugar donde poner su valentía y eso me da pena. Cuando era niño nos amábamos. Yo solía imitar que me sacaba el estómago, pero era sólo un hinojo manchado de sangre de vaca, que acercaba a mi plexo mientras fingía gritar, luego le decía a mi padre «mira mi estómago, mira, estoy dado vuelta», y él se reía, con miedo, pero se reía para mí, se reía viendo mis entrañas, solíamos reír. Un día mi padre me contó que cuando tenía mi edad tuvo una visión. Una mano roja salía de las nubes y nos apuntaba, desde los dedos salían líneas doradas que bajaban hacia nosotros, a nuestras nucas, y abajo, al lado nuestro, otros cientos de hombres con la nuca desnuda y las líneas doradas entrando en sus cabezas.

ASISSI I

Sermón a los pájaros

Assisi, 1505

Sucede que soy feo y antes no era feo. Ser feo me ayuda a rezar mejor. La gente fea imagina mejor, y reza mejor. Porque para experimentar el rezar debes tener vergüenza. Si la gente tuviera más vergüenza existirían menos profetas, menos fanáticos. Últimamente he penetrado a profetas y fanáticos. Los he tratado de convertir a la vergüenza, a la humillación, y funciona. Funciona eso de hablarles en voz baja luego de eyacular. Porque es el único momento en que los hombres realmente rezan, justo después del semen. Ahí es cuando le puedes pedir todo. Están abiertos al lenguaje, como la piel de la mollera de un recién nacido, calva, sin hueso, aprendiendo una nueva lengua. Después de eyacular los hombres son buenos por diez segundos, y están como muertos, y les pido cosas, les digo: «Deja de ser fanático, no busques la luz, no busques la luz», y me escuchan, y casi me entienden. «Estaré con tu Dios un tiempo», le digo a mi madre mientras limpia mis sábanas. Las alza hacia la luz viendo las manchas de mierda como si fuesen un lienzo. «Tuve una visión de Él, y de Él conmigo». Ella se sonríe. En Firenze el sol es bueno, entra por la madera e ilumina sus manos y mis manos, y luego nos quita la luz, y nos deja sin manos. Mi madre ríe. Se mira

las uñas. Seré viejo, mis veinte años están en su fin. Soy viejo, como ella. La semana pasada cayó la uña de mi meñique. No sé por qué. La otra uña del pulgar la tengo negra, caerá pronto. Mi pelo está más largo que de costumbre y más claro. Me quito el pelo de los ojos cuando rezo mirando la cruz hacia arriba. Cuando toco mi pelo quedo con pelo en las manos. Ya no tengo pelo en la nuca. Tengo unas costras blancas que caen desde mi cabeza sobre el confesionario de la Chiesa di Santa Caterina cuando me arrodillo. Es ceniza cayendo de mi cabeza. «Así pagamos, mi buen Señor, por nuestra imaginación», dice la inscripción en bronce en la banca sobre la que rezo. Los pensamientos de horror se queman en mi cerebro y luego caen en forma de cenizas, eso es lo que ocurre. Mi madre ordena. Mi madre me mira con misericordia, con esa mirada con que se mira a las personas que han perdido la belleza para siempre, con ese cuidado de mirar algo irreparablemente roto. Los hombres ya no entran en mí sin antes cubrirme la cara con un paño. No saben que cuando tengo la cara cubierta puedo rezar aún mejor. El último me cubrió la cara con un paño con el que degollaban cerdos. La tela estaba tiesa por la sangre, olía a pimienta. Qué denigrante, Dios. Dios, ¿qué piensas de mí cuando estoy con otro hombre?, ¿acaso fijas la mirada en mí, o prefieres fijarla en los olivos, las orugas y los pájaros? Tus olivos, tus orugas, tus pájaros. Todo tuyo, nada mío.

Leí que Dios sólo escucha por un oído. El izquierdo. Que el otro no funciona del todo. Y que todo lo que escucha por el oído izquierdo lo olvida. Mientras que lo que escucha con el derecho lo recuerda por siempre, y lo hace pagar. Dios, escúchame con el oído izquierdo, por favor. Salgo de mi casa. Voy a Ognissanti por última vez, voy a

Ognissanti y me despido de Los Humillados, salgo de Ognissanti. Le pido a mi padre los caballos. Comienzo un viaje a caballo de tres días a Assisi. Me iré con los franciscanos, les digo. Les cuento que estaré con Dios una temporada, pero realmente quiere decir que estaré entre hombres que no se masturban porque Dios los escucha con el oído izquierdo a través de las paredes de adobe. Mi padre y mi madre aprietan los dientes. Tienen miedo de que empeore mi salud desde la última vez que dejé de hablar. Tienen miedo de su hijo muerto para siempre. Les digo que estaré bien. De cierta manera ya lo estoy. Le digo adiós a mi madre. La beso en la mejilla y me doy cuenta de que no temo su muerte. Que temo la mía. Que soy vanidoso.

Viajo por tres días a caballo. Assisi, Assisi, Assisi. Viajo por el campo. Canto una canción que no tiene rima con el nombre de la ciudad. Llego con las caderas abiertas, orinando amarillo pato. El amanecer es verde agua, y hay unos cuervos que picotean las riendas de mis caballos. Es tan hermoso, ojalá pudieras verlo, Salai. Entro al convento de los franciscanos antes del amanecer. La luz es tan delicada que no deseo encerrarme a ser un monje. Me reciben con agua. Sólo agua. No he comido en los dos días de viaje. Me gusta mi cuerpo delgado, casi irreal. Me toman de las caderas y me giran. Me dejo girar. Me bañan con ropa, me desnudan luego, me cortan los pelos que quedan en mi mollera, me cortan las uñas. Me miran desnudo, me hacen una cruz con ceniza en la frente y me ponen una túnica azul. Son claros al decirme que no me recibirán oficialmente, no aún, que necesitan conocerme por dos meses, vivir conmigo y ver cómo reacciono al silencio. «La lucidez es Héroe», me dicen y me cierran la puerta.

Duermo. Amanece. No estoy lúcido, por eso salto tanto de tiempo en tiempo. Una semana pasa muy rápido, y a veces una tarde es como un mes. No sé describir el tiempo con claridad, Dios, Dios, me pregunto si quizás no estoy acá mi Dios por ti, sino por los frescos del Giotto. Hay uno que se llama *San Francisco dando un Sermón a los Pájaros*. Y es lo mejor que he visto en mi vida. En el fresco vemos al santo en un atardecer amarillo, y hay un árbol, y pájaros, y él les da migas. Muy simple todo. Los pájaros son tan diferentes el uno del otro. Me conmueve, no puedo parar de mirarlo, y luego la imagen no me abandona durante el día. Quizás es porque de cierta manera me presentan una vida tan nueva, tan simple, sin dolor, de pocos colores, sólo pájaros y pan. El color amarillo de los frescos me hace llorar. Lloro sobre mi túnica azul. Me sueno la nariz con ella y luego la limpio para que no crean que es semen. Voy a mirar el fresco de los pájaros cada noche. No se los digo a los hermanos franciscanos. No hablamos mucho, no me he ganado el respeto. Cada noche al volver a mi cama pienso en San Francisco y el lobo de Gubbio, pienso en el lobo que habla lenguas humanas y que en la noche come humanos, pienso en el lobo bajo mi cama y me asusto a mí mismo, como un niño. Richard de Fournival en su libro *El bestiario del amor* describe al lobo como una criatura que comienza a hablar cuando los humanos tienen demasiado que decir y no lo hacen. Estoy de acuerdo. Yo no sé hablar bien desde que murió Salai. No lo hago, no lo haré. Pero temo que mi lenguaje transmute en la lengua de una bestia, y que el lobo cuente todos mis secretos con los hombres. Hace dos meses que ningún hombre entra en mí. Siento que mis interiores se regeneran. Sin embargo, estoy

perdiendo mis dientes. Dos del lado izquierdo arriba. Creo que es por la falta de leche y aceite, y exceso de agua.

Mi orina está negra hoy. No quiero morir acá, Dios, por favor. Quizás mis dientes muertos sean sólo Dios quitando el residuo de los hombres dentro mío, como semen que se solidifica y se vuelve hueso. Amanece. Atardece. Rezamos y leemos una y otra vez la frase «Por medio de gente de labios extranjeros y lenguas extrañas hablaré a este pueblo, pero ni aun así me escucharán». Voy a los establos a buscar maíz apilado para llevarlo a los caballos. Entre los caballos encuentro a uno de mis hermanos franciscanos con su sexo afuera, cantando. No sé si está sufriendo, no lo entiendo. Hay semen y sangre y grasa sobre el maíz. El pene atraviesa su túnica como algo que no fuera de su cuerpo, sino parte del establo, de los metales y de la madera, una herramienta más para sobrevivir al invierno. Yo lo miro y me mira, y poco a poco deja de llorar. «Deja de llorar», le digo, y le seco las lágrimas con su propia túnica. ¿En qué minuto me acerqué tanto a él? Le seco las lágrimas y con mi pulgar tomo la gota de la punta de su sexo, no de una manera erótica, sino como si fuera aceite o cera a punto de dejar de ser líquida. Con mi pulgar la sello entre sus cejas, como cerrando una carta oficial de la monarquía. Él se ríe, él deja de llorar, no sé en qué orden. Me doy cuenta de que es muy joven porque cuando llora hace un puchero. Me dice algo de los caballos, su acento es extraño, yo le acaricio el pelo. Tiene pelo aún, tiene muchos dientes. Espero con él hasta que su erección cede, espero junto a él el retroceso de la sangre. Cuando ya todo ha retrocedido abrimos la puerta del establo y una luz roja violentísima irrumpe e ilumina y colora todo el maíz como la sangre, y es hermoso y nos miramos porque este

momento deja de ser de los hombres y comienza a pertenecer a Dios. Anochece. Anochece.

Duermo por dos días enteros. Firenze está lejos. Nadie me extraña en Firenze. Todos esos amigos en Firenze y nadie me envía una carta desde Firenze. La gente miente diciendo que se preocupan, no se preocupan de tu vida. Mejor muerto que en Firenze. Ahora tengo sólo rabia con Firenze. Cínicos, hienas mal vestidas con un acento de mierda, les cortaría los tendones para que se arrastren pidiendo perdón por lo que nos hicieron, por lo que me hicieron. Asediaría la ciudad, los quemaría hasta las rodillas, no los dejaría morir, se los daría de comida a los caballos. Florentinos estúpidos, incapaces de conmoverse, superficiales, sin derecho a nacer en medio de la belleza. No se merecen nada, no se merecen haber nacido en el siglo de Salai y Giotto, Botticceli. Merecen el exilio, la pestilencia, el color verde, rezar mientras la piel se les cae a costras y las costras se las comen los cerdos. Me confieso, Dios, por el pecado de la ira.

Mis hermanos franciscanos cocinan con hinojo. No les digo nada. Sólo les menciono que no comeré. Acá hinojo no significa lo mismo que en Firenze. El hinojo tiene una cualidad específica. Su sabor adormece la lengua. Entre anís y menta. Yo creo en esa nulidad. En el sentir menos. Era mi trabajo de cubrir el olor. Mi carne es débil y voy a la bodega en la noche y como hinojos con tierra. El verano hace que mi carne sea débil. A veces camino por Assisi pidiendo un vaso de agua, pero realmente busco a un hombre que me ilumine. Encuentro a un hombre que no es justo. Que habla mal de los pueblos vecinos. Que dice «A mayor gloria de Dios» cuando alaba la masacre de un pueblo. Un hombre que aplaude la luz. Me pregunta si soy franciscano, le digo que no, que sólo estoy quedando calvo.

También le digo que nunca podría estar con un hombre como él, le digo que creo que no es un hombre bueno y me dice que nadie nunca le había dicho que no es un hombre bueno, que soy el primer hombre en decírselo. El hombre es hermoso, pero profundamente vacío. Le digo que esta es una despedida. Se acerca a mí y ve que tengo una erección. «¿Por qué si soy un hombre malo me deseas?». «Es la naturaleza, debemos rebelarnos contra ella», le digo, «debemos rebelarnos contra la naturaleza». «¿Puedo?», me pregunta casi tocando mi sexo. Él puede. Pero muevo mi cabeza de lado a lado y espero que lo haga. Lo hace. Acabo de romper mis votos de castidad y pobreza, porque mientras esto ocurre bebemos vino y tengo en el bolsillo un collar de plata que le acabo de robar. No digo nada. Y me toca. Y al momento estamos en horizontal y le pregunto, le pido que por favor me diga que no es una mala persona. «Dime que no eres una mala persona». «No soy una mala persona». Le digo: «Entonces estaré contigo, y tú estarás conmigo». Está conmigo. Trata de matarme en el acto, me ahorca, no sé si quiere matarme o es su forma de poseer a alguien por unos minutos, le quito la mano. Acaba sobre mi cuello. Le ofrezco un vaso de agua. Ojalá los hermanos no hayan sospechado nada. Regreso y el amanecer es común. Nada especial. Amanece. Sentido de culpa infinito. Mi carne es débil. Merezco perder partes de mi cuerpo. Pero mis dientes siguen ahí y no caen, y mis uñas siguen ahí y no caen. Dios, defiéndeme de la enfermedad que toca las puertas de las casas. Marcaré mi puerta con sangre de cordero, así alejaré a los hombres que me buscan y que me encuentran, y alejaré a la saeta de día y encomendaré mi corazón de nuevo a nuestro Señor, a todos los ángeles y santos, hombres y mujeres del paraíso, niños del

paraíso, ángeles no alados que vuelan hacia el amarillo, a los pájaros, al lobo y a los pájaros nuevamente.

ASSISI II

Nada

Assisi, 1506

He estado lejos de Firenze por un año, año en el que esperaba morir, pero sin resultado aparente. Por respeto a mí no quise regresar a Firenze. Si llegase a morir en Firenze por favor lancen mi cuerpo envuelto en hojas de palma justo a las afueras, sobre un árbol o algo con altura para evitar ser arrastrado de vuelta en la mandíbula de alguna bestia.

Luego de un año en Assisi he llegado a la conclusión de que todas las sagradas escrituras se resumen en una frase. No hay nada más ofensivo, vulgar y despiadado que ser rico. Es simple y nadie parece recordarlo con facilidad. La gente siempre ha sentido asco hacia la miseria, se esconde de la escasez como de la peste. La gente reza en voz baja para no padecerlas. No hay nada peor que ser pobre. No hay nada más difícil que ayudar a un pobre. No hay nada más pobre que el evitar la mirada con uno. No hay nada más bajo en uno que el cinismo hacia la falta de pan. No hay nada más grande que la vergüenza que da la pobreza. No hay nada más vergonzoso que ser rico. No hay nada que le falte más al rico que la vergüenza. El rico nunca entrará ahí arriba. Ni por el ojo de una aguja. No hay que poseer nada. Nada. Nada es nuestro. Por eso Dios nos dio las

palabras, que son nuestra manera de poseer las cosas, pero las palabras acaban, y las cosas se alejan. Por eso los buenos oradores y los visionarios no necesitan de cosas, saben que tienen este préstamo terrenal, las palabras para nombrarlas, y el sentirse acompañados por un momento fútil. Genial lenguaje universal que Dios creó para ti y para todos, para siempre. Pensaba en eso esta mañana. Llevo seis meses en Assisi. Assisi está acabando con mi cuerpo, pero fortaleciendo mi corazón. Volví a tomar agua. De a sorbos. Como los pájaros de San Francisco. Volví a comer pan. Mi corazón se regeneró. De a migajas de amor de estos buenos ciudadanos que me miran, que me quieren más de lo que yo los quiero. Cuando se despiden de mí me dicen gracias, gracias, gracias, tres veces. Y yo no sé qué responder a un solo gracias.

Regreso a mi cama. En mi habitación no hay nada, sólo un poco de pena y un vaso de agua. Si busco en mi corazón el motivo de la tristeza es porque hay cosas que nunca sabré. Recuerdo tu cara a la luz de la vela justo antes de dormir, muchas veces, y un día cuando soplé la luz de la vela luego de mirarla mucho tiempo apreté mis ojos y dentro de mis ojos vi tu cara hecha de una luz azul fuertísima, como la última vez que te vi, consumido en fuego azul. Mierda. Cuando alguien ha decidido nombrar este lugar Firenze sin hacer caso de lo mucho que esa palabra suena a fuego, nos maldijo. Tantas cosas sin culpable, sin nadie, ni nada. Y sin embargo te culpo a ti, Salai, a ti solo, a ti sin más razón que sentir de corazón que eres culpable, para mí lo serás siempre, y si me preguntas de qué yo sólo te miraré y miraré a mi alrededor levantando las cejas como forma de decirte sí, sí, sí tres veces, eres culpable de cada evento celeste.

ASSISI III

Tonsura

Assisi, 1507

Es un círculo. Tiene cinco dedos de diámetro desde mi oreja hasta el centro. Seis dedos desde mi frente al centro. Se llama tonsura. Estoy orgulloso de ella. La gente no sabe qué es una tonsura. Pero cuando la apunto se ríen, me dicen que no sabían que eso tenía nombre, yo me río con ellos, últimamente me río con los ciudadanos aunque sean unos imbéciles, eso es hacer ciudadanía, mostrar los dientes en los espacios comunes. Mi tonsura mide el diámetro de mi mano. Aprendí a hacerme la tonsura solo. Siempre en la noche, siempre. Justo en el punto en que el cuerpo está como a punto de caer de cansancio, pero repentinamente llega un escándalo sensual y oscuro de energía que despeja mi cerebro, y no puedo sino ir a un espejo y comenzar a definir un círculo en mi cabeza, un círculo que no abre espacio a la muerte, sino a las ideas de Dios. Al terminar el círculo de mi cabeza escribo mis rezos. He escrito muchas oraciones así. Cada oración tiene por título una frase del evangelio. La última se llama *De noche iremos de noche, para encontrar la fuente, sólo la sed nos alumbra, sólo la sed nos alumbra*. Una frase que puede hablar de deseo irrefrenable a los hombres o al vino o a Dios, en la misma medida. También pensaba, inevitablemente, en la fuente que

mi madre usa para lavar su cabello en nuestro patio, y en los animales que se acercan a beber de ella, y los que transitan por la noche alrededor, como mi padre. La sed es lo único universal, lo que compartimos, todos, los condenados y los jueces, los milagrosos y los enfermos buscamos, solos, una fuente en una noche constante, no eterna, pero constante, constante por decenios, decenios de cielos cubiertos de humo, humo con olor a carne y mirra, y siempre, después de todo, el amor, el horror, el fin del amor, siempre, la sed. Lo único constante en la vida es la sed.

Mi tonsura está lista. El sol le pega en la mañana y se siente como el aliento de Dios. Los niños de Assisi me dicen que tengo un nido en la cabeza. Yo junto mis ojos en el medio de mi nariz imitando a un ciego y ellos se ríen. Uno de mis hermanos franciscanos me dice que no está bien reírse de los ciegos. Qué falta de sentido del humor y del gusto. Sigo, escondido, imitando a los ciegos. Sé que a Dios no le molesta, y mi público parece apreciarlo.

Aprendí a hacer sillas. Es un oficio real. No como eso de escribir o recitar en el teatro. Yo hago sillas. Algo útil, lento y constante. Una práctica que requiere coraje y evolución y cuyo resultado, en una manera proporcional, debe ser útil y hermoso. Útil y hermoso. No como Salai, hermoso e inútil. Pero volviendo a las sillas. Es el oficio más noble. Desde nuestro Señor que fue carpintero. Benditos los que trabajan la madera del bosque para protegerse de los bosques y sus fieras. Antes mis sillas eran endebles, no sabía hacer las cuatro patas iguales y siempre cojeaba una, y mis hermanos, que aman el silencio, se incomodaban con el golpe constante. Cuando por primera vez hice una silla útil me besaron en la tonsura. Aprendí a hacer sillas solo antes de hacerme la tonsura solo. Va en ese orden

de dificultad. Si debo confesar las cosas difíciles de mi vida en un orden específico he llegado a esta conclusión a mis treinta y cinco años, de lo más fácil a lo más complejo:

escribir
hacer mantequilla
hacer teatro
decir que no
masturbarse en la casa donde naciste
hacer música
hacer queso
rezar
hacer sillas
hacer una tonsura

Últimamente, desde que hago mi tonsura veo que el mundo está sólo dividido por círculos. Y no me refiero sólo a los círculos religiosos, monárquicos o de nobles. Sino a las figuras en la vida. El sol marca mi habitación con círculos de luz en la mañana. A los sodomitas se les prende fuego en seis piras perfectamente circulares cada tarde. Cada tarde cuando bebo en la *osteria* el vaso deja sobre la mesa círculos violetas, en los que veo, borracho, a pequeños hombres en llamas, mi mente está diseñada para ver círculos. El horror es circular. Todo lo que está dentro de un círculo está condenado a la muerte. Como la escritura. La escritura cuando es circular y busca el cierre no llega a Dios. No es divina. Lo divino es la línea. Por eso se representa a los santos en sus revelaciones con literalmente cuerdas negras saliendo de sus bocas hacia el cielo,

nunca círculos. La masturbación es circular. El peor animal es el caracol. No estoy diciendo matemos a los caracoles, pero promueven la circularidad. El único círculo que ilumina es aquel que se hace en la cabeza. No sé qué de misterioso hay en ello, es un secreto. Atávico sin explicación. Como el secreto de que cuando no puedes dormir debes pensar en tus pies. Antes de dormir siempre pienso en mis pies. Imagino toda la sangre de mi cuerpo corriendo hacia a los pies. Y ahí me duermo. Funciona siempre. Lo doy de consejo. Toda la sangre cuerpo abajo.

El otro día el sol me siguió por todo Assisi. Comenzó afuera de la iglesia mientras daba de comer a los pájaros, una marca de luz circular se posó en mi espalda, justo sobre mi hombro. Cuando me moví se movió conmigo. Los niños al lado se reían y le lanzaban piedritas. Ahí me di cuenta de que esto no era un golpe de luz común. Yo caminaba, y esta marca de luz me seguía, me seguía como un lunar de Dios, como un trozo de calor inagotable. Más allá de pensar en un milagro o una bendición, me aterré, grité a los niños y corrí a la *osteria* mientras este círculo me seguía por cada pasadizo, cada huerta, cada árbol de Assisi. Bajo un árbol me desvestí y desnudo vi en mi hombro una marca dorada perfectamente circular quemando poco a poco mi piel. En ese momento me rendí ante la mirada fulminante de un Dios que quiere ser visto. Me cubrí el cuerpo. Y bajé caminando bajo la mirada de Dios por las calles, hacia la *osteria*. Lo único que podía hacer era emborracharme hasta olvidar que Dios me estaba mirando. Luego de beber siete cálices de vino en la *osteria*, donde ya me conocen, donde bebo demasiado y cuando se hace muy de mañana me cargan en hombros a los establos de los franciscanos, en esa misma

osteria donde siempre termino rezando o riéndome, me desvestí, nuevamente, frente a los ciudadanos, me desvestí y sin ánimo de lujuria, mostré aquella marca de luz, que si bien ya no estaba ahí, como si Dios no entrase a las *osterias*, aquel círculo de contornos negros me marcaba justo en el espacio donde el sol había estado. Marca circular perfecta. Una *O* pronunciada por Dios, en una canción larga y sin un coro. Dios quizás marca a cada uno de sus hijos que alabaron los círculos de luz algún día. Porque yo vi, Señor, y tú lo sabes, Señor, que yo vi a sesenta y dos hombres ardiendo, vi a sesenta y dos, y ahí recién decidí parar. ¿Son muchos días, no? Todo lo hice en dos años, pero imagina quemar por sesenta y dos días seguidos a alguien, Señor, no quemar siquiera, sino ser iluminado por el cuerpo de alguien quemándose, por esa luz, mi piel guardando toda esa luz, mis pulmones ese aire. Aspirarlo y botarlo y volver a casa y comer y hacer entrar en tu cuerpo comida, quemarte la lengua, no hablar más. Más.

Un hermano entra cuando acabo de terminar, de forma perfecta y matemática, el círculo en mi mollera. Me dice que limpie los pelos en el baño. Yo me disculpo. No hablo por el voto de silencio. Voy y recojo mis cabellos sin decir una vocal. Él me mira. Lo veo desde el espejo, lo veo envidiando la simetría, inútil, perfecta, servicial, sensual y luminosa de mi tonsura.

ASSISI IV

Vida nueva

Assisi, 1508

Mi madre murió. Mi puerta está abierta. Eso no debe ocurrir, no está bien, no es justo eso de tener la puerta abierta cuando la dejaste cerrada. La puerta de mi habitación, donde rezo desnudo, donde me hago la tonsura. Algo horrible ocurrió. «Algo ocurrió», me dice un hermano, lo de horrible lo leo en su cara. «Léelo», me dice. Me da un papel en las manos. El papel se cae de mis manos porque están abiertas y me cuesta cerrarlas. El papel está en el suelo. Veo desde arriba que es la letra de mi padre. No puedo cerrar mis manos, no sé por qué. Leo la frase «desde la fuente hacia la calle el agua estaba corriendo». Pienso en la fuente y pienso en los pájaros de la cueva de Carrara. Pienso en mi madre y pienso en sus uñas creciendo ahora, mientras está muerta. Mi madre murió y no me lo deben contar, ni leer, la muerte de mi madre es lo único que no quiero leer. Mi hermano cierra la carta en mis manos. Ahora no puedo abrirlas. Me abraza y sonrío, no puedo cambiar la forma de mi boca. Le digo que me lea. Que no sé leer. Me acuesto en el suelo sonriendo, como esperando un último cuento nocturno, el cuento de mi madre y de cómo esa mujer nació en las colinas de Siena y crecieron sus huesos, y fue feliz, y fue triste, y bebió agua un día, y enloqueció un

día, y amó cosas, y esas cosas que amó siguen existiendo aún, en la misma forma, sin cambiar. Me acuesto y cierro los ojos con las manos cerradas, sonriendo, escucho un último cuento para dormir de mi madre, la voz de mi hermano se vuelve raspada y es ahora la voz de mi padre, y luego la voz se quiebra, y es dulce y extraña, y es la voz de ella, mi madre que me cuenta su muerte por ella misma, como debe ser, nadie debe contar la muerte de otro, mi madre me cuenta su muerte y así me duermo y ella se duerme al lado mío por última vez, y por primera vez nos despertamos y me abre las manos y me quita la sonrisa de la boca con sus manos, y me dice:

—¿Entonces?

—Nada, entonces nada, mamá.

—¿Nada qué?

—Nada, cosas, no sé qué hacer rodeado de todas estas cosas y sin ti.

—Ahora queda tu vida, tu vida para ser vivida.

MATAR A UN ANIMAL PEQUEÑO

República de Firenze, 1508

«No pude arreglar mi tonsura. No pude lavarme los pies. Pido perdón. Buenos días. Ahora tengo que decir palabras frente a ustedes. Mientras mi nariz corre. Mi madre se llama Novella. Novella me enseñó a hablar dos veces. Cuando nací y cuando dejé de hablar hace un año. La segunda vez se dio cuenta de que había palabras que no hubiera querido enseñarme nunca, como *caos*, como *muerte*. Entonces perdí el miedo al caos y a la muerte. Y ahora al nombrarlas son sólo sonidos. Como decir *madera*, *río*, *costilla*. Caos y muerte. También me enseñó las primeras palabras: *piedad*, *ciudad*, *mago*, *hombre*, *amor*, *perdón*, perdón. Novella camina. Mi madre camina y nadie piensa que es un gran gesto. Pero ella lo hace, y yo la amo cuando lo hace, y cuando no, yo la amo siempre. Con mi padre la tomamos de las piernas y los brazos y la hacemos entrar en nuestro patio. Camina entre los naranjos que no plantamos nosotros, que han crecido por trescientos años ahí. En nuestro patio hay una fuente que amamos. Ella se sienta ahí cuando me despierto. Mi madre está despierta casi siempre. El sol le da en la nuca en la mañana y sé que el día no estará perfecto, pero será mejor. Mamá, tus gatos están muertos. O se perdieron, no sé. La última cosa que te dijo mi padre fue que se fueron al bosque a convertirse en tigres. Mi padre a veces dice cosas hermosas. A ti te dice cosas hermosas,

las únicas cosas hermosas que dijo alguna vez te las dijo a ti. Mamá, estuve con una mujer. No practiqué crueldad con ella, ni ella fue cruel conmigo. Fue sólo piedad y curiosidad. Nos sonreímos en la mañana. En la mañana me dijo: «Nunca seas como Él», apuntando a la cruz sobre la mesita de mi velador. Yo le dije que eso era blasfemia, pero se rio de una manera que no podía ser blasfemia, sino sólo rabiosa ternura.

Mamá, ¿cuándo fue la última vez que cambiamos el agua de la fuente? Hoy hay pequeños peces. Me comen los dedos cuando meto los pies dentro. Madre, tu hijo busca la gloria. El milagro. En otras palabras, tu hijo busca a un hombre. A un hombre justo. Encontrar a un hombre justo en esta ciudad es un milagro que me llevará a la gloria.

Un día para hacerme dormir me contaste que viste caer granizos de fuego en Napoli. Que eras una niña. Que los granizos quemaron la cosecha de tus padres. Que no comieron en meses. Que esa mañana despertaste con la imagen de todos tus olivos perforados, tus animales perforados por granizos negros, caballos, perros, muros, y esa es la imagen que asociaste a Dios para siempre. Tú eras una niña y cuando ya fuiste mi madre me contaste esta historia cada noche para ayudarme a dormir, y me hacía dormir, y no tenía pesadillas.

Mamá, un día todo se volvió malo. Un día comenzó lo malo en mi vida y no pudo salir, porque yo era lo malo. Todo se volvió confuso y oscuro, y no hubo más milagro. Tú me viste volverme malo y no sufrir ante el mal, y eso te enfermó. Te hizo crecer la sombra en la cara. Porque el niño al que le contabas de los granizos de fuego ya no estaba, estaba en él un hombre con otro olor, un hombre que

quemaba a otros hombres y que no volvía a dormir en meses. Y el mundo se volvió perverso. Y el mundo entró en ti, los hombres entraron en ti y con ellos sus monstruos, y no estuve contigo para sacarte a caminar al patio y lavarte la cara en la fuente que te ayudaba a despertar de las pesadillas, no estuve para enseñarte palabras que no fueran de horror, porque de mi boca sólo salían cosas feas. La casa se volvió fea, te volviste fea, te moriste por primera vez ahí, fea muerte aquella, cuando Dios te dejó sola mientras encendía el fuego.

Moriste sola. Mi padre me contó que tu lengua estaba hacia afuera y que la mordías con tus dientes. Que al abrir tu boca tu lengua cayó. Y que dentro de tu boca había anillos y abejas muertas. Nadie se explica eso. Yo no me lo explico. Lamiste la mano de un ángel pensando que era la de Dios, ¿mamá?

Tu muerte me hizo volver a Firenze. Tu muerte era lo único que me podía traer de vuelta. Estaba en Assisi, estaba bien en Assisi, eran tiempos de conejos, mamá. Esta ciudad me daba miedo contigo, y sin ti, me aterra.

Cuando decías que veías pelo dentro de tu taza de té, mamá, te quiero decir que es verdad, mamá, que había un monstruo que se paseaba por nuestra casa. Gracias por salvarme de tener el estómago lleno de sus cabellos. Por eso hoy te quiero contar la verdad, mamá. El monstruo era uno de tus gatos. Uno de tus gatos que se fue al bosque y se convirtió en un gato enorme del tamaño de un tigre, comiendo jabalíes y panales de abejas. Él te venía a visitar siempre mientras dormías, y tú no despertabas, te visitaba porque te amaba. Es como ese cordero de Dios que un pintor flamenco pintó un día en Gante, y que tiene un agujero en el pecho

por el cual no para de salir un chorro de sangre, así mismo tu gato no paraba de botar pelo en tu cama, en nuestra cocina, en tus vasos, y en la fuente, haciendo un camino hacia el bosque para que tú lo encontraras de vuelta, mamá. Cuando me cuesta respirar al pensar que moriste con mucho miedo, imagino que ese gato perdido volvió esa tarde a nuestra casa mientras tomabas el sol y se sentó en tu pecho sin saber que ya no era un gato pequeño, se sentó pesado y naranjo en tu pecho hasta que dejaste de respirar.

Esos meses en Livorno cuando olvidé cómo hablar me ponías papel con menta en mi pecho. Eran páginas arrancadas de libros que untabas en miel sobre la que ponías hojas de menta. Y en la mañana yo podía respirar y con ese aire aprender nuevas palabras que me enseñabas. Me enseñaste la r, la d, letras que antes yo unía, no sabía decir *ratón*, o *risa*, o *rabia*, palabras tan importantes, mamá, porque tengo rabia con Dios, ahora tengo rabia, y esa mujer tiene razón, no quiero ser como Él, nunca seré como Él, porque después de un año rezando en los establos de Assisi llegué a la conclusión de que Él no está en mí, que estoy solo, que estamos solos, que Dios aprendió a hablar estando solo y que con esas palabras creó la luz, y se aterró de ella y nos dejó solos con ella. Dios nos dejó solos con la Luz, mamá.

Un día llegaré a Él y le traeré una silla, una de las sillas que hice y que tiene una pata coja. Le diré a Dios que se suba a esa silla. Él lo hará porque sabrá, tal como un niño que acaba de matar a un animal pequeño, que ha hecho algo malo. Le diré: «¿Y, y, y?». Entonces Él nos pedirá disculpas a ti y a mí, y a ti de nuevo, y luego a todo este siglo, y a ti de nuevo, y de nuevo, y de nuevo, hasta quedarse sin voz.

ELEGÍA A MI PADRE

República de Firenze, 1508

«Sí. Tu madre está muerta. Necesito que compres lo siguiente. Veinte libras de azul alemán, a un ducado por libra serían ochenta liras. También necesito sesenta libras de blanco, que está a quince liras por libra. Y seis libras de ocre, a un *soldo* la libra. Y negro, a dos la libra. Y cera para hacer las estrellas, veintinueve libras. Gracias. También una cama, una vajilla, un jardinero, combustible, leña o carbón, una cerradura. Y dos docenas de cordones y un par de zapatos, terciopelo. Una espada, un cuchillo, tres pares de sábanas, dos fuentes grandes, dieciséis paños, ocho camisas, dos toallas de manos, una bandeja, cuatro candelabros grandes y uno pequeño. Y calzas, y paja, y trigo, vino, pan, carne, huevos, barbero, caballos. ¿Volverás al *palazzo* luego?».

ÚLTIMAS DECLARACIONES DE

FIRENZERS EN LA PIRA

República de Firenze

La presente reúne las palabras, órdenes, epitafios, dedicatorias, canciones y confesiones de veintisiete hombres quemados entre 1432 y 1502 en la República de Firenze. Este archivo corresponde a las últimas quemas públicas realizadas por la Oficina de la Noche. El uso de iniciales ocurre cuando el acusado no era poseedor de un nombre de familia, o la familia no quiso que su apellido fuera parte de este registro. El registro realizado por un escriba de la Oficina de la Noche es la traducción literal de las palabras declaradas sesenta segundos antes de iniciar la quema o la condena. La mayoría de los condenados no sabía ni leer ni escribir, lo que convierte, inevitablemente, a los verdugos de la Oficina de la Noche en escritores.

J.D. Se eleva sobre la estaca en punta de pies. Declara: «No me ha pasado nada más que esto». Lo demás es ininteligible.

S.O. Se quiebran sus meniscos. Se extirpan. Se exponen a sus ojos. Declara el nombre de su familia. Ininteligible. I.G. Declara: «Hay un

dios dividido en unos veinte hombres. Esos hombres están repartidos en el mundo. En esta ciudad no hay ninguno».

G.A. No declara nada.

O.P.P. Parece decir algo pero muy bajo debido al ruido constante de flautas y cítaras en el público. Irreconocible sonido imposible de explicar.

P.V. Declara: «A san Damiano encargo mi vida».

O.O. Declara: «Terror señor Ayúdame a no dolor acá a veces si hay costillas primero no dolor mi boca siempre tuya no».

S.A.A. Declara: «Si no ofendimos a los niños de nuestro Señor por qué nuestro señor nos lanza a las llamas, ¿señor?».

I.S. Vomita. Abre la boca pero no declara. Escupe a un monaguillo. La ejecución se realiza por corte vertical en el cuello. Muere sin sonido.

COMPAGNACCI

República de Firenze, 1512

El 31 de agosto de 1512 unos treinta firenzers aristócratas, llamados popularmente compagnacci*, asaltan el palacio de gobierno de Firenze para exigir la liberación de todos los condenados por sodomía. Los asaltantes consiguen su fin tras la dimisión de un funcionario y el retorno de los Médici al poder dos semanas más tarde. En 1514, las autoridades disminuyen las multas por sodomía para los condenados que tengan entre 18 y 25 años, y cuatro años después, en 1516, con el regreso de los Médici al poder, se abolió la Oficina de la Noche*.

Los firenzers caminan hacia Piazza della Signoria. Es 13 de agosto. Es 1512. Son treinta jóvenes. Están armados con ballestas, algunos con cuchillos, otros con trabucos. Están liderados por Doffo Spini. Tienen medias azules. Algunos son hermosos. Todos son aristócratas. Visten oro en sus muñecas y cuellos. La mayoría lleva cruces. Algunos se miran en los espejos de Valdarno mientras caminan. Llevan sobre dos caballos un telar. Llegan a la plaza. Abren el telar. El telar fue tejido entre todos. Mezclando especias y lanas. El telar es verde. El telar es verde porque en él hay un prado. En el lado izquierdo del telar hay unos peregrinos. En el derecho unos

ermitaños. Arriba Dios sobre una silla con hilos dorados que lo conectan con todos. Al centro un cordero. El cordero tiene un agujero en el pecho. Del agujero sale un chorro de sangre. La sangre cae en una copa amarilla. El cordero no muestra dolor. Arriba de todo se lee *SPES ALTERASPES ALTERA VITAEVITAE*. Los firenzers repiten esta frase. Frente a los guardias. Los firenzers son los primeros en hacer esto. Inocencia y crueldad en una rebelión de ricos contra ricos. Los Oficiales los rodean. Uno de ellos me mira. Es hermoso, pero desde que estuve en Asissi prometí no dejarme penetrar por hombres ricos. Yo estoy en el balcón limpiando los portales, es mi nuevo trabajo desde que la Oficina de la Noche no existe. El hombre noble me dice: «Nunca creas que esta historia no es para ti. Es para ti y para todos, para siempre». Yo le sonrío tapándome la boca, para que no vea la falta de dientes a la luz del día. Los firenzers son encarcelados por algunos meses. Por algunos meses muchos de ellos enloquecieron. Otros fueron lanzados al Arno vivos, otros fueron lanzados muertos, algunos, quizás, llegarán con la corriente hasta Livorno, otros quizás a la otra década.

TERCERA PARTE

1520-1526

OSTERIA

República de Firenze, 1520, verano

«Ese hombre es un vendedor de perfumes». Es mi manera de decir «ese hombre es un farsante». Esta ciudad está llena de vendedores de perfumes. Y los puedo oler. Deben decir cinco palabras, en la primera frase ya los tengo. Ya lo sé. La mayoría de los toscanos son vendedores de perfumes. Hombres que prometen cosas. Que adornan con palabras agua con sal y la hacen pasar por fragancias exóticas de la India. Te prometen oro líquido y te venden agua con sal. Esta ciudad está llena de hombres con abrigos llenos de frascos. Puedo sentir el sonido del vidrio mientras se mueven. El hombre al frente mío puede ser uno. Es hermoso. La mayoría de los hombres hermosos son vendedores de perfumes. Se acerca uno a mí. Lo conozco. Es un flamenco que viene los días del Señor a beber. Le hago un gesto con mi pie izquierdo. Me hace un gesto con su pie izquierdo. Voy a la calle. Me sigue a la calle.

—Creo que me quieres besar.

Le digo eso mientras orino. La orina salpica desde la punta de mis zapatos a mis rodillas. Creo que es una frase perfecta. Porque no tiene margen para el error, es una ecuación matemática limpia, que deja a la persona en una situación de fe pura, poco clara, maleable, la cual es difícil de anular. El hombre flamenco me mira y sonríe, ha estado aquí desde hace una hora. Sé que es flamenco por su acento.

No se mueve mucho, ni se aleja mucho. El riachuelo de mi orina separa al hombre flamenco de mí. El hombre flamenco da un pequeño salto sobre la orina y toma mi mandíbula como midiendo mi hueso. Al fin toma mi mandíbula.

—¿Qué haces?

—Miro el río —respondo.

—¿Qué hay en el río?

—¿Qué tienes en tu mano?

—Quince florines —dice.

—Bien, si me das veinte florines te abro la boca con mi boca.

—No —responde con seguridad, y cambia de orilla. Mierda, debo cambiar de estrategia.

—Si te doy estos quince florines, ¿me dejas besarte el cuello y poner mi nariz entre tu cuello y oreja?

El hombre flamenco ríe con mi frase.

—Tienes dientes hermosos —le digo.

—¿Sí?

—Sí. Parecen de mármol.

—Mi madre hace unos pinceles con crin de caballo y plata, y me friego los dientes con hojas de salvia y agua caliente

—Extraña costumbre la tuya.

—¿Cuál?

—Esa de rasparte los dientes. Ni que fueran madera —el hombre flamenco ríe.

—Y esa de estar con hombres es también extraña —me responde. Toco el labio de hombre flamenco con los dedos y él se aleja de golpe y por un momento se ve realmente joven, como si aquel golpe de miedo lo hiciese regresar a un rostro infantil.

—No hagas eso.

—Nunca he hecho eso —respondo, mintiendo.

—Déjame solo. Tengo que volver a casa. Raspar mis dientes, y dormir, dormir solo.

—No te vayas aún.

—¿Por qué?

—Porque por primera vez desde el siglo pasado que siento esta sensación de estar casi bien —hago una pausa porque no soy convincente—. Y, y, y querer algo que no sé qué es. Es como cuando caminas por algo, y es suave y te das cuenta de que es un campo de orejas, orejas de liebres, y ves una masacre en algo que se sentía bien, y aun así sigues caminando con los pies con sangre.

—No existen campos de orejas de liebres —responde.

—Yo he visto. Nadie lo dice pero saliendo de Roma hay un lugar antes de llegar a la isla de Ponza donde están los restos de orejas de todas las liebres después de las cazas. Y los cazadores con sus familias se sacan los zapatos y caminan por esa alfombra larguísima de orejas.

—Te veré de nuevo —dice el hombre flamenco.

—¿Es una pregunta?

—No.

—Me dejarás solo.

—No. Te veré de nuevo.

El hombre flamenco comienza a caminar. Lo veo bajar las escaleras de Piazza di San Lorenzo, y los faroles de pies de dragones se encienden uno a uno desde el fin del Arno. Me grita algo como «te veré de nuevo, pero tú me buscarás por la ciudad, y aunque seas un mentiroso, diré que sí», o al menos eso escucho, y luego

dice algo parecido a «aunque no tengas dientes», pero se refería a la forma de mi sonrisa, quizás, y dice algo más, y le dije algo más también, que no entiendo, y dice lo último, la última cosa que parecía importante porque paró de caminar al decirla, pero no sabré nunca qué dijo. La luz se refleja amarilla en el río más azul que nunca, y me ciega, pero no es invasivo, es verano y estoy vivo luego de tres años, algo crece en mí, como un órgano nuevo, como el sonido de un órgano que fue atrapado por la lluvia y se comienza a afinar lentamente, desde el medio del pecho, algo extraño, como una nota metálica, triste, sin fin, desafinada. Es muy tarde. Amanece. Algo suena. Afuera de un convento hay un órgano que tres mujeres hacen funcionar colgándose a unos remos que dan aire a unas bolsas de tela que se inflan y desinflan. Las mujeres saltan sobre la madera y otras tocan las teclas. Los instrumentos de viento me aterran, no los entiendo. Había una vez un hombre que me contó que quería hacer un instrumento de zorros. Cortándoles la cola a los zorros y cada sonido era una nota. Los músicos me aterran. Lo único que pido es que el hombre flamenco no me regale una campana mañana.

EL HOMBRE NUEVO

República de Firenze, 1520, otoño

«Deberías sentir terror, porque esto es sólo el fin, lo que quiere decir que aún queda el inicio». Estoy ebrio y caliente, él igual, pero menos que yo. Cuando me refiero a él me refiero al hombre flamenco, que me dijo que no le diga más así, así que sólo lo llamaré el hombre nuevo.

Le digo que los nuevos inicios son monstruosos, sin moral, sin vergüenza. ¿Sabes? No. No sabes. Vendrán miles de pedazos de carne volando contra ti, árboles. No. No son árboles. Son estacas con clavos. No. No, no clavos. Dientes pegados al tronco y saliva que chorrea. Abajo del árbol hay barro con porcelana y niños apilados, caballos de piernas rotas, no, sólo las piernas de caballos, y más niños muertos, tantos, tantos. Mi madre muerta también, tu madre también. Esta copa de vino me puso oscuro, tan oscuro, perdón, sólo quiero decirte que los inicios vienen con setenta años de caza. Son setenta años que tienes que estar fuera de la luz. Y tú que insistes. He visto volverse carbón lo que más he amado. Nadie vive setenta años. Si lo haces mueres hablando en voz baja con objetos que te protegen de la muerte bajo tu cama, con objetos de amor bajo tu cama, con un cuchillo bajo tu cama. La luz no fue buena. No será buena. La gente dice «es tiempo de salir de la luz» como algo que pretende valentía. Idiotas, fanáticos, vacas. ¿Quiénes de este

bar pasarán al otro siglo? Es tiempo de salir del círculo de luz que hace desaparecer cuerpos. Es tiempo de amar con los dedos de las manos, después de que oscurece, de amar en los bosques con miedo a los animales, de hablar en voz baja a los perros, sólo las cosas que no mueren se hacen en voz baja. Por eso te hablo en voz baja, y te hablo cosas inútiles, como si te invitara a mi habitación. «Sí», me responde, y me mira con la boca entreabierta, su cabello es negro, es rizado y esconde sus ojos, me sonríe. Este hombre nuevo es la mejor creación que he visto desde hace mucho tiempo. Afuera es recién de noche, pero llevamos bebiendo desde la mañana. Es tan difícil estar con un hombre nuevo, Dios. Debo caerme ebrio para poder estar con uno. No por miedo a él. Sino porque debo dejar de temer a la muerte que arrastra consigo un hombre nuevo. Un hombre nuevo siempre está conectado con cuerdas a otras cosas. Cosas que nos pueden seguir hasta nuestra cama. Cosas que nos matan. Y antes de estar con uno hay que cortarlas. Cosas que nos pueden tocar la puerta en la mañana y arrestarnos. Mierda. Quiero llevarlo a mi habitación, pero sería sabio sólo masturbarlo en un pequeño pasaje de San Lorenzo. Su cabeza se acerca a mi hombro, siento su oreja fría en mi clavícula. Miro alrededor. Todos los hombres de la cantina parecen ebrios. Menos uno. El dueño. Me mira fijo. Nos mira fijo. Tomo la cabeza del hombre nuevo y la alejo. Le toco los pies con mis pies, informándole que nos están viendo. Pero no entiende. El hombre nuevo es idiota. Y sólo traerá muerte y pestilencia a mi vida. Le aprieto su uña con mi uña. Despierta. «Estamos en la luz», le digo, es la frase que tenemos para saber que gente que trabajó para la Oficina de la Noche está en el lugar. El hombre nuevo saca el cabello de sus ojos,

respira y va hacia el dueño del lugar, se tambalea. No entiendo qué quiere hacer. Si hace algo estúpido lo dejaré morir solo. Lo observo como mirando a un pájaro entrar en un nido de avispas. Cuando está frente al dueño saca de su bolsillo una bolsa de florines y otra más, el hombre nuevo es un firenzer pero es noble y paga por el silencio de las personas. Les paga por el alcohol bebido y por no ver. Luego se gira hacia mí y camina hacia la puerta del bar, se va. Yo me tomo mi tiempo antes de dejar el bar. En mi mesa hay vino derramado. Con mi dedo muevo las gotas. Hago países que luego destruyo con mis manos. Nadie me mira. Estoy solo. Y extraño al hombre nuevo. Sólo necesito alguien con quien hablar, alguien que no me dé inteligencia, sino escucha. Salgo del bar. Me despido del dueño que se ríe de mí como si yo fuera una prostituta recién pagada. Salgo del bar y no vomito como usualmente hago.

Decido caminar ebrio. Camino por Firenze y estoy tan ebrio que la amo. Cuando estás ebrio amas tu ciudad aunque esta te persiga. Estoy solo y oscuro y tan cerca de Dios. Camino por Le Pelliciai, paso Santa Croce, paso Santa Maria Novella, paso el convento de Santa Orsola, camino en oscuridad con Dios y en esta oscuridad total y absoluta alguien me toma de la cadera y me aleja de la luz, de las farolas, alguien que me desea me toma de la cadera y me empuja contra la pared del callejón y abre mi boca con su boca y mete su lengua sobre la mía, como algo muerto pero espasmódico, y dejo de hablar, dejo de pensar mierda innecesaria, alguien que me ama me toma y me aleja de la ciudad, alguien que me ama, porque este deseo tan cerca de la muerte no puede ser otra cosa que amor, alguien que me ama me deja sin palabras, se come mis vocales, traga mi saliva. «Creíste que te había abandonado», me dice. Es el

hombre nuevo, pero podría ser cualquier hombre nuevo o criatura que me aleje de las cosas que me matan en la noche. No le respondo, él me mira, me besa en los ojos, siento que el agua dentro de mis ojos se revuelve y que todo lo que he visto en mi pequeña vida se mezcla con lo que veo ahora, el pasado con el pasado, el año pasado, la carnicería, Salai, Salai y el hombre nuevo, que son el mismo, al fin y al cabo, al fin y al cabo no estoy sobrio para mejores metáforas. «¿Y?». «Y nada». «No podemos quedarnos toda la noche aquí». «No», le digo y le tomo de los cabellos de la nuca con las dos manos.

Miro su mandíbula, tiene una mandíbula tan marcada que podría cortar un durazno con ella. Delineo su mandíbula con mi nariz. Hueso con hueso. ¿Cuánto resistiría este hueso de mandíbula al fuego? ¿Cuántos minutos antes de que el cartílago de las orejas ceda y caiga a la ceniza? Con mi índice abro su boca. Toco sus muelas desde atrás, los espacios entre sus dientes. Cuento quince dientes. Más de lo común en un hombre de su edad. ¿Cuántos de sus dientes serían comidos por los perros? Abro aún más su boca con mi mano, con la otra aún sostengo su nuca, tomo su lengua como queriendo tajearla. ¿Qué discurso daría con esa lengua? ¿Qué palabras saldrían de este hombre nuevo, nuevo y tan hermoso, cuando se enfrente a la luz? Este hombre nuevo de seguro es un cobarde que gritaría al sentir que sus pies se derriten, lloraría como un sodomita al ver sus uñas pegarse al hueso, y yo con cobardes no, no, no, yo soy el cobarde acá, yo soy el sobreviviente del siglo, otro más no.

—¿Todo bien?

—Estoy borracho, debo irme.

—Conmigo.

—No.

—¿No?

—No. Fin.

—¿Fin de qué?

—Fin de siglo, de todo, fin.

Sus ojos se vuelven llorosos. Saco mi sexo. Él trata de tocarlo. Alejo su mano. Tomo mi sexo y comienzo a orinar. Le orino los zapatos, los pantalones. Estoy enfermo. Parece que llora pero no hace ningún ruido. Ni siquiera se mueve. Está quieto mientras orino sobre él. Cobarde de mierda. Inútil. Pasivo. Su nariz corre. «Deseo que te eliminen pronto», le digo, sacudo mi sexo, lo guardo. Estoy en Ponte Vecchio, ¿cómo llegué aquí tan rápido? Mi sexo está afuera, no lo guardé, al parecer. Está manchado de carbón como si hubiera fornicado con una pared, tiene semen en la punta. Lo lavo en una fuente. Una mujer se acerca. Estoy dentro de ella. Estoy en mi cama solo. Mis sábanas tienen vómito y mierda. Bebo agua. El agua es lo único que tengo. Qué amor el hombre nuevo. Qué culpa infinita. Qué misterio de culpa. Mi padre me despierta. Me dice de limpiarlo. Su cama está naranja, mi padre orina naranjo desde hace semanas. Yo la limpio. Pero estoy ebrio. Mi padre me besa en la cabeza. Lloro con él. Sabe que estoy borracho. Lo amo en el fondo. Tenemos la distancia piadosa entre un padre y su hijo. La distancia entre dos cobardes. La distancia que me permite amarlo. Me lleva al baño y luego de lavarlo yo a él, él me lava. Agua marrón entre nuestros pies. Y pienso en el hombre nuevo, y en nada, y en el hombre nuevo, y en el siglo nuevo, hasta que el agua se vuelve transparente.

EL HOMBRE NUEVO II

República de Firenze, 1520, invierno

Dios lo creó un sábado cuando estaba de buenas, lo creó justo después de dormir bien. No pudo haber sido de otra manera. El hombre nuevo no tiene olor. Abro su antebrazo con mi cabeza y entro en él de cabeza. Aspiro y nada entra en mí. Meto mi mano en su axila y mido su temperatura. No arde. Lo veo dormir mal. Duerme con la boca abierta. Su boca tampoco huele. Su aire no tiene densidad. Me duermo con la nariz dentro de su boca. Sueño que de su boca comienzan a salir ramas de hinojo, que se enredan en sus ojos y ano y orejas. Él sigue caminando y haciendo lo que hace todos los días, y nadie más que yo ve esto. Despierto cayendo de la cama, mi cabeza se rompe en el suelo. Sale poca sangre. Él me toma desde la nuca. Veo un escupo de sangre en su mano. Este hombre no huele, sólo sostiene mi cabeza en su mano. «No te muevas», me dice. No me muevo de acá, pienso, acá me quedo, al menos hasta el fin de esta década. Tiene sentido porque amo a este hombre sin olor. Todo olor es un olor que disfraza el horror. La carne quemada, la mierda. Este hombre no disfraza nada, este hombre es sólo un habitante del mundo, su olor no cubre nada, este hombre no es un disfraz de hombre, es sólo un hombre que estoy amando muy rápido, un hombre nuevo a inicios de un siglo que promete una mejor vida y un peor arte que el siglo pasado.

—¿Cuál es tu idea del paraíso? —me pregunta, limpiando el escupo de sangre de mi cabeza en su mano.

—Es una *osteria*. Hay alcohol. Y una luz amarilla. Y mis amigos están ahí en unos sillones de cuero viejos, al lado de los amigos que han dejado de ser mis amigos. Y me paseo toda la noche entre las mesas diciendo «te quiero», y diciendo «perdón, te quiero, y te he extrañado», y una buena noticia llega para todos, y toda la gente en el lugar celebra, algunos gritan, la mayoría imagina otro siglo. Se imaginan muriendo con la posibilidad de ver a otros naciendo cuando ellos ya estén muertos, y esos otros teniendo vidas con decisiones malas y buenas, y todo eso mientras anochece y no amanece, o nadie piensa en la luz afuera, y al final te quedas con un amigo mientras recibes en tu mejilla todos los besos que te han dejado tus amigos que se han ido a dormir, incluso tu amante, sientes su beso en la boca, y sientes alcohol y otras cosas, sientes tu boca llena de noche y de conversaciones. Entonces ambos se ven bajo esa luz y no es el alcohol, pero hay mucho amor en ese momento y eso hace que haya felicidad, que, inevitablemente, será perdida, y ese momento será una porción de luz tenue que conservarás en tu estómago como un rectángulo de mármol y amor por toda tu vida.

¿Y tú?, tú estás al frente mío en esta *osteria*. Con tus clavículas y tus ojos, Dios, tus ojos, por eso te digo que mi Dios te hizo luego de haber dormido tan bien, Dios te hizo lúcido, y tú ya estabas dentro mío, eras ya más interior que lo más íntimo mío, y más elevado que lo más alto mío. En ti no hay caos, no hay ni fiebre, ni pena, ni sombra.

OMBLIGO

República de Firenze, 1525

—Estás sobreviviendo. No viviendo.

—¿Y cómo dejo de hacerlo?

—Tienes que olvidar un poco el siglo anterior.

—Tengo mucho miedo, más que antes. Porque pensé que sobrevivir era más fácil. Que sobrevives y no tienes nada. Entonces no tienes miedo porque no tienes nada. Pero ahora siento que tengo más que perder desde que sobreviví. Que no puedo con la vida. Antes era sobre la muerte, pero ahora sé que sobrevivo porque no puedo con la vida, con tener un día después.

—No entiendo.

—Es un miedo en mi hígado. Antes en mi hígado tenía amor. Ahora ahí tengo todo el terror.

El hombre nuevo me mira y me mete un dedo en el ombligo. Tengo el ombligo hundido. Negro. Como si se pudiera tocar mi hígado. Él tiene otro tipo de ombligo. Invertido y hacia afuera. No sé cuál está bien y cuál mal. No sé si está bien que me meta el dedo. Salai tenía un ombligo oscuro como el mío, un ombligo como un océano, azul casi negro, sin fin.

—Hay un fondo, lo toco.

—¿Y?

—Desde acá comencemos esto.

—¿Qué, comencemos qué?

—Nuestra guerra contra el terror.

Lo abrazo. No me suelta. Te amo aterrado, me dice, pero no me lo dice, eso me lo diría Salai, este hombre no hace metáforas, pero me salva de mí. Y eso es suficiente. Me dice te amo, creo que me lo dice. Yo me aferro a él. Como escapando de un terror antiguo, de un monstruo cuya forma no veo, pero que me hace esconder los pies del borde la cama.

—¿Puedes mirar bajo la cama?

—Sí.

—Por el otro lado también, por favor.

Salai miraba bajo mi cama por el lado izquierdo y el lado derecho. «No hay monstruos en ninguno de los lados, siempre tienes que comprobar de qué lado ves las cosas». Me aferro a él, al hombre nuevo, no lo amo aún. Él me está salvando de algo que no sé aún. Comemos pájaros. Afuera hay pájaros también. El verano se abre en Firenze.

—Los pájaros tienen el cerebro tan pequeño y son tan hermosos siendo así, sin pensar.

Los comemos, el hombre nuevo me enseña a abrirlos, a separar la columna y comer la carne, que es poca, pero es suficiente, esto es suficiente, el hombre nuevo, un poco de siglo, un poco de carne y agua.

FÁBULA DEL HOMBRE NOBLE EN

LOS JARDINES DE BOBOLI

Había una vez un hombre. Había una vez en la República de Firenze un hombre, un hombre noble. El hombre noble era joven y venía de una familia exiliada en el norte de Francia, el hombre tenía las cejas blancas. Sus cabellos largos y negros tenían grasa, la grasa en sus cabellos era hermosa. El hombre noble era hermoso. El hombre noble no encontraba el amor. Durante una estación tras otra el hombre noble buscaba otro hombre noble en la ciudad. Otro hombre a quien defender de los dragones, de las flechas, de la cera negra hirviendo. Una mañana, mientras bebía anís viendo sus viñedos, el hombre noble se dio cuenta de que en el fondo de su vaso se formaba la figura de un ave. El hombre noble vio en ello una señal divina. Al día siguiente convocó a sus sirvientes para buscar a cada uno de los vendedores de pavos reales y flamencos del reino y las repúblicas cercanas, para traerlos a su *palazzo*.

En sus jardines, los jardines de Boboli, se armó una enorme fiesta con pavos reales, carnes y bailes de apareamiento. Cuando el hombre noble salió de su ventana las miles de aves multicolores sobre los ciruelos y olivos fijaron su vista en él. Las aves, en su mayoría flamencos y pavos reales, eran incapaces de volar. «Esto es un cementerio de pájaros, nada vuela aquí, nada, esto es un cementerio», gritó en medio de sus invitados, mientras comenzaba a

espantar a las aves a patadas. El hombre noble no tenía amor en su cuerpo, dentro de él nada de amor tampoco. Sin amor batió sus piernas y brazos hacia pájaros que sólo se rindieron a la muerte. Los jardines de Boboli se llenaron de plumas, vino, sangre de ave. La gente abandonó el *palazzo*. El hombre noble lloró solo. Devastado por sus propias decisiones se durmió sobre una almohada de plumas. Despertó solo, sin Dios, y sin otro hombre, noble o no, a su lado.

Luego del fracaso de su idea, el hombre noble se encerró en las huertas de sus jardines. Dejó de comer carne, alimentándose sólo a base de ciruelas y sus cuescos. Nada de amor para el hombre noble y sus manos con cuescos, cuescos que comerá una noche tras otra, y otra, viendo la luz cambiar la forma de las ciruelas. El hombre noble queda totalmente solo, sin otra voz humana que lo aleje de sí mismo. El hombre noble defeca en las orillas de los árboles. Llueve, y es verano. Es verano y el hombre duerme en el día. En el día sueña con una mujer rubia que abre desde su pecho una caja. La mujer es una caja que dentro tiene un pie de oro. El pie es un cáliz lleno de vino. El hombre noble sueña que bebe de aquel vino, el vino es rojo y bendito. El hombre noble enloquece. Es triste. Porque es un hombre inútil y bueno, en el fondo. Un hombre bueno e inútil que busca algo parecido a la ternura. Algo que le corte el cuello, como un cuchillo, o una boca, pero que la sensación sea la misma. La misma sensación que ha leído en libros que jamás nadie más ha leído, que sólo él ha leído solo, porque nadie en sus jardines sabe leer. El sueño del hombre noble es sólo otro hombre, noble o no, que comprenda las vocales y consonantes y se las lea. Alguien que le lea en la noche y así pueda conciliar el sueño y dormir al lado

suyo, una vez más, más de una vez, dormir por las noches, como en una etapa anterior a la gran peste, a la muerte de los flamencos. El hombre noble deja de leer. El hombre escribe. Escribe para algún día ser leído. «Escribir es una tortura cuando está bien escrito», piensa el hombre noble. Ahora el hombre noble escribe bien y es terriblemente infeliz.

Un día una gran tormenta azota la República de Firenze. Los jardines congelados no tienen ciruelas que pueda comer el hombre noble y así seguir durmiendo de día. El hombre noble adelgaza, se vuelve casi invisible en su reino, casi irreal. Pasan meses de crudo invierno. Un día, una ciruela rueda a través de un agujero del muro del huerto. La ciruela es roja y tiene la letra J tajeada en ella. El hombre noble mete la fruta bajo su lengua y duerme. En su sueño tiene la visión de un loro taladrando su cabeza. El picoteo es intenso al punto de llegar a su cerebro y hacer un nido adonde lleva gusanos para alimentar a sus hijos. El hombre noble sueña con un cerebro de gusanos violetas, y despierta. Despierta con el golpe de otra ciruela en su sien. La ciruela tiene la letra A. Así, el hombre noble pone la ciruela con la letra A bajo su lengua y la come, y duerme, y come, y duerme, y así por semanas, hasta que cambia la luz afuera, hasta que oscurece más tarde, leyendo letra a letra una fábula sin moral. Cada semana le llegan letras nuevas. Una palabra por semana. Cuando no hay palabras, cuando es sólo una ciruela vacía, significa que hay un espacio. El hombre noble también come los espacios y así comienza a comer y vivir una fábula.

«¿Quién es el pájaro u hombre que me da alimento para no convertirme en un fantasma? ¿Quién me aleja de la muerte?», se pregunta, y siente algo parecido al amor, algo parecido a lo que ha

leído. Llega el verano, y con su sol llega un día en que las ciruelas dejan de entrar en el huerto. El hombre noble se da cuenta de que la fábula ha llegado a su fin. Y con ese fin, el fin de su vida hasta ahora. La última frase es una frase que no se puede decir. Esas frases que sólo pueden vivir escritas al otro lado de un cuadro. El hombre noble decide regresar a sus sirvientes, a su casa. Regresa con el cuerpo cubierto de cabellos, y la piel negra de hollín.

«Necesito una catapulta para derribar aquel muro», pronuncia con un acento antiguo, con la voz de alguien que ha sobrevivido de un siglo a otro. Los sirvientes creen que perdió la cabeza. Planean su muerte. Su asesinato. Su fin y el fin de su nobleza. Sin embargo, antes de matarlo, a modo de curiosidad, deciden traer una roca desde el norte de la Repubblica di Venezia, para cumplir aquel último deseo, para verlo ser ridículo en su fin. Ayudados por los ciudadanos de la república cargan sobre doce caballos la roca que derribará el muro. El hombre noble pide que el muro sea derribado de noche, cuando él esté despierto, cuando la persona desconocida al otro lado del muro, la persona de las frutas esté dormida, en la noche justo cuando pueda sorprender a quien agusanó su cerebro con una historia de amor.

Los ciudadanos y sirvientes se reúnen luego de la medianoche para ejercer el plan. La roca de Venezia se posiciona, vuela y rompe el muro. Del otro lado, polvo, luz y árboles rotos. Una nube de polvo se alza, una nube que oscurece los jardines por días. Luego de esos días, días de espera del hombre noble viendo sólo un gris constante. Bajo la gran piedra, luego de días de escarbar con galgos y manos, encuentran lo que fue un joven. Un joven molido por el peso del muro y la roca. El hombre noble toma la mano del hombre joven y

encuentra la pluma de plata con la cual el joven escarbaba las letras. Y el joven está muerto, el joven con el cual estaba el amor, entonces el amor está muerto. Fin.

ÚLTIMA CARTA A SALAI

República de Firenze, 1526

Salai, mi Salai, Salai. Tengo un hijo. Una mujer en la que entré está más grande. Me aterro y le pregunto algo que no recuerdo y me dice «es tuyo». Yo le respondo que sí, que es mi hijo. Y me aterro y ella se aterra conmigo. No la amo, ella no me ama, esto es otra cosa, esto no es Salai. Esto responde a algo que no sé, porque siento mi ombligo unirse con mis pulmones y le digo que ella nacerá, no es una pregunta pero ella me asiente con la cabeza y tomo la parte de atrás de su cabeza, como tomando a mi hija, sé que será una hija no sé por qué, tomo la parte de atrás de su cabeza y veo como en una visión que sus dientes caen al mismo tiempo, y es mi hija sin dientes que no sabe decir una palabra y está bien, no tengo palabras para decirle, es mi hija, la amo, desde ahora y como al agua que bebo todos los días sin saber amarla, la amo.

Voy a tener una hija, Salai, una hija que no tendrá tu nombre robado, tu nombre de hombre porque no es uno, a mi hija que es sólo las proyecciones de mi esperanza en medio del terror que vivo. Vivo, Salai, nuevamente. Habrías amado a mi hija que aún no nace, ella hará los mejores telares de oro, y savia, y tela, para contar nuestra historia, dirá «la historia de mi padre con S.», para no perjudicarte, dirá «el próximo siglo», dirá «siglo», dirá «génesis», dirá «amor», mi hija, Salai, Salai, te amo, te extraño, es extraño

decírtelo en el momento de mi hija, pero ella es toda la esperanza que no había, que tú cortaste al siglo, Salai.

Ella nace.

Ella crece, ella dice a y e.

Ella dice las nuevas palabras del siglo.

El siglo es mejor con ella, Salai, la amo.

La amo y ella habla, y no dice mi nombre.

Ella vomita en mi hombro como tú vomitabas en mi hombro, borracho.

Ahora me dice mi nombre sin dos consonantes, y la amo.

Tú la amarías, rompe todo, se traga todo, es una destructora de mundos, hace sangrar el pezón de su madre y luego rechaza la leche, ella quiere profundamente el lenguaje, me grita porque quiere hablar, amo a mi hija, Salai, te amo a ti también, siempre, te amo, Salai, perdón por repetirme, pero con ella siento tu amor de nuevo, es extraño lo que la gente dice de perder un amor, jamás creí que volvería con tal fuerza, como si tus huesos crecieran en sus nuevos dientes, tus huesos los dientes que le hacen pronunciar nuevas palabras. Se le caen los dientes, recién crecieron y se le caen crecen y me niega. Sale en las tardes y vuelve con la cara roja y yo se la lavo, me dice que quiere comer, y come y crece. Carne y leche. No la veo defecar más, antes la veía defecar. Es una niña que salta y que a veces me mira en uno de esos saltos y me dice padre y todo tiene sentido, es una niña que dice palabras, Dios, que dice palabras y que no muere, si muere, Dios, si muere, no sé, me convertiría en un cuadrúpedo, con mi corazón en el pie, y me cortaría el pie, y dormiría sobre mi pie cortado. Si muere, Dios, tú no serías lo que eres. No sé por qué sigo pensando todo esto. No sé por qué mi

pensamiento es importante, como si alguien lo fuera a leer, pero si alguien lo llegase a leer, le diría que estoy profundamente desesperado por amar nuevamente.

Mis amigos se aburren de que siempre tenga las mismas palabras. Beben vino y hacen como que me escuchan, con la boca morada. Ser mi amigo es como comer lo mismo todos los días. Nadie quiere comer lo mismo todos los días. No quiero ser inteligente. No quiero ser un artista. Soy un artista porque en mi naturaleza tengo la repetición. Nada de amor, sólo repetición. Tengo un sueño recurrente en que el animal vuelve. El animal me habla. Abre la boca y tiene dientes de todas las formas. Dientes que son trozos de huesos de otros animales que comió y se ensartaron ahí, dientes de tamaños y formas distintas. Una joyería en la boca de este animal, conocido y primario. Es aterrador, y es muy amor. Lo siento y pienso en hígados, ojos de pescados, pero al mismo tiempo en oro y salvia. El animal dice algo. Lo veo. El animal es una cabra. Ahora es un jabalí. Tiene unos dientes largos que son colmillos. Mi pecho se abre. De él sale una cuerda de luz que me une a él. El animal escupe sus dientes y flota. El animal es un niño, niño sin dientes que ladra. No ladra. Hace el sonido de los pájaros. Y levita. Levita a un metro mío.

Hay una luz hoy, Salai, hay una luz con un peso diferente que nunca he sentido antes. Estás muerto. Estás muerto y una luz corta los bordes de las cosas como comiéndolas. Todos los ciudadanos alrededor mío están cortados por la luz. Mujeres decapitadas por la luz. Pero luego se mueven y tienen todo el cuerpo intacto. Es difícil de explicar. Hombres de piernas cortadas por la luz. Luz que se come partes humanas y las devuelve intactas. Pero también, Salai,

es una luz con peso. El peso de la luz en mi cuerpo se siente como cuando apoyabas tu cabeza en mis piernas. Pero luego sombra, y mi cuerpo está intacto y frío de nuevo. Los nobles y sus ropas cortadas, y sus dedos cortados, las mesas, el vino de la mesa, todo cortado por la luz, pero nada se derrama, es una destrucción extraña esta, Salai, te extraño aún. Firenze destruida tal como cuando la destruiste para mí, y para el mundo, en ese orden. La ciudad sin ti y para el mundo, el mundo para los hombres sin luz, la luz para las mujeres y hombres sin juicio, cayendo desde el cielo, sin sonido de trompetas, sin dolor, sólo cayendo y cortando todo a su paso. Te conocí en una época donde no confiaba en mí, por eso sé que te amo, lo que no te mata te debió haber matado. Cuando me preguntaste cómo aprendí a hablar así te dije que mi padre me daba un florín cada vez que memorizaba tres líneas del Génesis, ahí aprendí de un mundo que cede al horror cada mañana y en la noche festeja el milagro que es ver una cara antes de dormir.

VESUBIO

Napoli, 1526, primavera

Un amigo de mi padre, uno de los ex Oficiales de la Noche, me cuenta que a mi hija la mató una jauría. Que él lo vio. Que los perros se volvieron malos. Que le intentó tomar los brazos, pero los perros se comieron los dedos y que cuando fue a sacarle los dedos de la boca a uno de los perros, a mi hija ya le habían comido la cara. «La cara fue comida», dice. Yo no le creo. No le digo que no le creo. Este Oficial tiene los ojos verdes, tan verdes, no puedo confiar en alguien con los ojos tan verdes. No es posible que esté muerta. Los perros no se comieron a mi hija. Es una mentira. Veo mis piernas que sudan y tienen la misma forma que mis brazos. Despierto viendo a tres perros muy grandes con el hocico lleno de ceniza.

Mi hija está en Napoli. Yo voy a Napoli. Los napolitanos son el opuesto de los toscanos. Los toscanos merecen el infierno. No entiendo por qué Dios amenaza a Napoli con el Vesubio. No lo merecen. Son lo mejor de esta parte del mundo. Mi hija está feliz en Napoli. Ella aprende a nadar mirando el Vesubio. La sostengo de la cabeza. Ella flota, ella estará siempre bien. Me dice que se siente pequeña ante lo grande del volcán, y que cuando le da la espalda se siente inmortal. «Es como no morir nunca, como darle la espalda al fuego», le digo.

Ella entiende todo y, tal como mi madre nunca me enseñó la palabra *caos*, nunca le enseñaré las palabras *desaparecer*, *fémur*, *romper*, *fin*, *nunca*.

NUNCA HUBO UNA SOMBRA

República de Firenze, 1526, verano

Regreso a Firenze. Un viento delgado con olor a naranjo llega a mi nariz. Sólo vida en forma de aire delgado. Las cosas son en un orden justo. Al lado del amor, nunca dentro. Las cosas cambian de forma con la luz de la tarde y regresan a su forma sin romperse. Sin volverse ceniza, sin desaparecer. La cara de este hombre nuevo no es la cara del hombre nuevo. La luz le da en la nariz y comienza a deformar su rostro como si de repente la tierra comenzase a girar muy rápido, atardece y su nariz cambia su sombra y es otra nariz. Tu cara a veces, casi, ahora sí, justo ahora, en un segundo, Salai.

—Te he extrañado mucho, ¿sabes?

—Pero si estoy acá, no me muevo.

—No, toda tu ciudad está acá, pero tú no y es difícil, siempre.

—¿Qué lugares?

—¿Podremos ir a mi casa? Mi madre está muerta, por favor vamos a mi casa, mi padre no parece mi padre, por favor, estoy solo, podemos tomarnos de los hombros en el patio y contarnos todo.

Y luego la luz cambia y es este hombre nuevo de nuevo el que me mira esperando absolutamente nada de mí, me mira asustado de quien tiene al frente, y me repite que no se irá.

PENSIERI E PAROLE

República de Firenze, 1526, otoño e invierno

En el inicio fue la luz, no la palabra, y la luz no fue buena.

El hombre nuevo sopla el fuego y estamos tan bien esta noche. Si este no es el aire de Dios, entonces Dios nunca ha pisado este siglo. Mi lengua va de su ombligo a su clavícula, y de su clavícula al cuello, y a su oreja derecha. El hombre nuevo abre la boca y meto mi lengua ahí. Memorizo sus dientes. Él deja salir una a. Dice una e. Acaba de saltar la g, la n. Yo lo comprendo, siempre lo he hecho. No trato de memorizar sus palabras, porque las palabras confunden todo lo bueno, sólo trato de memorizar sus huesos, sus cartílagos. El hombre nuevo ya no es el hombre nuevo, porque conoce lo peor de mí. Lo deseo menos que al inicio, pero lo extraño más, conoce lo peor de mí. Lo quiero.

Mi semen sale negro. Amanece. Era sangre, no semen. Mi sangre es más oscura de lo que creía, o quizás el rojo de este siglo es demasiado pálido. Es un hombre noble el hombre nuevo, lo es, lo triste es que se va siempre a la noche. No va a cazar a nadie, no va a buscar otros hombres nuevos, sólo va a caminar, porque no sabe cómo dormir, pero regresa casi a la mañana y todo está casi bien, digo casi bien porque parece que estoy muriendo. Amanece. Estoy muriendo, ocurrió de la noche a la mañana, y anochece y atardece igual que siempre, la diferencia es que mi cuerpo está terminando.

Justo ahora, justo en esta década que no está mal, justo ahora me comienzo a morir. Es injusto, pero no me quejo demasiado. No lloro tanto ni siquiera. Mi semen negro mancha su abdomen y él abre los ojos, veo un poco de terror en sus ojos. Yo también tengo terror, terror de volverme triste estos últimos días. Me da pena no ser más feliz a su lado, porque el hombre nuevo sólo trae felicidad, a sorbos, pero felicidad al final. Aún con la felicidad y todo, no me salva del semen negro, no me salva de mi propia sangre, sólo la limpia y baldea la habitación luego de eyacular. Hoy extraño a mi madre, extraño cuando me leía y me separaba las cejas. Mi lengua se abre en el medio, tengo un pequeño corte como el corte que tiene mi sexo en la punta. Me cuesta comer cosas enteras. Como un pan, como un hueso. No puedo comulgar tampoco. El agua puedo. El pan me lo mastica el hombre nuevo, la carne me la mastica también él, y me la da en la boca. Como un pájaro. También me canta y yo muevo los dedos como tocando un órgano que nunca aprendí. El hombre nuevo sabe tocar el órgano. Atardece. Sus nudillos están pelados porque a veces toca demasiado. Yo no sé hacer música. Le digo que él hace música para flamencos. Es una broma repetida entre nosotros, pero él se ríe siempre, y luego llora por verme así. Mi boca está abierta por algo que no sabemos qué es, él no sabe, yo no sé, no sé si Dios sabe. Yo sólo sé que amo a este hombre nuevo y sólo pensar en dejarlo solo en Firenze me hace llorar. Lo amo. Nunca se lo he dicho y espero que él lo sepa, espero de verdad que lo sepa, porque lo merece, Dios, él merece miel, no merece estar manchado de mi sangre, y no merece nunca el miedo, por favor, Dios, no le des miedo, yo puedo espantarle a los tigres, Dios, tú sabes que él no sabe dormir, que aún despierta en la noche pensando que los

Oficiales de la Noche lo sacarán de su cama y le meterán madera en el ano, en las costillas, sueño horrible que hace que prefiera caminar por Firenze, Dios, ya sé cuándo está teniendo una pesadilla porque su cuerpo comienza a calentarse, su cuerpo se calienta como si estuviera realmente en una pira, y yo lo muevo como un pedazo de madera al rojo, hasta que se apaga, humea, se despierta. El sol sale, seguimos en la cama, el sol se esconde un poco y yo salgo con el hombre nuevo del brazo, me lleva a la luz de Firenze, a los puentes de siempre, a los jardines de las afueras, a Santa Croce, al Duomo, a San Lorenzo, todos lugares que he amado y que me han aterrado, los veo sin emitir un juicio, porque ya no hablo.

Ya no hablo más.

Mi lengua está muy abierta. Parece que tuviera dos lenguas. Él aún me besa, aún me saca a caminar del brazo aunque yo parezca su padre. Aunque yo parezca su padre no tiene vergüenza porque es noble. Es 1526. Muero de a poco. El teatro no ha muerto, siempre pensé que lo haría antes que yo. El río Arno sigue igual, nunca ha tenido vergüenza por todos los cuerpos muertos que ha llevado abajo. Los ríos no tienen moral. Eso se lo dejamos al mar. El Arno no responde ni a Dios. Un día se tragará esta ciudad, estoy seguro, estoy seguro de que no estaré para verlo. Estoy seguro de que el hombre nuevo está llorando, porque lleva mirando hacia la izquierda muchos minutos. Se larga a llorar en cada puente porque me ve morir. Él me dice que quiere ver los años treinta conmigo. Yo le prometo que antes del próximo invierno no lo dejo. Llegamos a la *limonaia*. Él me carga en sus brazos porque mis rodillas ceden. «Quiero ver flamencos», le digo. Le digo eso con los dedos. Porque no tengo palabras. Hablando de eso, quisiera declarar que mi última

frase antes de dejar de hablar fue: «Es que estos flamencos son tan hermosos, ¿no?, ¿no?».

Hubiese esperado algo más épico, o al menos decirle que lo amo y que no merece el terror. Es lo más hermoso que le puedo desear a alguien de un siglo a otro, no mereces el terror. Se lo diría a cada firenzer aterrado, no mereces el terror. Debiese ser un rezo al inicio de la misa. Pero no, en vez de eso hablé de flamencos, por eso él me sigue trayendo cada tarde a verlos. Amanece. Me cuenta la historia de un príncipe húngaro que los trajo de Messina a Firenze un día, y que ese príncipe murió solo en los Jardines de Boboli porque nunca encontró el amor, murió rodeado de plumas. Acá le digo, déjame acá, le digo con la mano. El hombre nuevo me sienta sobre una banca de piedra. Hay dos jóvenes florentinos al lado. Estoy seguro de que cuando me vean se reirán de mi forma. Estoy macilento, medio verde, y mi lengua color violeta, abierta en dos. Me da miedo que me maten antes de que me muera, y que el hombre nuevo tenga que reconstruir mi cuerpo para un entierro cristiano, pero no, los jóvenes se ponen de pie y se van y uno me sonríe, uno de ellos me sonríe al ver mis rodillas muy delgadas, peso lo mismo que él quizás, voy camino a ser él de nuevo, a ser pequeño y morir pesando lo que pesan los flamencos. Los flamencos son realmente hermosos. Estos animales son de otro mundo. El amor del hombre nuevo es de este mundo, pero los flamencos de otro. Amanece, atardece y amanece de nuevo, tantas veces que mi brazo no funciona, amanece y sólo muevo los dedos. Es invierno, la pileta está congelada, los flamencos parados en sólo un pie no logran salir y creo que hay más de uno muerto. Los restantes no dejan de caminar para no ser atrapados por el agua congelada. Entrecruzan

sus cuellos y discuten en su idioma. Quiero ver el verano y no morir, le digo. Él me da agua. Cuando no me entiende sólo me da agua. Sólo tengo vocales. Él me besa entre las cejas. Tengo las cejas tensas siempre, porque últimamente hay mucho dolor. Dudo que alguna parte de mi cuerpo siga intacta de la enfermedad. El hombre nuevo me dice acá, me dice acá, como si me entendiera, y apunta al lado opuesto a mis codos. Y es verdad, ahí la enfermedad no ha tocado nada, la parte opuesta de mis codos es una isla libre de toda muerte. Luz de nuevo y noche de nuevo. No sé de qué muero y no saber a quién culpar es peor, no tengo tos. Mi lengua se ha tomado toda mi cara, como un animal que decidió dormir y no moverse. Respiro muy lento. El hombre nuevo duerme conmigo. Le pregunto si esta noche puede velar mi sueño, porque estoy asustado. Él me trae unas ortigas. No me entiende, sólo me trae ortigas y me las pasa por el estómago, no entiendo para qué. Me da agua con una cuchara. Me da tanta que me orino. Que desastre tratar de hacer las cosas bien y terminar así. Si le contara de estos malentendidos se reiría. Amanece. Mi lengua sigue creciendo. Parece un trozo de hígado de jabalí, justo entre mi nariz y mi cuello. Cuando conocí a Salai afuera del carnicero fui condenado a morir como trozo de carne. Ya no entra comida ni agua en mí. Mi ojo izquierdo no ve. El ojo con que Dios ve a los pecados, ese ojo en mí deja de ver. Ya no logro ver el color rosado, sólo veo verde. Mi cuerpo está inflado y el hombre nuevo no puede con mi peso. Un médico viene a hacerme cortes en las sienes, me deja boca abajo y goteo como un árbol. Goteo por horas mientras el hombre nuevo cambia la fuente bajo mío. Mierda, no he escrito mi voluntad, pienso, pienso en que quiero dejarle el jardín al hombre nuevo, no sé por qué pienso en jardines

con la sangre en mi cabeza. Anochece y la sangre que cayó en mi ojo me hace perder el ojo. Ver rojo, luego verde, luego azul.

¿Seguirá mi hija flotando de espaldas al Vesubio? Me olvido de que soy padre. Sólo soy capaz de ser hijo en este momento, sé que mi hija está bien, no quiero que me vea así. Amanece. El hombre nuevo me despierta besando la parte opuesta de mis codos y la mañana está un poco mejor. «El frío mató a todos los flamencos», me dice. «¿Vamos por última vez al parque?», le pregunto con mis dedos. Me dice que sí. No llora. Desde mi frente vierte un vaso de agua, como bautizándome, el agua resbala por mi cara y él ruega por que algo llegue dentro mío. Dos días sin agua. El hombre nuevo reza, eso es nuevo. Escucharlo rezar por primera vez es bastante hermoso. «Si le rezo a tu Dios esta vez nos va a ayudar, ¿no?». Le respondo que es muy fácil ser cristiano porque al final te puedes arrepentir de todo y todo estará bien. Me mira y no me entiende. Muevo mi mano izquierda, toco su pelo. Se duerme sobre mis rodillas, no duermo. Quiero salir, pero él duerme, y yo siento cómo la luz cambia afuera, me pone muy triste eso, veo de lejos un rojo intenso del invierno florentino apoderarse de la habitación, veo la luz violeta antes de la oscuridad de la noche, veo la noche, no veo nunca más la luz. Los grillos anuncian mi ceguera. Mis ojos ven por siempre este azul hermoso que no sé describir, pero es parecido al que usó Michelangelo para la Capella Sistina. Mi mano izquierda apunta a la puerta. «Hay sol aún», me dice el hombre nuevo. Le digo «luz», le digo «te amo», le digo «salgamos a ver los flamencos una vez más», antes que todo sea noche. Llegamos al parque. Por primera vez esta ciudad no tiene luz. Dios se la tragó toda. Esto no me aterra. No hay más luz, con ella se fue el fuego, con ella se fue

todo, todo es un gran azul, manchas de azul claro sobre azul más oscuro, Dios me dio un último fresco para mis ojos, para mis últimos días. Es un día feliz. Estoy con alguien a quien amo con mi corazón y no hay luz. Mi mano izquierda siente los portones de la *limonaia*, y apunta hacia los flamencos. El hombre nuevo sabe que lo amo. Sabe que la luz no es buena. Sabe que esto lo destrozará y sabe que quiero ir a los flamencos. Perdón, me dice, y le digo que por qué me pide perdón y él sólo me besa en donde antes estaba mi boca, y me toma de los brazos y me recuesta en el pasto. Con cuidado toma mi mano izquierda y la apoya sobre algo, siento al animal suave y húmedo abrirse entre mis dedos, casi como un sexo, pero sin calor, cubierto de plumas entre mis manos, «perdón, no sabía», me dice. Baja mi mano por el cuello del flamenco muerto hasta llegar a su boca y sentir su lengua, no sabía que los flamencos tenían lengua. Hasta el final uno aprende cosas nuevas. Toco uno, y otro, y otro. «El frío los mató anoche», me dice el hombre nuevo. «No puedes verlo, pero la *limonaia* es una alfombra rosada, hay cientos», me dice. Y lo abrazo, le digo que no quiero que me entierre en Firenze, que necesito que me entierre en las colinas de Siena, que me cubra de ortigas, que vele mi cuerpo hasta que los zorros no tengan apetito. Le digo eso pero de mi boca sólo sale una e. Entonces siento que el animal de mi cara se orina en mi cara. «Estás sangrando». «Estaré bien, es sólo orina». Le digo que lo amo. Tengo el cuerpo lleno de animales. Animales que me orinan y luego se van. «Voy a pedir ayuda». «No, quédate acá, me dijiste que te quedarías acá, siempre, siempre amanece y oscurece». Aún quiero verla, a la otra estación. Y a mi hija, justo ahora. Perdón. Perdón. Dios, ¿un día más?, ¿no? Quizás es gula, ya vi tantos días de este siglo. Los

animales comienzan a moverse de mi cara porque quieren ir al bosque. Necesitan regresar al bosque. El último de ellos es un gato, un gato que está apoyado en mi nuca, un gato que tiene dentro de él todo mi corazón y mi cerebro, su cola está en mi garganta, su cola está fuera de mi garganta, dejo de respirar aire pero aún queda mucho que pensar, no pienses que por estar sin aire te voy a dejar, el gato se va de mi cuerpo, lo veo irse, ahora veo de nuevo, lo veo irse sobre los flamencos, hacia los olivos, y no hay frío, no hay Firenze, sólo hay bosques, no es confuso, quiero ser claro en este momento, porque lo mereces, amor, si llegaste hasta acá sin dejarme no mereces el terror, te mereces toda la opacidad del mundo, te amo, si me preguntas qué hay al final en sólo diez palabras te diré que al final hay un árbol, un naranjo con un corte cuadrado en el medio desde donde sale toda la luz del mundo, toda la vida que vendrá y la que nunca,

nunca te dije, Salai, pero el año después de tu muerte, hace tan sólo dos años, me enteré por los vendedores de oro del Ponte Vecchio de la muerte de Gian Giacomo Caprotti, el Salai original. Entonces viajé a Milano y busqué la tumba de Caprotti, y no la encontré. Lo que sí encontré fue una placa con su nombre y una dirección en las afueras, en Borgo delle Grazie. Viajé por la tarde hacia allá. Llegué a la mañana siguiente a la entrada de una gran viña. Una mujer que cuidaba los caballos me dijo que la viña era de Ser Piero Leonardo da Vinci, pero que a su muerte la dividió en dos partes. Una que dejó a su mecenas y la otra mitad a Gian Giacomo Caprotti, a su Salai. Ella me llevó a los establos y toqué un caballo blanco. Dentro de la villa me mostró el testamento, lo leí. El testamento decía Salai. ¿Lo puedes creer, Salai? Se nombra a Salai en el testamento de Ser Piero Leonardo da Vinci, nombra a su amante con su seudónimo, su Salai, su «pequeño diablo». Atardeció. Salí a la última luz del jardín. Vi este jardín dividido de manera perfecta, en un orden anterior al fuego, dividido entre el amor a su mecenas y a su amante, y vi unas abejas, justo en el lado del jardín de Salai estaba lleno de abejas y le pregunté a la mujer si hacían miel, riéndome le pregunté esto, y ella riéndose me llevó a una huerta, y bajo tierra habían frascos de miel pintados de negro, «están aquí desde la muerte de Caprotti», me dijo, «nadie los tomará, su familia se hará cargo del lugar», me dijo, «llévatelos, mantenlos lejos de la luz para que no pierdan su esencia». Entonces yo salí del jardín cargado de esos frascos negros,

con miel de esa mitad del jardín de Salai, y no pude hacer nada con ella, ¿sabes?, no pude nunca comerla sin llorar, y es triste porque sabía tan bien, tan bien, no sé cuál sea la moraleja, pero más allá de eso, lo que nunca te dije es que ese jardín está ahí, para siempre estará, después de nosotros y después de todo, sólo en ese jardín la luz no hace desaparecer, sólo hace mirar a las plantas y árboles hacia el lado izquierdo. Y nada, pensaba en esto justo ahora, no sé por qué justo ahora.

EPÍLOGO

República de Firenze, 36 años antes, verano de 1490

—Estás goteando.

—No.

—Tienes sangre en los bolsillos.

—No.

—No está bien robar carne.

—¿Quién eres?

—Nadie, sólo un lanzador de.

—Muéstrame tus manos de lanzador de.

—Mis manos, acá.

—Dile a tus manos de no protegerse del futuro, ¿sí?

—Sí.

—Promételo.

—¿Si lo prometo me soltarás la mano? Por favor.

—Sí.

—Gracias, mira, nada, mira, puedo pagar por tu carne si quieres, sólo si quieres, si lo consideras correcto puedo volver a la carnicería y pagar por ella.

—Pareces un hombre del 1500.

—¿Cómo?

—Que pareces del otro siglo. Mi nombre es Duccio, pero me puedes decir Salai.

—¿Qué significa?
—Ladrón de carne.
—No te rías.
—No me río más, te lo prometo.

[*] Si has leído el título del libro, Cosimo, habrás notado que en la parte superior pone Hermafrodito. Este libro mío tiene tanto coño como pene: por lo tanto, ¡qué nombre tan adecuado! Pero si lo llamas culo, ya que con el culo canta, seguirá teniendo el nombre adecuado. Pero si no te gusta ni este nombre ni el otro, llámalo como quieras, siempre que no sea casto.

Título original: *La Oficina de la Noche*

Edición en formato digital: septiembre de 2026

© 2026, Lange Chamorro, Nicolás
© 2026, © 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.
Av. Andrés Bello 2299, Oficina 801, Providencia, Santiago, Chile.

Diseño de la cubierta: Penguin Random House /Portada Julio Valdes/
Diagramación Alexei Alekin/

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 9789566248972

Conversión a formato digital: www.acatia.es

www.penguinlibros.com

Índice

Cubierta

Primera parte1499-1490

- Oficiales de la noche
- Fémur
- Los Humillados
- Monstruo de quince años
- La Calumnia
- La hoguera de las vanidades
- Los Cazadores
- La hoguera de las vanidades II
- Spes Altera Vitae
- Hígados
- El ángel encarnado
- Osteria
- Salai y yo
- Credo, protegerse de la Luz
- San Bernardino da Siena
- Jauría toscana
- Salai sin L
- El último sodomita en las cuevas de mármol de Carrara
- Semen como método de conservación en ámbar
- Idea de nuestra felicidad
- Triaca
- Tiempo de conejos

Segunda parte 1500-1512

- Evento cósmico
- Primer léxico
- Santo Spirito
- Nuevo siglo
- Lengua pequeña

Una liebre, un padre y Tobías
Asissi I. Sermón a los pájaros
Assisi II. Nada
Assisi III. Tonsura
Assisi IV. Vida nueva
Matar a un animal pequeño
Elegía a mi padre
Últimas declaraciones de firenzers en la pira
Compagnacci
Tercera parte1520-1526
Osteria
El hombre nuevo
El hombre nuevo II
Ombligo
Fábula del hombre noble en los Jardines de Boboli
Última carta a Salai
Vesubio
Nunca hubo una sombra
Pensieri e Parole
Epílogo
Notas
Créditos